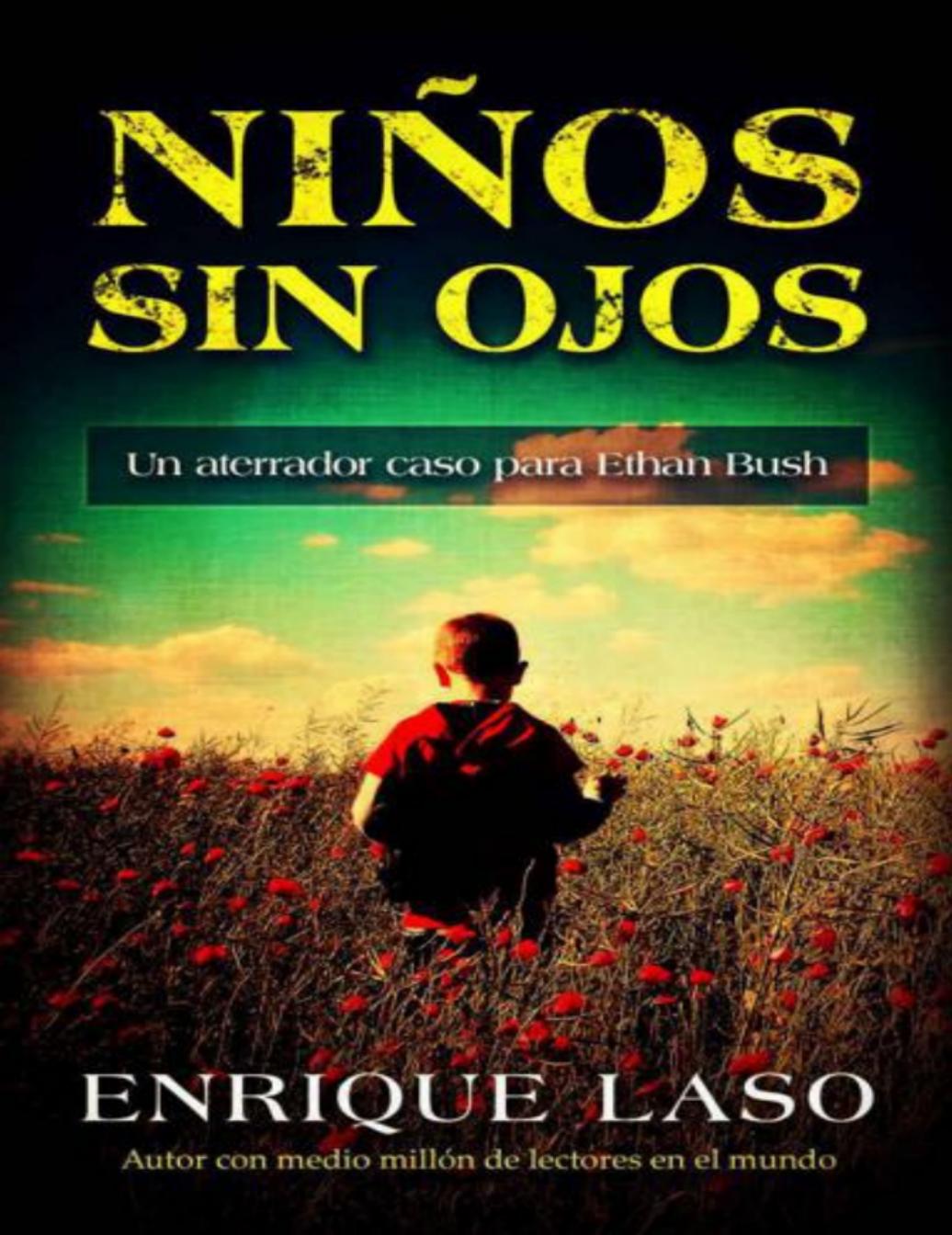


# NIÑOS SIN OJOS

Un aterrador caso para Ethan Bush

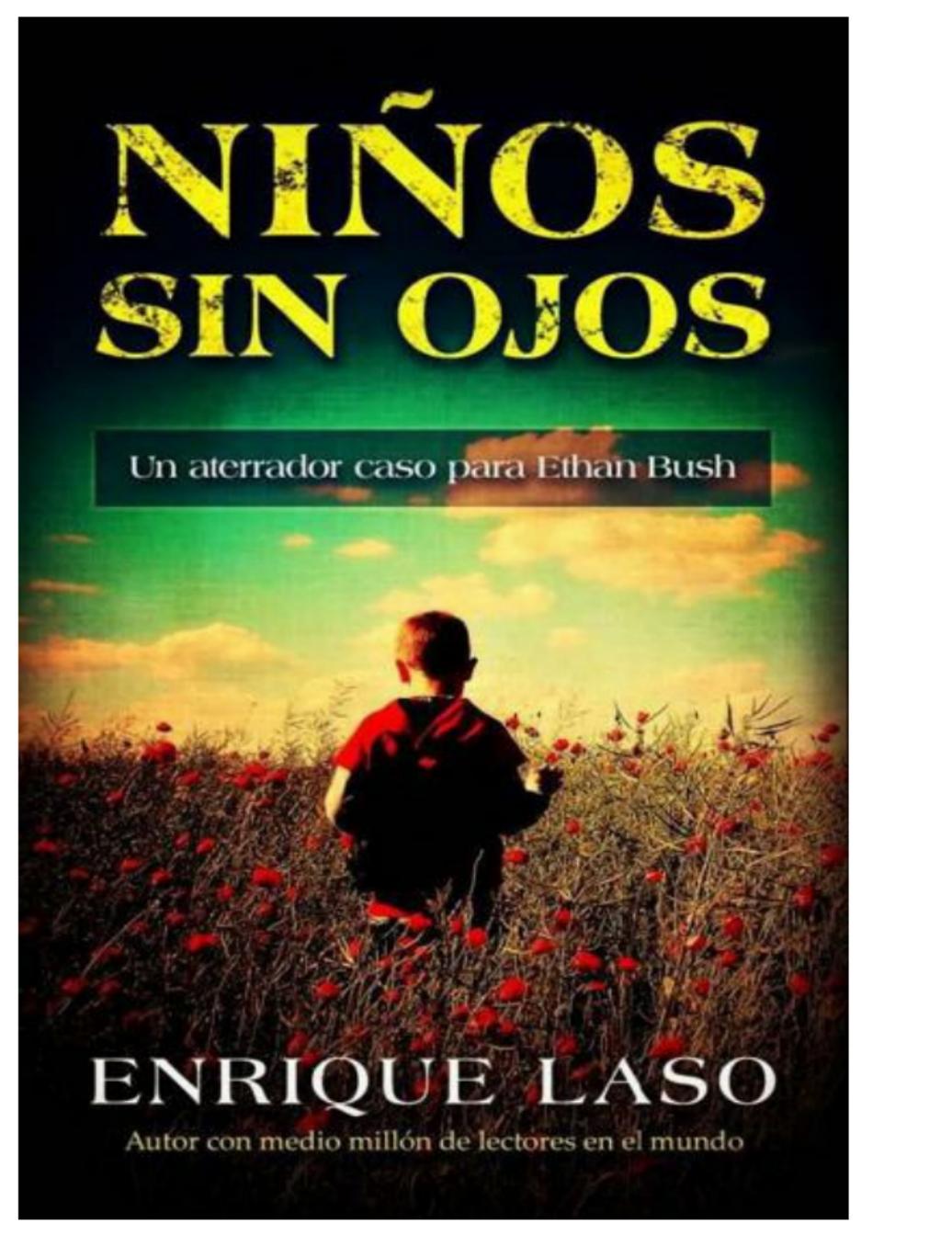
A young boy with short brown hair, wearing a red and black hoodie, is seen from behind, walking through a field of tall, thin plants with small red flowers. The sky is a mix of green and yellow, suggesting a sunset or sunrise. The overall mood is somber and mysterious.

ENRIQUE LASO

Autor con medio millón de lectores en el mundo

# NIÑOS SIN OJOS

Un aterrador caso para Ethan Bush

A young boy in a red shirt is seen from behind, walking through a field of tall, thin plants with small red flowers. The sky is a mix of green and yellow, suggesting a sunset or sunrise. The overall mood is mysterious and somewhat unsettling.

ENRIQUE LASO

Autor con medio millón de lectores en el mundo

# **NIÑOS SIN OJOS**

**Enrique Laso**

**© Enrique Laso, 2016**

**Todos los derechos reservados**

*No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.*

# Índice

[Índice](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

[Capítulo XVII](#)

Capítulo XVIII

Capítulo XIX

Capítulo XX

Capítulo XXI

Capítulo XXII

Capítulo XXIII

Capítulo XXIV

LA MUÑECA

MIRADA INFINITA

CRÍMENES DIABÓLICOS

*Decían con acierto poetas como Rilke o Baudelaire que la infancia es la única patria del hombre. Allí nos quedamos anclados todos, seamos conscientes de ello o no. Por mucho que pase el tiempo esos primeros años de existencia nos marcarán para el resto de nuestros días.*

*En contadas ocasiones esa patria es un lugar inmundo, una tierra putrefacta que no se ha tornado baldía; hay veces que ese espacio es una pesadilla que más tarde dará origen a un nuevo cataclismo. Y entonces el horror de antaño regresará y sólo nosotros podremos ponerle fin.*



# Capítulo I

Acepté la oferta de mi jefe, Peter Wharton, y me tomé un tiempo para reflexionar. Quizá presentar la dimisión, dejar mi trabajo como agente especial de la Unidad de Análisis de Conducta del FBI, no era una idea brillante; sólo se trataba de una huida hacia delante, un modo de intentar escapar de mí mismo, de mis fantasmas, de mis defectos y de

mi falta de madurez. Nada se resolvería abandonando mis responsabilidades profesionales. Debía afrontar los problemas que me acuciaban desde otra perspectiva y lo más probable era que mi compañera, Liz, mi madre y mis colegas fueran los mejores aliados en mi lucha por salir de una vez por todas de la necesidad.

Sobre la mesa de mi apartamento en Washington descansaba un extenso informe al que ya había echado un vistazo. Era terrible. Lo más espeluznante con lo que jamás me había topado en mi carrera. Peter deseaba que me ocupase de ese caso. Quería que tomase un avión lo antes posible hasta

Arizona y me presentase en la oficina del FBI en Phoenix para echar una mano.

Un salvaje se dedicaba a secuestrar niños, después les arrancaba los ojos con algún objeto romo —casi seguro un desgastado destornillador de mano—, los asesinaba, usando un film plástico para asfixiarlos, y dejaba sus cuerpos abandonados en el vasto condado de Maricopa, uno de los más grandes de todos los Estados Unidos.

Ojear las fotografías de los pequeños te dejaba el corazón petrificado y uno se preguntaba qué clase de engendro era capaz de una bestialidad semejante. Hasta para un experto en perfiles criminales como yo

hay cosas que jamás dejan de impresionarte, de escaparse a tu capacidad de asimilación de lo brutal y cruel que puede llegar a ser un individuo.

Antes de tomar una decisión había charlado largo y tendido con Liz. Nuestra relación había mejorado, mis pesadillas parecían remitir y estábamos más compenetrados que nunca. Nada garantizaba que ella pudiese acompañarme a Arizona, pese a formar también parte del FBI y a estar encuadrada dentro de lo que yo denominaba de manera arrogante y pomposa *mi equipo*. Yo no contaba con personal a mi cargo; yo lo que siempre

intentaba era endosarle a mis mejores colegas las tareas más intrincadas, las que requerían de las habilidades de las que yo carecía. Casi siempre me salía con la mía, pero no podía tener la certeza de ello. Liz, Tom y Mark, *mi equipo*, tenían su trabajo, y sacarlos de las oficinas de Quántico suponía que dejaran aparcados otros asuntos que podían ser tanto o más relevantes que los que a mí me ocupaban.

Sujeté con mi mano derecha una de las instantáneas. El cuerpo de un chiquillo de apenas nueve años yacía sobre una tierra reseca y agrietada. Llevaba unos pantalones azules y una camiseta roja con la bandera de los

Estados Unidos estampada en el centro. Tenía el pelo moreno revuelto y algo manchado de arena. Su rostro no podía ni intuirse, pues estaba cubierto por varias capas de film; sin embargo sí que se apreciaban dos oscuras manchas, deformes, parecidas a una elipse, en el lugar que deberían haber ocupado los ojos.

Con suavidad, como si estuviera trasladando el cadáver de aquel pequeño hasta un lugar más decente, dejé la fotografía sobre mi cama. La luz del ocaso arrojaba sombras agradables sobre la colcha y suaves tonos anaranjados invitaban a abandonar el apartamento y salir a correr antes de que

el sol se hundiese definitivamente en el horizonte. Pero en lugar de calzarme las zapatillas fui en busca del teléfono móvil y marqué el número de Peter Wharton. Estaba temblando.

—Ethan, ¿dónde andas?

—Estoy en casa. Estaba viendo los papeles que me entregaste acerca de ese caso en Arizona —respondí, casi en un susurro.

Wharton tardó en hablar. Imagino que deseaba dejarme un espacio para pensar, para lograr que mis palabras fluyesen desde mis labios y nada ni nadie pudiera interrumpirlas.

—¿Has tomado una decisión?

—Sí, creo que sí.

—En tal caso, ¿qué piensas hacer?

—Voy a aceptar, Peter. Esos pequeños merecen que me deje la piel en descubrir al bárbaro que les ha hecho eso. No tengo más remedio que aceptar.

## Capítulo II

Antes de viajar a Arizona debía saldar una deuda. Tenía una entrevista pendiente con Clarice Brown, la periodista de la CBS que me había echado una mano en mi anterior caso y que se había empeñado en perseguirme por todo el país para realizar un seguimiento de mis andanzas como agente especial del FBI. Había

momentos en los que la detestaba y otros en los que asumía que, quizá, sin ella no hubiera podido descubrir a tres asesinos.

Peter no se tomó muy bien lo de mi aparición en televisión, pero al final no sólo la aprobó: aprovechó la ocasión para que yo *vendiese* las bondades de la agencia, su enorme servicio a favor de la comunidad y lo bien que gestionaba cada dólar del contribuyente. Me facilitó un argumentario y me sugirió, con tacto, que me ciñese a él.

Realizamos la grabación en una sala del FBI en Quántico, que habían engalanado, de modo que diera la impresión de que trabajábamos en un

lugar semejante a la NASA o en unas instalaciones como las que disfrutaban esas empresas tecnológicas que atestaban Silicon Valley. Justo la imagen que se vende en las series de televisión y que tanto nos contraría a los que vivimos el día a día, la cruda realidad.

Clarice fue muy honesta conmigo, me facilitó las preguntas, negoció los tiempos y me dijo que podría asistir con ella a la edición del programa antes de su emisión. También se ocupó de estar a mi lado mientras me maquillaban. Al igual que Peter, aunque por razones distintas, deseaba dar una imagen impecable.

No niego que estaba nervioso, pero

al cabo de dos minutos me sentía cómodo respondiendo a una persona que ya casi se había convertido en una amiga, a fuerza de coincidir en Kansas en dos ocasiones y una en Nebraska. No fue una entrevista despiadada, todo lo contrario. Daba la sensación de que yo era un agente casi infalible y que los modernos métodos de investigación criminal y de creación de perfiles del FBI estaban dando los mejores resultados de su historia, no sólo a la hora de cazar a los asesinos, también en la prevención de crímenes violentos. Una exageración que yo contribuí, a través de mis respuestas, a cimentar con solidez. Sólo me causó incomodidad la

última pregunta, justo antes de que me diera las gracias por haber atendido en exclusiva a la CBS y que felicitara, mirando a cámara, a todo el FBI por su extraordinaria labor.

—¿Qué es lo próximo que le aguarda a Ethan Bush? —inquirió, sonriendo, como si las pesadillas que me esperaban al llegar a Phoenix formaran parte de una película de ficción.

—No puedo comentar nada al respecto. Lo mismo de siempre: atrapar a un monstruo —respondí, seco, homenajando de forma velada al difunto Robert Ressler.

Al terminar la grabación me fui a

Georgetown con la periodista a tomar algo y comentar los pormenores de la entrevista. Ella estaba radiante mientras que yo me mostraba taciturno. Entramos en un local atestado de estudiantes de clase alta que intentaban aparentar llevar una vida bohemia, algo parecido a lo que sucedía en Stanford cuando cursaba mi grado en psicología.

—Te ha molestado mi última pregunta, lo sé —dijo Clarice, nada más sentarnos.

—Sí, lo admito. Te lo he repetido mil veces, no me gusta un pelo la manera en la que los periodistas enfocáis los crímenes. Detrás de cada asesinato hay una víctima directa, una familia, muchos

amigos y conocidos que quedarán marcados de por vida. No es una broma.

—No era mi intención. Podemos eliminarlo.

—Prefiero que lo dejes. Quiero que la gente escuche mi respuesta. A cambio deseo pedirte un favor.

—Te atiendo.

—Mañana viajo a Arizona. Es inútil ocultarlo, te vas a enterar en horas, ya nos conocemos bien.

La reportera lanzó una elegante carcajada. Era tan inteligente y brillante como atractiva. Cada vez tenía más peso en la cadena y yo sabía que seguiría ganando responsabilidad. Era algo manifiesto.

—Gracias, me lo tomo como un cumplido. Pero es un detalle que me anticipes la información.

—No te equivoques. Tiene relación con el favor que deseo que me hagas.

Clarice se apartó un mechón de pelo que le molestaba y fijó sus ojos en los míos. Ya intuía de qué iba la cosa. Ahora la que estaba incómoda era ella y su rostro reflejaba su contrariedad.

—Ethan, acabamos de hacerte una entrevista. He cubierto todos tus casos salvo el primero, el de Detroit.

Yo miré al centro de la mesa y acaricié con suavidad el borde de madera. El tacto me recordó al de un bate de béisbol recién estrenado.

—Mis casos son muchos más. Sólo has estado cuando me ha tocado viajar. No creas que en Quántico estamos cruzados de brazos todo el día. Trasladarnos hasta la escena del crimen es algo excepcional. Hay agentes de mi unidad que no lo hacen en toda su carrera profesional. Lo cotidiano es realizar perfiles desde el despacho, revisando decenas de expedientes, analizando fotografías y dejándonos la vista rebuscando entre bases de datos que no funcionan ni tan bien ni tan rápido como acabo de comentar en tu programa.

—Está bien, disculpa. Pero me has entendido.

—Sí, y tú también a mí. Quédate en Nueva York. Esta vez no quiero verte con tu gente por allí. Te he concedido una entrevista en exclusiva, he cumplido mi promesa. Esta vez necesito tenerte muy lejos.

# Capítulo III

Fue el agente especial encargado de la oficina del FBI en Phoenix, Aiden Harris, el que vino a recogerme en su coche al aeropuerto Sky Harbor. Era un tipo alto, que tenía pinta de haber pasado su época universitaria jugando al baloncesto, pero que se había echado un poco a perder. No supe calcular su edad, pues su pelo rubio y su rostro pecoso y

enrojecido le daban un aspecto aniñado que inducía a la confusión.

—¿Qué es lo que sabe del caso? — me preguntó, ya en el vehículo, tras las protocolarias presentaciones. Intuí que no deseaba perder ni un segundo.

—He echado un vistazo a los papeles que remitió su oficina a Washington. Ya sabe cómo somos allí, no nos gusta mucho dejarnos influenciar por la opinión de terceros —respondí, siendo sincero, pues no dejaba de ser un colega del FBI y conocía bien muchos de los procedimientos habituales que nos inculcaban en Quántico.

—Ya, entiendo. En tal caso lo primero que haremos será tener una

reunión a solas en mi despacho, ahora mismo, si no está muy cansado del viaje, y así le pongo en antecedentes lo antes posible.

—No estoy en absoluto fatigado. Me he pasado casi las cinco horas de vuelo dormitando, de modo que por lo que a mí respecta como si nos quedamos hasta la madrugada trabajando.

Harris me lanzó una sonrisa benévola mientras arrancaba el coche.

—Entonces sería yo el que no aguantaría. Llevo desde las seis en pie y me gustaría cenar con mi mujer. A los niños hace tres días que sólo los veo acostados en sus camas soñando.

En apenas 25 minutos el agente

aparcaba su vehículo delante de las oficinas del FBI en Phoenix. Se hallaban al norte de la ciudad, al final de la calle 7, en una zona casi desértica pegada al aeropuerto municipal. El edificio era una construcción dividida en dos partes: una de tres alturas, enlucida en blanco; y otra de cinco alturas, marrón y con amplios ventanales de un extraño tono turquesa.

—¿No os podían haber mandado más lejos? —pregunté, bromeando.

—Estuvieron en un tris de enviarnos al desierto de Sonora, pero al final decidieron que este lugar era peor —respondió Aiden, sonriente.

—Al menos aquí se respira paz y

tranquilidad.

—¿Había estado alguna vez en Arizona?

—Jamás.

—Bueno, pues piense que si tenemos un día tan fabuloso es porque estamos en invierno. Si llega a venir en verano este secarral no le haría tanta gracia. Por otro lado, ya visitaremos la oficina del sheriff. No creo que haya una semejante en todo el país.

—¿Está cochambrosa?

El agente se rio con ganas mientras me conducía al interior del edificio, donde tendría que rellenar el habitual papeleo nada más cruzar la puerta.

—Todo lo contrario. Es alucinante.

Ni Norman Foster hubiera sido capaz de mejorarla. Se va a quedar con la boca abierta.

El despacho de Harris era excelente y amplio; además estaba perfectamente ordenado. No sabía si lo mantenía siempre así o si lo había preparado para la ocasión. Nos sentamos junto a una mesa redonda en la que ya aguardaba un plano del condado de Maricopa con diferentes puntos marcados en rojo. Yo saqué de mi maletín una *Moleskine* sin estrenar y lo primero que escribí en ella fue la fecha, el lugar y el nombre del agente especial de Phoenix.

—¿Qué edad tiene, Ethan?

—Acabo de cumplir 32 —respondí,

sorprendido por la pregunta.

—Pues trabaja usted como un agente de la vieja escuela —dijo Aiden, dándome una amigable palmada en el hombro.

—No me gustan demasiado los cacharros tecnológicos. Tengo mis manías, como todo el mundo.

El rostro de Harris cambió de súbito. Se habían terminado las bromas y las anécdotas. Sujetaba el plano con las dos manos y se quedó casi medio minuto en silencio, contemplándolo.

—Ya hemos perdido a cuatro chavales.

—Sí, es terrible.

—Usted es joven aún, pero yo voy

camino de dos décadas en esto. Es la primera vez que me enfrento a algo semejante. Aquí suele haber violencia relacionada con el tráfico de drogas y con el tránsito de ilegales, ya sabe, pero no estas atrocidades.

Yo ya había estado estudiando la base de datos del ViCAP y me había topado con infinidad de casos de extracción de órganos, incluidos los ojos, claro, pero no había un modus operandi similar ni crímenes sin resolver que se parecieran y que hubieran sido cometidos en otros estados. Eso sí: había dos precedentes aterradores, de sobra conocidos, uno en Texas y otro en la extinta Unión

Soviética, que a uno le venían de inmediato a la mente.

—No es algo que ocurra con frecuencia, por suerte. Esto tiene su lado bueno y su lado malo —musité, calibrando mis palabras.

—¿Su lado bueno? —inquirió Aiden, pasmado.

—Quiero decir que apenas contamos con perfiles previos sobre los que basar nuestras primeras impresiones, pero también que ese sujeto es alguien muy particular. Tiene que llamar la atención. Estoy seguro.

—Pues de momento no es lo que parece. A todos los críos los raptó en parques públicos, a plena luz del día.

No creo que alguien que *llame mucho la atención* pueda llevarse a un chiquillo sin más.

—Aiden, ¿puedo tutearle?

—Adelante —respondió el agente, echándose hacia atrás contra el respaldo de su silla y alzando una mano.

—Les arranca los ojos mientras todavía están vivos. Créame, es una aberración. Ese tipo tiene un trastorno severo y una obsesión que le carcome los intestinos. No tardaremos en dar con él.

# Capítulo IV

Me buscaron alojamiento en The Westin Phoenix Downtown, un fabuloso hotel ubicado en el centro de la ciudad, en pleno campus de la Universidad Estatal de Arizona y a apenas una milla de la oficina del sheriff. Podía ir paseando cada mañana hasta las modernas instalaciones, pero me hallaba muy lejos de la sede del FBI en la

ciudad y eso me provocaba cierta incomodidad. Aquel edificio apartado, construido en un lugar olvidado de la mano de dios, daba la impresión de ser el sitio ideal para reflexionar en las mejores condiciones.

Harris pasó a recogerme a primera hora de la mañana. Estaba animado y nuestra larga charla del día anterior le había convencido de que mi presencia aportaría un punto de vista distinto a la investigación.

—¿No está mal el *tipi* que te hemos alquilado?

Me costó pillar la broma, pero de inmediato recordé que en los alrededores había varias reservas de

indios y que todavía mantenían cierta influencia en el estado.

—Es un hotel magnífico. Te garantizo que he estado alojado en sitios bastante peores. Lo malo es que no os tengo muy cerca.

—Casi todas las reuniones son en la oficina del sheriff. Hoy te llevaré yo en coche, pero se encuentra a sólo unas manzanas de aquí.

—Lo comprendo. Pero tú, y el resto de agentes especiales del FBI, sois mis colegas —manifesté, arriesgando, pues no tenía aún clara la relación de Aiden con los policías locales.

—¿Quieres que te busquemos otro sitio?

—No, está bien. Son manías mías, no me hagas caso.

—Sé por dónde vas. Aquí no es diferente a otros estados. Pero esta es una ciudad grande, con cientos de agentes de policía, de modo que tenemos de todo. Pero sí, hay muchos a los que les toca las narices que el FBI participe en el caso, aunque sea para echar una mano.

Lancé un resoplido, pues veía que aunque Harris era comedido había sintonía entre ambos.

—Y el sheriff, ¿qué tal?

—Jack es un tipo estupendo. Duro, curtido, pero sensato. Está como loco por conocerte. Y eso es lo que vamos a

hacer ya mismo.

En menos de 5 minutos Harris aparcaba en la oficina del sheriff más extraordinaria que había visto en toda mi vida. Más tarde supe que era la tercera más grande de todos los Estados Unidos. Se trataba de un trapecio invertido acristalado, recubierto por una sensacional estructura de paneles de zinc perforados, que según me informaron servían para reducir notablemente el consumo de energía, en especial el uso del aire acondicionado en pleno verano. Tal y como había vaticinado el agente del FBI me quedé con la boca abierta un buen rato.

—¿Qué narices es esto?

—Ya te lo dije, Ethan. No encontrarás otra oficina del sheriff igual. Esta es la mejor.

—He estado en centrales de la policía estatal que no le llegan a la suela del zapato a este lugar.

—Tengo entendido que costó una millonada, pero que a largo plazo se amortizará con creces. De momento es un gusto para todos los que nos vemos obligados a trabajar aquí, y un motivo de orgullo para la ciudad.

El edificio era maravilloso, pero a fin de cuentas Maricopa era un condado con casi cuatro millones de habitantes y más de nueve mil millas cuadradas de extensión, es decir, una barbaridad;

podían permitirse el lujo de tener las mejores instalaciones del mundo.

El interior no tenía nada que envidiar a la fachada. Por primera vez tuve la impresión de que Quántico se quedaba pequeño y que resultaba hasta un lugar austero en comparación con aquella oficina. El sheriff Jack Martin, un hombre ancho, no muy alto, de escaso cabello cano y mirada profunda, nos aguardaba en la entrada, impaciente. Harris hizo los honores y yo no oculté mi admiración.

—Señor Martin, estoy impresionado. Me habían avisado, pero no esperaba encontrarme con una construcción tan espectacular.

—Es un gran sitio para trabajar. La comunidad se merece lo mejor, y los servidores de la ley también. Además, todo lo que ve es reciclable y ecológico. En realidad esto se pagará solo en unos años. Al menos eso aseguraron los arquitectos —murmuró, guiñando un ojo.

Nos condujo hasta una sala de reuniones también fantástica. Una de las paredes estaba completamente acristalada y tenía vistas a un cuidado jardín y a un amplio parking. Presidía la estancia una mesa de reuniones rectangular con 12 sillas a su alrededor. Eran de aluminio galvanizado en un elegante color negro, y los respaldos de las sillas estaban microperforados. Yo

seguía con la boca abierta. Al fondo había una pantalla enorme, de 80", que incrementaba la luminosidad de las imágenes que lanzaba un proyector led de última generación.

—Voy a pedirle a mi jefe que me traslade aquí —dije, sonriente, mientras tomaba asiento por indicación del sheriff.

—Todo esto no servirá de nada si no atrapamos al animal que está torturando a esos chiquillos. Llevo semanas sin pegar ojo, señor Bush.

—Me voy a dejar el alma, sheriff.

—Cuento con ello. He querido mantener una reunión aquí con usted y con Harris antes de que conozca a los

investigadores y detectives que hemos asignado al caso. La verdad es que hay casi 200 agentes implicados, pero usted tendrá sólo un detective y un investigador asignados como enlace. Y claro, a mí, para lo que necesite. No queremos volverle loco.

—Se lo agradezco. Me parece muy juicioso —repliqué, recordando que mi labor era sobre todo dar soporte a aquella oficina. Ya bastante había *liderado* otros casos, sin ser mi cometido, como para discutir que el sheriff me dejase las cosas claras desde el principio.

—No sé si está al tanto de todo, pero esta tarde ya le he reservado dos

horas con el detective Oliver García y con la investigadora Emily Young para que se coordinen. Tiene las manos libres: sólo deseo que sea honesto, franco y leal. Nada más.

—Faltaría más —dije, recordando que en el pasado esas virtudes no habían formado parte de mi manera de proceder.

—No he trabajado nunca con alguien de Washington. Siempre nos ha bastado con Harris y su gente. Fue él el que me sugirió la idea, y no me arrepiento. Tenemos al alcalde y a la gobernadora todo el día llamando, por no hablar de la prensa. Pero señor Bush, todo eso me importa una mierda, se lo digo de

verdad. No quiero que nadie más encuentre a un crío mutilado, asesinado peor que un animal. Necesitamos lo mejor de usted.

El sheriff me hablaba en un tono que me conmovió. A aquel hombre robusto y duro, que en su dilatada carrera habría visto de todo, se le apagaba la voz al referirse al caso que me había llevado hasta Arizona.

—Para eso he venido. Espero que entre todos detengamos a ese tipo lo antes posible.

El sheriff usó la pantalla para repasar los aspectos principales de la investigación. Las fotografías de las víctimas me seguían impactando, como

si las viera por primera vez en cada ocasión.

—Tiene que ser alguien que resida aquí, en la ciudad. Todos los pequeños fueron raptados en parques de Phoenix —apuntó Harris.

—Y los cuerpos fueron hallados en el condado de Maricopa. Dos al este, en el Bosque Nacional de Tonto, y otros dos al suroeste, en el desierto de Sonora —murmuró Martin.

—Pues sí, todo apunta en esa dirección. Pero prefiero no precipitarme —dije, sabiendo que apenas me había forjado una opinión.

—Señor Bush, la prensa, como le he comentado, nos pisa los talones. En

especial un reportero del *The Arizona Republic*, que es muy leído por aquí. Creemos que al haber tantos agentes involucrados las filtraciones son casi inevitables, pero hay aspectos que no han trascendido y que quizá tengan su importancia. Le ruego, no hace falta recordarlo, que los maneje con la máxima discreción.

—¿Qué cuestiones? —pregunté, intrigado.

—En un rato García y Young, de los pocos en esta oficina que manejan esa información *reservada*, le pondrán al corriente de todo. Pero por ejemplo sabemos que además de los ojos se lleva siempre los zapatos de los niños.

—Un trofeo —añadió Aiden, con pesadumbre.

—Eso pensamos —continuó el sheriff—. También hemos examinado el film plástico que usa para asfixiar a los pequeños y sabemos que es siempre el mismo. Han analizado su composición y sabemos que es fabricado por una empresa de aquí, de Arizona, que tiene su sede en Tucson. Están colaborando con nosotros. Creemos que es de una misma partida: es decir, que está utilizando el mismo rollo y que es posible que lo lleve en el coche o lo encontremos en el garaje de su casa y podamos relacionarlo con los crímenes.

—Es formidable. No han reparado

en medios. Desde luego que toda esta información es de suma relevancia — dije, intentado insuflar algo de ánimo a Martin y a Harris, aunque tenía claro que estábamos muy lejos de atrapar al culpable.

El sheriff meneó la cabeza, como si yo no terminase de entender algo, o como si él mismo no hubiera sido capaz de explicarse.

—¿Reparar en medios? Como si dilapido todo el presupuesto de los próximos diez años. Señor Bush, ¡están asesinando niños en mi condado! Nada ni nadie van a pararnos hasta que encerremos en prisión a esa mala bestia.

# Capítulo V

El sheriff, Harris y yo almorzamos en un restaurante mexicano cercano a las oficinas y durante la comida rebajé la tensión que se había generado. También aproveché para hablar de aspectos más personales, como mi pasión por correr o mi gusto por ver un buen partido de béisbol. Por suerte Martin también era aficionado y estuvo un buen rato

hablando de los *Arizona Diamondbacks*, que le habían dado una alegría enorme al poco de arrancar la franquicia pero que en los últimos tiempos no levantaban cabeza.

—Y, señor Bush, ¿cuál es su equipo favorito?

Posé sobre la mesa el taco a medio terminar y durante algunos segundos dejé de estar en Phoenix y regresé al AT&T Park, junto a la bahía de San Francisco. Ocupaba mi asiento de siempre y al girar la cabeza hacia mi izquierda allí estaba mi padre, con su gran sonrisa, cargada de optimismo, sueños y esperanza.

—Ethan, ¿te pasa algo? —inquirió

Harris, tras aguardar casi medio minuto atónito ante mi inexplicable mutismo.

—No, no es nada —respondí, regresando de golpe al restaurante de Phoenix—. Sólo pensaba en mi padre.

—¿Es también aficionado al béisbol? —preguntó el sheriff, tratando de restar importancia a mi extraño proceder.

—Lo era. Nuestro equipo es los *Giants*. Somos los que estamos tocando las narices al suyo en los últimos años —contesté, forzando una sonrisa que intentaba resultar natural.

—Lo lamento.

—No importa. Hace ya más de una década que nos dejó. Pero de vez en

cuando pienso en él. Imagino que así será el resto de mi vida.

—Sí, señor Bush. Yo no perdí al mío tan joven, pero no hay día que no rece por su alma. Nos queda el consuelo de que Dios ya está cuidando de ellos y de que más pronto que tarde podremos volver a abrazarlos.

Volví a coger el taco, le di un bocado y me guardé mi opinión al respecto. Explicarle a aquel hombre hecho y derecho, con mucha seguridad católico practicante, que yo era un ateo consumado no era la mejor manera de estrechar lazos, y menos cuando ambos nos estábamos refiriendo a nuestros difuntos progenitores. Un tema espinoso,

doloroso y muy delicado.

Cuando regresamos a la oficina el sheriff nos guio hasta otra sala, más pequeña, en la que ya nos esperaban el detective Oliver García, que más adelante supe que había nacido en Arizona pero que era hijo de inmigrantes mexicanos, y la investigadora Emily Young, una mujer de aspecto desaliñado pero que daba la impresión de ser una auténtica *cerebrito*. Martin nos presentó, soltó un breve discurso acerca de la importancia de nuestra labor y se despidió, alegando que tenía asuntos pendientes que también requerían su atención.

—Bienvenido al equipo, agente

Bush. Estábamos deseando conocerle. Emily y yo hemos oído mucho acerca de usted, y todo es bueno —dijo García, una vez nos habíamos quedado solos los cuatro.

—Si es por la prensa no hagan demasiado caso. Quieren héroes, ya lo saben, y al FBI tampoco le va mal un poco de publicidad. Y, si es posible, preferiría que nos tratásemos de tú.

—Genial. Así todo será más cómodo. ¿Qué conoces del caso? —preguntó la investigadora, sin perder un segundo en peroratas estériles.

—Seré sincero. Tengo un fabuloso informe que me mandó el agente Aiden, pero sólo lo he hojeado un par de veces.

Ayer por la tarde ya entramos un poco más a fondo, pero todo lo que me podáis contar será de gran utilidad —respondí, intentado por una vez en la vida arrancar una investigación siendo sincero.

—Entonces... ¿no habrás realizado aún ni tan siquiera un bosquejo del perfil del asesino? —inquirió García, mientras se frotaba las manos, como si las tuviera sudorosas fruto de la tensión.

—Tengo una idea muy vaga, pero prefiero escucharos primero.

Young ubicó sobre la mesa su iPad Pro de 12,9 pulgadas, de tal modo que el resto pudiéramos contemplar la pantalla.

—Hemos trabajado duro, codo con codo, con el agente Harris y con su

personal, desde que apareció el segundo cuerpo. Pensamos que puede tratarse de alguien con poca formación, incapaz de mantener relaciones y empleos estables, que ya manifestó problemas en la adolescencia y que tiene entre 20 y 30 años. Casi seguro que reside en alguna casa modesta en los suburbios de Phoenix, quizá todavía con su madre. Sufrió maltrato físico y psicológico en la infancia y es posible que aunque los cuerpos no presentan agresiones de esa índole el móvil sea sexual. Quizá sea impotente, o no pueda mantener una erección e incluso no llegue al orgasmo. Puede ser que el placer lo obtenga a posteriori, cuando recrea en su

habitación los crímenes gracias a los trofeos que se lleva consigo. No debe de ser muy alto, ni de complexión fuerte. Ataca por oportunidad y es muy probable que la violencia que ejerce sobre sus víctimas vaya en aumento.

Me quedé unos segundos reflexionando. Esa gente llevaba semanas y semanas aplicándose con denuedo para pillar a una alimaña horrenda, pero no me convencía, a primera vista, aquella idea que me sugerían. Debía ser cuidadoso a la hora de manifestar mi opinión.

—No sé, no es lo que yo había pensado.

—Tenemos otra línea de

investigación abierta. Es secundaria, pero no la descartamos —apuntó García.

—¿De qué se trata?

—Traficantes de órganos. No podemos excluirla.

—Pero... sólo se llevan los ojos. Además lo hacen de un modo un tanto tosco, sin la precisión quirúrgica que requiere ese tipo de extracción — manifesté, recordando vagamente algunos aspectos del informe.

—Quizá mejoren la técnica con el paso de las semanas. Nunca se sabe.

—¿Cuál es la teoría que manejas?

—Hay dos casos muy similares, como ya habréis analizado.

—Sí, es casi imposible no pensar en ellos. Chikatilo, *El carnicero de Rostov*, y Albright, *The Texas eyeball killer*. Tenemos mucha información al respecto —dijo Emily, como si los tuviera grabados a fuego en la frente.

Chikatilo es considerado uno de los peores asesinos en serie de la historia, con más de 50 víctimas a sus espaldas. Mató sobre todo a adolescentes, tanto mujeres como hombres, y en la mayoría de las ocasiones les arrancó o mutiló los ojos. Fue ejecutado en 1994 de un tiro en la cabeza. Albright *sólo* era sospechoso de tres homicidios, siempre prostitutas a las que extirpaba los globos oculares, y por aquella época cumplía

condena sólo por uno de ellos, el único en el que se había podido demostrar su culpabilidad.

—Ambos comenzaron con sus fechorías pasados los cuarenta años cumplidos. Creo que nuestro hombre tiene entre 30 y 40. Pero sus motivaciones son muy diferentes a la de esos dos asesinos.

—¿Qué te hace llegar a esa conclusión? —preguntó Aiden, quien con toda seguridad era el principal responsable del perfil que mostraba la pantalla del iPad.

—Es un asesino organizado. No coincido con vosotros en que sus víctimas sean fruto de una cuestión de

oportunidad. Es más analítico, más concienzudo. Las observa durante días, puede que incluso semanas. Después actúa. Tiene habilidades sociales, no representa una amenaza a priori para los pequeños y no lo temen. Se marchan con él de manera voluntaria. Y aunque les arranque los ojos de una forma salvaje, no hay apenas otras muestras de agresión. No es un chalado que no sabe ni lo que se hace y que le importa poco que lo atrapen. No actúa por impulso. Todo es mucho más calculador, mucho más controlado y dirigido —argumenté, consciente de que me estaba precipitando en mis disquisiciones.

—¿Estás seguro, Ethan? —inquirió

mi colega del FBI, quizá intentando que su labor no se derrumbase igual que un castillo de naipes en sólo unos segundos.

—No, no lo estoy. Tengo que visitar las escenas del crimen, tengo que conocer a los padres de las víctimas y el entorno en el que se movían, sobre todo la primera de ellas. Pero me habéis pedido mi opinión y es lo que os puedo ofrecer, de momento —contesté, lo más moderado que fui capaz, pues Harris era un buen tipo y deseaba mantener con él una estrecha colaboración.

—Para mí Chikatilo y Albright han sido dos referencias hasta la fecha —manifestó Young—. No sé si a partir de

ahora debo descartar por completo esa vía...

—Por completo no. Pero insisto, los móviles son diferentes y el *modus operandi* también. Que la *firma* de los tres sea que extirpen los ojos a sus víctimas no significa, en absoluto, que sus perfiles sean siquiera parecidos. Nuestro hombre se lleva los zapatos, arranca los globos oculares de un modo brutal, mientras las víctimas siguen con vida, y después las asfixia usando un film plástico como el que tenemos cualquiera de nosotros en nuestras casas. Muchas, demasiadas diferencias.

—Pues el sheriff tenía previsto que tú y Aiden os acercaseis a Texas para

charlar un rato con Albright —dijo García, dejando caer con desgana su bolígrafo sobre la mesa.

Charles Albright llevaba confinado desde finales de 1991 en la Unidad Psiquiátrica John Montford, ubicada a las afueras de Lubbock, a unas dos horas en avión de Phoenix. Era ya un anciano de más de ochenta años y yo sabía que siempre se había mostrado reacio a colaborar, de cualquier forma, con la justicia.

—No me agrada la idea —declaré, recordando mis visitas a asesinos convictos en el pasado. No habían sido platos de buen gusto. Aunque lo cierto es que tanto en mi segunda estancia en

Kansas como en el caso de Nebraska aquellas entrevistas me habían servido, de un modo u otro, para atrapar a los culpables.

Harris me posó la mano en el hombro, como si fuera un viejo amigo que me conoce de toda la vida, que sabe por lo que he pasado y que comprende que lo que me va a decir, aunque sea la verdad, es posible que me duela o me contraríe. Pero mi colega del FBI no me conocía de nada y aunque intuía que era un agente excelente y una persona noble aquel gesto amable lo recibí casi como una agresión. Había progresado en mi búsqueda de una mejor integración en el entorno, dejando de lado mi necesidad

congénita y mi egoísmo sin límites, me esforzaba por no saltarme las reglas a mi antojo y luchaba con ahínco por superar los traumas que arrastraba, pero estaba todavía muy lejos de convertirme en una persona madura y con una ética intachable. Muy lejos.

—No se trata de que nos complazca o no la propuesta, Ethan. La pregunta es: ¿serviría de algo para dar fin a esta pesadilla?

# Capítulo VI

Apenas pude descansar aquella noche; pese a las comodidades que ofrecía el The Westin Phoenix Downtown mi mente no lograba relajarse y la acuciaban sacudidas de imágenes terribles y mil elucubraciones que se agolpaban sin orden ni control. Varias veces me levanté de la cama y anoté algunas ideas vagas en mi

cuaderno. Había sido una jornada intensa y mi cerebro se resentía.

Por la mañana el detective García se había ofrecido a llevarme en su coche a los cuatro lugares en los que habían sido halladas las víctimas. Me comentó que nos ocuparía hasta la hora del almuerzo como mínimo aquella *excursión* y yo le repliqué que sería un tiempo más que bien empleado.

—¿Por dónde comenzamos? — preguntó Oliver, que no tenía demasiado claras mis intenciones.

—Por el mismo sitio que él. Deseo que visitemos las escenas en el orden en el que el asesino cometió sus crímenes.

—No, Ethan, eso nos hará perder

todo el día —replicó García, señalando un mapa del condado con los cuatro puntos marcados en rojo.

—No lo comprendo.

—Pues, con todo el respeto, deberías. La primera la dejó en el Bosque Nacional de Tonto, la segunda en el desierto de Sonora, la tercera regresó al bosque y con la última volvió al desierto. Si vamos primero a Tonto y después a Sonora habremos recorrido poco más de 200 millas cuando lleguemos de vuelta a la oficina, pero si lo hacemos como sugieres multiplicaremos por dos esa distancia.

Me quedé pensando casi un minuto. El detective tenía razón, en términos

prácticos, y yo la tenía desde un punto de vista criminológico.

—Está bien. Lo haremos como recomiendas. Quizá la vida de un nuevo chaval esté ya en peligro y esta tarde tenemos que aprovecharla.

García me regaló una sonrisa e imagino que pensó que quizá no era un tipo tan soberbio como se suponía, ni tan imbécil.

—Estoy convencido de que sabrás ordenar luego las reflexiones en tu cabeza. Van comentando por ahí que eres casi una eminencia en tu campo. Ha llegado la hora de que lo vea con mis propios ojos.

No objeté nada. Era la observación

propia de un detective que recela de los agentes especiales del FBI que llegan desde Washington a dar *lecciones magistrales*. Además, la CBS ya había anunciado mi entrevista en exclusiva y sería emitida en unos días. Seguro que yo era la comidilla de toda la oficina del sheriff de Maricopa y era algo que debía asumir y con lo que tendría que batallar hasta, como bien apuntaba García, demostrar algo que ellos pudiesen palpar. Entretanto todo no eran más que palabrerías y marketing.

En unos minutos nos internábamos en el Bosque Nacional de Tonto a través de la AZ-87. Poco después de un tramo que había sido despejado mediante un corte

limpio a una montaña arenosa el detective estacionó a la izquierda de la carretera, usando parte del amplio arcén y metiendo las ruedas delanteras en una explanada que se abría hasta unas colinas lejanas. Sólo crecían por allí matojos y cactus.

—¿Aquí? —pregunté, incrédulo.

—Sí. Tenemos que andar un poco, pero estamos cerca.

Casi de manera instintiva recordé mi primera estancia en Kansas. Era algo inevitable, dadas las circunstancias.

—¿Tiene mucho tráfico esta carretera?

—Los fines de semana. Ya ve que ahora mismo apenas pasa nadie. Y por

la noche menos.

—Pero... es muy arriesgado.

—Sí, así es. ¿Te dice alguna cosa sobre el asesino?

Miré a mi alrededor, como si la respuesta a aquella interpelación estuviera en el aire, esperando a que yo la atrapara.

—Pues creo que sí. O es un auténtico cretino, cosa que dudo, o conoce tan bien la zona que sabía que no corría ningún riesgo dejando aquí el cadáver de su víctima.

—Echemos un vistazo —manifestó el detective, caminando en dirección a un leve promontorio, de los pocos que se adivinaban en la amplia llanura. Lo

rodeó y señaló una zona en la que ya habían crecido algunas malas yerbas.

—Aquí es donde lo encontraron — musité.

—Sí. Un grupo de tres excursionistas que en realidad se dirigían hacia el interior del bosque, pero que pararon para hacer sus necesidades. Buscaron intimidad tras esta elevación y se toparon con el cuerpo del chiquillo.

—En este lugar no acabó con su vida.

—No. Los forenses determinaron que llevaba un día aquí cuando los excursionistas lo encontraron, pero establecieron la ventana de la muerte

entre 36 y 44 horas antes. Eso fue hace casi un año. Ese día comenzó todo. Ahora que la cosa se ha puesto seria de verdad han montado dos *granjas de cadáveres*, una por aquí y otra en Sonora. Se ocupan de ellas expertos de la Universidad de Texas. El clima es similar, pero más cálido allí, y por eso han preferido tomar datos sobre el terreno.

—No es fácil arrancarle los ojos a nadie. Y mucho menos si sigue con vida, aunque sea un niño —murmuré, reflexionando en voz alta.

—Los chicos estaban levemente drogados. Se han encontrado restos de opiáceos en las cuatro autopsias.

También de golosinas. Creemos que los atrae mediante esa treta tan antigua como efectiva. La utilizan muchos pederastas.

—No preparamos a nuestros pequeños contra esos desalmados. Por fortuna son pocos, pero muy peligrosos. Y engatusar a un niño es demasiado sencillo. Es asqueroso...

—Ahora las familias están más atentas. También se ha reforzado la presencia policial en los parques menos concurridos, que es donde este depredador acecha.

—¿Qué clase de opiáceos utiliza?

—Codeína. Cualquiera puede obtenerla en un Walmart. Como eran niños no se precisa de mucha cantidad

para que tenga un leve efecto narcótico.

—Tengo ganas de vomitar —dije, notando una arcada que me retorció el estómago. Todavía esta clase de sucesos me siguen provocando náuseas. No me he acostumbrado.

—¿Conoce México? —preguntó el detective, mientras removía la arena árida con la punta de su pie derecho.

—No, no he salido nunca de los Estados Unidos.

—Yo nací aquí, pero toda mi familia es del otro lado de la frontera. Tengo aún parientes y amigos que viven en Durango, Chihuahua o Ciudad Juárez. Allí las masacres y las salvajadas son el pan nuestro de cada día. A uno se le

hace la piel gruesa de escuchar historias, de ver las imágenes por televisión o por internet. La tasa de homicidios en Maricopa resulta casi ridícula comparada con la de esas ciudades.

Mientras García hablaba recordé que me encontraba en Arizona, un estado bastante beligerante contra la inmigración, y que el sheriff Jack Martin tenía mala reputación, debido a su xenofobia. Una Ley, la SB1070, denominada con acierto *Ley del Odio*, endurecía las medidas contra los inmigrantes y los criminalizaba. Debido a las sucesivas apelaciones dicha Ley había tenido que ser reformada varias

veces para *suavizar* algunos de sus preceptos más polémicos.

—No debe de haber resultado fácil llegar a ser detective de homicidios en Phoenix con sus orígenes y su apellido.

Oliver recibió mi comentario con una mueca que era mitad sonrisa mitad repugnancia. Había metido el dedo en la llaga y quizá aquel hombre no deseaba que me entrometiese donde no me llamaban.

—No lo es para nadie. ¿Ha visto ya la lista de sospechosos?

—No, todavía no —respondí, ruborizado, pillado en falta por enésima vez en mi carrera.

—Pues el primero es un inmigrante

mexicano. Se dice que ha traficado con órganos en el pasado, aunque jamás ha sido condenado por ello ni hay pruebas en su contra. Pero ahí está, encabezando el pelotón de sospechosos. Por delante de pederastas fichados que ya han cumplido su condena y de otros tipos cuyos antecedentes ponen los pelos de punta. Así son las cosas por aquí. Ya lo tengo asumido.

García hablaba con naturalidad. Percibí que era sincero, que se había integrado en el sistema y que había llegado a la conclusión de que resultaba inútil intentar cambiarlo. Se necesitarían décadas para transformar la mentalidad de las personas, y él sólo era un pobre

diablo en un estado marcadamente racista.

—Está bien. Vayamos al lugar en el que encontraron la tercera víctima — dije, dirigiéndome hacia el coche y zanjando el asunto.

—¿No quiere sacar ninguna fotografía?

—Aquí es donde registro lo que necesito —respondí, agitando en el aire mi *Moleskine*.

Avanzamos algunas millas por la 87 y después el detective giró a la izquierda, tomando un camino de tierra que nos condujo hasta una zona de estacionamiento amplia y llana. Nos encontrábamos en el Área Recreativa

Mesquite.

—Desde aquí tenemos que seguir a pie.

—Pero, ¿este es un lugar frecuentado? —inquirí, sin salir de mi estado de asombro.

—Ni lo dude. Están pensando en cerrarlo, imagine; por la contaminación. En primavera y en verano son muchos los turistas que desean visitar Sycamore Creek, y lo cierto es que es un paraje que merece la pena.

—¿Lo dejó allí?

—No —respondió García, mientras cruzaba el lecho seco de un arroyo y me señalaba una arboleda poco espesa—. Fue aquí mismo. Apenas nos separan un

puñado de pasos del parking, pero casi nadie coge este camino.

Seguí al detective y me indicó una zona despejada, flanqueada por cuatro altos pinos.

—De nuevo quiso jugar con el riesgo. Parece que también forma parte de su modus operandi.

—No lo sé. Como has dicho antes, lo más probable es que conozca muy bien el bosque. Debe de tener un pase anual, seguro, pero son miles los que lo tienen por lo que de momento no nos sirve para hacer una criba.

—¿Un pase anual?

—Sí, este es un lugar protegido. Nosotros nos movemos con libertad y

nadie nos molestará, pero hay que pagar para acceder a ciertas áreas. Hay pases de medio día, de día completo, de temporada y anuales. Aunque los dos cuerpos los abandonó en la zona de libre acceso sospechamos que es alguien que frecuenta el Bosque en su totalidad, que disfruta de la naturaleza. Contradictorio.

Apenas tardé medio segundo en anotar aquella teoría. Lo que en aquel instante, en efecto, pudiera ser estéril en poco tiempo podía convertirse en una pieza crucial del puzle.

—No termino de comprender qué le impulsa a deshacerse de los cadáveres en zonas tan expuestas... —murmuré.

—Nosotros tampoco. No estamos

lejos del Lago Roosevelt y del Río Salado. Pero el tipo sabe lo que se hace.

—¿Quién encontró el cuerpo?

—Una familia. Decidieron que este era un lugar ideal para un picnic de primavera y el destino les jodió bien el plan.

—¿Cuánto tiempo llevaba muerto?

—Entre 48 y 60 horas. Siempre hace lo mismo. Al menos es nuestra teoría hasta la fecha. Secuestra al crío, lo mantiene con vida dos o tres días, en algún lugar, quizá su propio garaje, donde creemos que les arranca los ojos y los asfixia, y después se desprende del cuerpo en zonas que le son familiares.

—¿Ninguna huella, marcas de

neumático, ADN...?

—Nada. Lo que le comentamos ayer. Todos los pequeños tienen polvos de talco en la ropa y en las manos, lo que nos induce a pensar que usa guantes de látex y quizá un mono de trabajo de polipropileno. Volvemos a lo mismo: hipótesis más basadas en la intuición que en pruebas fehacientes.

Me quedé mirando las copas de los pinos. Aquel era un lugar agradable, un sitio perfecto para despejarse y dejar atrás el estrés y las preocupaciones. Sentí que una leve brisa fresca y seca me acariciaba el rostro y deseé olvidarme de todo, pensar que era libre y que podía perderme por los senderos

de aquel bosque maravilloso en busca de aventuras y de paisajes sin igual. Apreté los párpados hasta sentir dolor, hasta que aquella insignificante tortura me devolvió a la realidad.

—García, hay momentos en los que me encantaría salir corriendo, como *Forrest Gump*, y no detenerme nunca, jamás.

—Entonces los malos ganan, Ethan. Y nosotros estamos aquí para atraparlos.

Solté una bocanada de aire, recordando al sheriff Stevens, de Oskaloosa, Kansas, y me encontré mucho mejor.

—Tiene razón. No me haga caso. Vamos al desierto. Necesito saber más

de esa alimaña.

Las casi 150 millas que nos llevaban de un extremo del condado al otro, casi trazando una perfecta diagonal, las recorrimos en silencio. Yo miraba a través de la ventanilla del copiloto el panorama cambiante que nos ofrecía la carretera y no dejaba de darle vueltas a la cabeza, tratando de meterme en la del asesino que perseguíamos. Es un proceso lento, trabajoso, con una carga de intuición nada desdeñable, y para el que se necesita, además de la formación adecuada y una cierta experiencia, conocer al máximo el modus operandi del homicida. Me lo imaginaba montado en su vehículo, conduciendo con

parsimonia, sin llamar la atención, llevando un cadáver en el maletero del que tiene que desprenderse. Ya ha trazado el plan, sabe a qué lugar se dirige. Abandonará el cuerpo en un sitio no muy transitado, pero en el que tampoco será difícil que alguien dé con él de forma casual más pronto que tarde. Todo muy retorcido. ¿Un deseo de llamar la atención? ¿Quizá un interés inconsciente en ser capturado para dejar de matar? ¿Un mensaje relacionado con sus propias obsesiones y fantasías? Así de compleja es la mente humana. La de todos. Pero los asesinos en serie arrastran traumas desde su más tierna infancia que no han sido tratados de

manera conveniente, que han quedado atrapados en algún espacio oscuro del cerebro, donde han crecido con los años, hasta apoderarse por completo de la voluntad del sujeto, hasta convertirlo en un engendro capaz de lo peor. Y mi misión era ser capaz de llegar a entender a esa fiera, para describirlo con el máximo detalle, para poder incluso adelantarme a su siguiente movimiento, como si mi *yo* fuera un trasunto del criminal que anticipara sus intenciones de un modo milimétrico. Al menos esa era toda la teoría, y lo que los demás esperaban de mí.

—Ya hemos llegado, Ethan. Imagino que este caso no es como muchos otros

que hayas investigado en el pasado.

—Aciertas. Nada de infanticidios.

—Es extraño encontrarse con un asesino en serie de críos. Con la primera víctima sospechamos de inmediato del padre, porque es lo más frecuente. Pero no, es absurdo. Imposible.

—Sí. El padre, la madre o algún familiar muy cercano. Eso es lo que nos dicen las estadísticas —dije, y pensé en Liz, que tanto las detestaba. Yo debía trabajar con ellas, debía ser capaz de estrechar el círculo con la velocidad de un rayo. Pero eso me había conducido hacia el error en más de una ocasión.

—Bueno, aquí está claro que no es

así. Es lo que nos ha tocado —manifestó García con resignación.

—¿Dónde abandonó el cuerpo de la segunda víctima? —pregunté, pues deseaba acabar cuanto antes con aquella ruta macabra.

El detective se bajó del vehículo, que había aparcado en una explanada terregosa, en un lugar perdido de la AZ-85 que se internaba en el desierto de Sonora. Frente a nosotros se extendía una planicie casi infinita, moteada de arbustos reseco y retorcidos. Apenas tuvimos que andar un par de minutos y me señaló el punto. Una zona de tierra agrietada, seca, muerta.

—Aquí fue. Un camionero vio algo

rojo que le llamó la atención y se paró para echar un vistazo. Así fue como encontró al chaval.

Recordé la instantánea del pequeño, la que me había convencido, mientras repasaba el expediente en mi piso de Washington, de que tenía que implicarme en el caso y dejar para más adelante mi dimisión. Tenía clavados en la memoria aquellos pantalones azules y aquella camiseta roja con la bandera de los Estados Unidos. También era imposible olvidar el film envolviendo el rostro y las dos manchas elípticas, oscuras, que ocupaban el lugar de los globos oculares.

—De nuevo se molestó poco en

ocultar el cadáver.

—Sí, es algo evidente. Y más teniendo muy claro, como sabemos, que conoce bien las zonas en las que abandona los cuerpos.

—No tengo ya la menor duda de que desea que le atrapemos. No sé si de un modo consciente o inconsciente, pero una parte de su ser quiere que todo esto pare.

—Yo no estaría tan seguro —  
murmuró García.

Me agaché y pasé la palma de mi mano sobre la tierra. Su tacto era árido y estaba caliente. No podía imaginarme lo que tenía que ser aquel lugar en pleno verano: un infierno. Y allí se había

quedado el cadáver de aquel chiquillo, con el plástico envolviéndole la cabeza. Noté que las puntas de mis dedos comenzaban a temblar y me incorporé de golpe, para que el detective no se percatase de que estaba más afectado de lo que cabía esperar de un agente especial de la Unidad de Análisis de Conducta.

—Todo tiene siempre una explicación.

—No me fastidies, Ethan; hay cosas que no tienen ni pies ni cabeza. Estoy cansado de toparme con aberraciones, y yo sólo me muevo por el condado de Maricopa. Tú tienes que saberlo, te dedicas en cuerpo y alma a estudiar

cientos de expedientes.

Las palabras del detective entraron en mi cerebro como un flechazo y despertaron de golpe mi instinto, el sentido de la intuición que mi jefe tanto se afanaba en potenciar en mí porque según su opinión podía llegar a salvar muchas vidas.

—El tipo mata a los niños así porque se arrepiente de lo que acaba de hacer. Están narcotizados y quizá desvanecidos, después de que les hayan arrancado los ojos. Con el filme no sólo los asfixia; es una manera de ocultar sus rostros, de intentar borrar de su mente sus propios actos horrendos.

## Capítulo VII

El lugar en el que el asesino había dejado el cuerpo de su última víctima hasta la fecha no se hallaba muy lejos de donde encontraron la segunda. Un poco más delante de la AZ-85. Parecía que su intención era plagar de cadáveres la 87, en un extremo, y la 85, en el opuesto, hasta alcanzar los límites del condado de Maricopa. Una hipótesis aterradora.

Los restos habían sido encontrados de nuevo por casualidad. Un fotógrafo y una modelo habían aprovechado la enorme llanura y un día soleado para realizar una sesión que utilizarían para la portada de un disco de música country. Apenas llevaban media hora tomando instantáneas cuando la chica tropezó con algo y espantada descubrió que era el cuerpo sin vida de un niño. Habían transcurrido seis semanas desde entonces. Yo había perdido mucho tiempo cavilando si era mejor renunciar a mi trabajo en el FBI o involucrarme en un nuevo caso.

Llegamos a la oficina del sheriff cuando ya estaba anocheciendo. García

se marchó a rellenar un informe y me dejó con Young y con Harris en el despacho de la primera.

—¿Cómo ha ido la cosa? —me preguntó mi colega del FBI, nada más tomar asiento.

—Más o menos como esperaba. Ha sido espantoso, pero tenía que realizar esa ruta —respondí, cabizbajo.

—¿Has podido sacar alguna conclusión? —inquirió la investigadora, que tenía sobre su mesa un par de expedientes, su iPad y el ordenador encendido. Pensé que yo jamás en la vida sería capaz de trabajar de aquella manera. Tenía 32 años pero me comportaba como un agente de

principios de los noventa. También formaba parte de mis manías el estar centrado en una sola cosa a la vez. Dos era una temeridad, tres suponía derrochar energías y casi seguro olvidar todo a los pocos minutos.

—Se arrepiente de lo que hace.

—En tal caso, actúa por impulso, como te comentamos —se apresuró a exponer Aiden, imagino que aún dolido por el hecho de que yo hubiera cuestionado el perfil que habían elaborado nada más aterrizar en Arizona.

—No, no lo creo. Sigo pensando que planifica sus acciones con mucha anticipación. Tiene una astilla clavada

en las entrañas y con cada asesinato calma su dolor, como si se tomase una aspirina para combatir un tumor cerebral. Sólo alivia los síntomas. La tortura regresa unas semanas después de su crimen y tiene que volver a comenzar. Pero sabe que lo que hace es horrendo, es muy consciente de ello. El film plástico le sirve para acabar con la vida de los pequeños, asfixiándolos, pero ese no es el fin último. En realidad considero que es un modo de negar sus pecados, de intentar borrar de su memoria la imagen macabra de lo que acaba de hacer.

La investigadora no quiso añadir nada y se limitó a tomar nota de lo que

había manifestado en su ordenador; pero Harris se acariciaba el mentón con parsimonia y tenía la mirada perdida en algún punto indefinido, más allá de las cristalerías del imponente edificio que daba cobijo a más de 700 empleados dedicados en cuerpo y alma a velar por la seguridad de casi cuatro millones de habitantes.

—Es como los asesinos que conocen bien a sus víctimas y les cubren el rostro con lo que tienen a mano.

—Algo así —corroboré.

—Pero este tipo, en principio, no conoce a los pequeños.

—Sólo tengo dudas con la primera víctima. Deseo visitar a los padres. Es

importante.

—Al padre —soltó de improviso Emily, demostrando que aunque estuviera escribiendo no perdía hilo de la conversación.

—¿Al padre? ¿Dónde está la madre? —pregunté, inseguro y vacilante.

Mi colega del FBI no pudo evitar, o no quiso, menear la cabeza con resignación.

—Ethan, está en el informe que te pasamos desde la oficina. La madre del chico falleció hace cinco años. Vivía sólo con el padre y por eso pasaba mucho tiempo sin vigilancia ninguna en el parque de al lado de su casa.

—No tengo excusa. Esta noche

repararé todo. No puedo entrevistar a ese hombre y cometer un desliz semejante. ¿Cuándo podemos ir a verlo? —interpelé, tratando de que Harris y Young disculpasen mi error de inmediato.

—Quizá mañana mismo. Ha pasado casi un año desde el crimen, pero sigue bastante implicado. No ha perdido todavía la fe en nosotros —respondió la investigadora, todavía un tanto asombrada de que un agente de la UAC fuera capaz de semejantes lapsus.

—Pienso que puede que viva cerca de esa familia.

—Lo hemos sopesado. Tenemos una lista de sospechosos. Los pederastas la

encabezan —musitó Harris.

Recordé lo que me había comentado García por la mañana: el primero de aquella lista era un inmigrante mexicano que se suponía que traficaba con órganos.

—Me cuesta asumir que sea un pederasta —repliqué.

—Bueno, es lo más factible.

—Pero en las autopsias no habéis encontrado signos de abusos ni restos de ADN de ninguna clase.

—Hemos pensado que lava los cuerpos. Muchos pederastas lo hacen, incluso los que no matan a sus víctimas. Por un lado eliminan posibles pruebas y por otro *limpian* su conciencia —apuntó

mi colega.

Lo que Aiden decía era cierto, y hasta frecuente. Muchos pederastas no son asesinos, y en ocasiones cuando matan no es porque lo deseen sino porque ya no saben qué hacer con sus víctimas o porque pierden el control sobre ellas y no encuentran otro modo para acallarlas. Son homicidios accidentales, aunque no por ello menos terribles. En las prisiones violadores y pederastas son considerados la *chusma*, el escalafón más bajo, da igual que hayan asesinado o no. No son pocas las veces que hay que desarrollar un protocolo para protegerlos del resto de reclusos. Hasta en una cárcel existe un

*código ético*, y abusar de un pequeño es considerado por todos un acto atroz, incluyendo al propio responsable de los mismos. Eso lleva a estos sujetos, muchas veces integrados en la sociedad e incluso padres de familia, a lavar los cuerpos de los niños, como si con ese acto expiaran sus pecados.

—¿Hay signos de ello?

—El problema es que los cuatro pasaron muchas horas a la intemperie, y como bien sabes eso complica la labor de los forenses. Ninguno se ha atrevido a señalarlo.

—Pero creen que no les quita la ropa. Jamás —dijo Young, que seguía mirando la pantalla de su ordenador,

como si buscase algo mientras nosotros manteníamos aquel debate.

—Eso sería muy esclarecedor —murmuré.

—Llevan puesto lo mismo que el día del secuestro. Y todo está en su sitio. Con cuatro víctimas lo normal es que ya se hubiera equivocado al poner un calcetín, como mínimo.

Mi colega del FBI me tendió una carpeta que contenía una veintena de expedientes.

—Aquí tienes los sospechosos. Están ordenados de mayor grado a menor grado. De todos modos hay una anotación a lápiz en la parte superior derecha de cada expediente.

Dediqué unos minutos a echar un vistazo al *currículum* de aquellos tipos. Tal y como García me había anunciado el primero era un inmigrante que apenas contaba con antecedentes. La mayoría eran pederastas que habían cumplido su condena o individuos que habían salido librados de acusaciones de abusos a menores después de llegar a un acuerdo con las familias y con la fiscalía. También había un par de ex-convictos, ya entrados en años, que habían asesinado y violado a jóvenes adolescentes. Se suponía que estaban reinsertados, pero ambos residían cerca de alguna de las víctimas. Arizona no era un estado muy benévolo con los

reos, y por aquella época seguía vigente la pena de muerte mediante inyección letal. Si los habían soltado era porque de verdad existían motivos sólidos para hacerlo.

—No me encaja ninguno — manifesté, con tacto pero firme.

—¿Qué estás diciendo? Apenas acabas de hojear la carpeta... —replicó, un poco indignado, el agente Harris.

—Lo sé. Y quizá me equivoque, pero nuestro hombre no es así. Es más gris. Estos relucen como una llanta cromada en mitad del desierto.

—Te contradices, Ethan.

—No te sigo, la verdad.

—El primer día, cuando nos

reunimos en mi despacho, me comentaste que este tipo era poco menos que un engendro, y que no tardaríamos en dar con él.

Rememoré aquel instante y maldije mi dichosa egolatría, que ya me había jugado muy malas pasadas antaño y que todavía no lograba corregir. Aiden tenía parte de razón.

—Yo me refería a su fuero interno. A sus manías y a sus obsesiones. Eso lo hace diferente al resto. Pero desde el principio he considerado que no estamos delante de un pederasta. Aquí hay algo más... profundo —me defendí.

—Casi todos los asesinos en serie se ven arrastrados por un móvil sexual,

¿me equivoco? —preguntó Emily, intermediando entre nosotros.

—Estás en lo cierto —respondió con agilidad Harris.

—No siempre. Hay multitud de casos en los que la obsesión que les impele a matar está asociada con otros trastornos de su infancia que no han cicatrizado del modo adecuado.

—Ethan, sabes mejor que yo que en porcentaje son una minucia.

—Pues yo ya me he topado con unas cuantas de esas menudencias —dije, recordando que, salvo en Detroit, en todos los casos en los que había colaborado sobre el terreno el móvil no tenía ninguna vinculación con traumas

sexuales.

—Eso sólo puede significar una cosa —manifestó mi colega, señalándome con el dedo.

—¿Qué? —pregunté, como si me estuvieran sometiendo a una prueba de aptitud.

—Que tienes una idea formada, más desarrollada de lo que nos has contado, de cómo es el asesino.

Harris tenía razón. Y la ruta con García de aquella mañana sólo había servido para cimentar todavía más aquella presunción que se había fraguado en mi cerebro casi desde mi aterrizaje en Phoenix. No la había compartido por dos razones: por un lado

seguía siendo un cretino al que le costaba colaborar con personas extrañas, ajenas a mi círculo más cercano; por otro no deseaba quedar en evidencia, adelantándome con una teoría que más adelante podía ser desbaratada por cualquier prueba.

—Sí, pero aún es pronto. No puedo confundir con mis disquisiciones indiciarias a todo un equipo de más de 200 agentes.

—¡Por favor, no me fastidies, Ethan! —exclamó mi colega, golpeando la mesa de Young con suavidad—. Me he dejado la piel para conseguir que participes en esto, ¡necesitamos que compartas desde el principio cualquier

planteamiento que se te pase por la cabeza! Si te vas a guardar algún secreto será mejor que regreses a Washington y allí te dediques a repasar expedientes sentado en tu sillón.

Aiden estaba indignado, aunque trataba de mantener la calma. Su rostro aninado y su cabello rubio se habían alborotado y la investigadora lo observaba pasmada, como si no conociera aquella parte del agente especial responsable de la oficina del FBI de su ciudad.

—Será mejor que nos tomemos un respiro. Llevamos muchos meses involucrados en este asunto y eso nos nubla la razón en ocasiones, tienes que

comprenderlo —argumentó Young, mirándome fijamente a la cara, imagino que creyendo que aquel arretrato de Harris delante de un agente venido de Quántico podía acarrear consecuencias.

—No, no, Emily. Aiden tiene razón. No estoy siendo del todo franco, aunque desde luego no es mi intención reservarme ninguna información —mentí.

Harris estaba callado. Era como un gran globo de helio que se ha pinchado y se desinfla con rapidez. Se había hundido poco a poco en su silla. Ya había soltado toda su ira y ahora esperaba mi reacción.

—Pues si es así, Ethan, te ruego que

compartas con nosotros tus apreciaciones —murmuró Emily, con extremada educación.

—Este hombre no es un pedófilo. Creo que padece el TDC, *Trastorno Dismórfico Corporal*, en un grado muy avanzado y obsesivo. Se ha convertido en un peligro para la sociedad. Sólo halla la calma cuando mata y arranca los ojos a esos pequeños. Los globos oculares son su manía, es más que palmario. Si analizamos las fechas de los asesinatos observamos que el período de *enfriamiento*, el relajamiento psicológico que le provoca el matar, se está acortando. Cada vez se va a volver más peligroso, más astuto y

más habilidoso. Esto es lo que pienso, y temo estar en lo cierto.

# Capítulo VIII

El TDC, o *Trastorno Dismórfico Corporal*, es un desorden mental leve que lleva al paciente a obsesionarse con alguna parte de su cuerpo, casi siempre ubicada en el rostro, que considera anormal o fea. El sujeto desea cambiar ese aspecto de su físico, ya sea mediante cirugía o incluso por sus propios medios (lo que en la mayoría de la ocasiones

provoca lesiones de cierta gravedad). Es relativamente frecuente, afectando a poco más del 1% de la población estadounidense, y en la mayoría de las ocasiones una vez superada la adolescencia los síntomas tienden a remitir. Pero hay casos en los que este trastorno se complica, pues está vinculado a otras patologías, y deriva en cuadros clínicos más enrevesados, debido a la ansiedad que provocan. De este modo el TDC se transforma en un TOC, *Trastorno Obsesivo Compulsivo*, que a su vez puede dar origen a cuadros graves de ansiedad, depresión o incluso, en los casos más extremos, brotes psicóticos. Cuando esto último sucede el

individuo, si no es tratado de manera adecuada, puede volverse muy peligroso. En términos estadísticos las posibilidades son mínimas, pero por desgracia son cosas que suceden y que con una adecuada prevención podrían evitarse.

El TDC puede surgir de forma espontánea —una de las causas está relacionada con la producción de niveles bajos de serotonina— o puede ser inducido por un tercero, normalmente alguno de los progenitores, aunque también por *bullying* o acoso escolar, en el sujeto a través de la repetición de una idea vinculada a un defecto de su aspecto físico. Esto suele

producirse durante la niñez, lo que provoca un trauma profundo difícil tanto de diagnosticar, por la negación del paciente a recordarlo o a asumirlo, como de tratar, por lo enraizado que se halla en su mente.

Cuando los cuadros de ansiedad son desmesurados el individuo encuentra en la violencia un modo de desahogo que se retroalimenta: halla la paz durante un tiempo pero luego busca una nueva víctima cuando la angustia regresa. En Maricopa el primer niño había sido asesinado casi un año antes de mi llegada a Phoenix, el segundo 5 meses después de aquel primer homicidio, el tercero cuatro más tarde y el último

apenas transcurridos dos meses y medio. Aquel desalmado estaba acelerando su ola de crímenes y los períodos de enfriamiento eran cada vez más breves. En aquel instante íbamos camino de las siete semanas desde el último asesinato, por lo que todos esperábamos, aterrados, que tarde o temprano algún turista o visitante del Bosque Nacional de Tonto telefonease para informar de que se había topado con un cadáver en las inmediaciones de la AZ-87.

Así pasé aquella noche, tomando notas hasta altas horas de la madrugada. Incluso, aprovechando la diferencia horaria, telefoneé a mi compañera Liz para compartir algunas reflexiones. Pero

servió de poco, y menos cuando había cometido el error de no arrancar la conversación con un mensaje de afecto. Pero lo cierto es que sí que la echaba mucho de menos. También, aunque de un modo diferente, a Mark y a Tom. De momento *mi equipo* se encontraba a más de dos mil millas de distancia y poco podía hacer para vincularlo al caso.

Cuando por la mañana abandoné el hotel para ir paseando hasta la oficina del sheriff estaba demasiado exhausto como para comprender lo que un tipo estrafalario que me había abordado en plena calle me estaba intentando comunicar.

—¿Quién diablos es usted y qué

desea? —pregunté, observando con más atención a aquel joven, que llevaba una bandolera de cuero de marca, un celular de última generación que había colocado casi entre mis dientes y la vestimenta propia de un hippie recién rescatado de principios de los setenta.

—Ya se lo he dicho. Mi nombre es Michael Scott, y trabajo en la sección de sucesos del *The Arizona Republic*. Usted es Ethan Bush, el famoso agente especial del FBI, ¿verdad?

Detuve mi pesado caminar en seco. Creía que habiendo llegado a un pacto con Clarice Brown, que se había quedado en Nueva York ocupándose de sus asuntos, mis problemas con la

prensa eran cosa del pasado. Estaba muy equivocado.

—No hablo con periodistas — respondí, seco.

—Eso no es del todo cierto. Creo que pasado mañana emiten por la CBS una entrevista con usted en exclusiva. ¿Ha llegado a algún tipo de acuerdo con ellos?

—Déjeme en paz.

—Señor Bush, llevo meses implicado en este asunto de los niños. He investigado mucho por mi cuenta. Puedo echarle una mano. Puedo ser muy útil. Sólo le pido alguna declaración; su opinión sobre lo que está sucediendo.

—¿Quiere mi opinión? Ustedes

deberían limitarse a dejar trabajar a los agentes. Ya bastante tienen encima como para soportar además a la prensa.

El reportero se quedó parado en mitad de la acera y por fin me dejó continuar mi camino. Sabía que mi tono de voz había sido muy agresivo, pero el cansancio y los prejuicios no me habían dejado otra salida ante aquella inesperada acometida.

Nada más llegar a las soberbias instalaciones de la oficina del sheriff de Maricopa me dirigí al despacho de la investigadora Young. A primera hora de la tarde teníamos previsto visitar a Luke Nelson, padre de Timmy, la primera víctima. Yo aún seguía un tanto alterado.

—¿Has podido confirmar la reunión? —pregunté, nada más cruzar la puerta.

—Buenos días —replicó Emily, sorprendida por mi abrupta irrupción.

—Lo siento, buenos días; apenas he dormido y encima nada más salir del hotel un periodista se me ha lanzado encima como un águila que va a por su presa.

—¿Sabes de quién se trata?

No hacía ni un cuarto de hora de mi encontronazo pero me costó recordar el nombre del reportero. Tenía cosas más importantes en las que ocupar mi mente.

—No sé. Trabaja para la sección de sucesos del *The Arizona Republic*.

—¿Michael Scott?

—¡Sí, exacto! Ya veo que no soy el único al que acosa.

—Bueno, este es un caso que está levantando mucha polvareda y ese periódico es el más importante de toda Arizona. Ese chico lleva poco tiempo en su puesto, creo que dos o tres años, y me imagino que desea hacer méritos.

—Pues no será a mi costa. Detesto a los periodistas.

La investigadora se me quedó mirando, como intentando relajar la tensión. Tenía apoyado el extremo de su bolígrafo sobre los labios y lo apretaba con suavidad.

—Tienes que saber algo.

—Intuyo que me vas a dar una mala noticia. El día ha comenzado torcido, por lo que te ruego que seas directa.

—Está bien. El sheriff Martin es muy conservador y mantiene unas excelentes relaciones con el director de ese periódico. Raro es el mes que no les concede una entrevista, a veces incluso dos. Será mejor que no nos busquemos líos.

Suspiré. Parecía que librarme de la prensa era una losa que no podía quitarme de encima de un modo tan sencillo.

—¿Los utiliza para darse un poco de *bombo*? —pregunté, sin tener muy clara la relación de confianza que Emily

podía tener con el sheriff. Pero tampoco perdía nada. A las malas me mandarían de vuelta a Quántico y en aquel instante no me parecía una alternativa antipática.

—Digamos que sí. Bueno, es algo que hace la policía, la DEA, la NSA y... el FBI. Mañana sale una entrevista tuya en la CBS, ¿me equivoco?

Tocado y hundido. Las contradicciones nos pasan factura, y no podía explicarle a Young que aquello era fruto de un pacto relacionado con un caso anterior. Además, una vez viese la emisión pensaría que yo era un hipócrita del tamaño del desierto de Sonora. La entrevista había quedado casi como un spot publicitario de la agencia en primer

lugar y de mi persona en segundo. Estaba atrapado.

—Creo que es pasado mañana. Es un asunto muy largo de comentar, pero a fin de cuentas da lo mismo. Tienes razón. Todos mantenemos relaciones más o menos directas con la prensa. Pero eso no hace que deje de despreciar alguno de sus métodos y de la manera que tienen de enfocar los casos de homicidio. Donde nosotros sólo vemos dolor ellos en ocasiones, además, encuentran un filón para ganar lectores y sacar réditos. Eso me saca de quicio.

La investigadora dirigió la mirada a la pantalla de su ordenador, como pasando página, y revisó algunos

mensajes de su correo electrónico.

—Contestando a la pregunta que me has formulado nada más asomar la cabeza por la puerta la respuesta es sí. El señor Nelson nos recibirá en su casa a las 15:00, de modo que tenemos tiempo de sobra para preparar la reunión.

—Me gustaría llegar una hora antes a la zona.

—¿Quieres ser puntual? —inquirió, irónica, Emily.

—No. Deseo ver el parque en el que Timmy fue secuestrado, y dar una vuelta por los alrededores.

—Ha pasado casi un año. No vamos a encontrar ya ninguna evidencia. Tienes

montones de fotografías, mapas y anotaciones en el expediente.

—Lo sé, pero necesito meterme en la piel de ese desgraciado. Necesito moverme un rato por allí.

—Está bien. Tú eres el experto y nadie mejor que tú sabe lo que se hace —musitó con desgana la investigadora.

Emily era una excelente agente, pero recelaba de mi presencia. Al contrario que García, que me había recibido con los brazos abiertos y lo único que deseaba es que demostrase en Arizona mi supuesta valía, ella me percibía casi como una amenaza, alguien que podía poner en tela de juicio su buen hacer y su desempeño. Nada más lejos de mis

intenciones, pero era casi natural que esa fuese su actitud.

Las dos horas que pasamos a solas preparando el encuentro con el padre de Timmy fueron muy productivas y ayudaron a conocernos mejor el uno al otro. Después no fuimos juntos a almorzar y ya más relajada me contó que le había costado muchos esfuerzos y sacrificios llegar a ocupar un puesto de investigadora en la oficina del sheriff de Maricopa.

—No sé si ya te habrás dado cuenta, Ethan, pero esto no es ni Washington ni San Francisco. Aquí la mayoría de la población todavía es bastante machista y yo añadiría que xenófoba hasta un

extremo intolerable.

—Me voy haciendo una idea. Pese a todo, ahí estas tú, haciendo equipo con García. Una mujer y un hijo de inmigrantes mexicanos elegidos por el sheriff Martin para liderar el caso más complicado del condado acaecido en el último lustro.

Young removi6 nerviosa con el tenedor los frijoles de su *chimichanga*, el plato m6s t6pico de Arizona, muy parecido a los burritos mexicanos, aunque con leves diferencias. Yo hab6a pedido lo mismo, pero no me acostumbraba a aquellas comidas algo fuertes para mi paladar y me conformaba con rellenar la tortita de ma6z con un

poco de guacamole mezclado con las judías fritas, no en vano mi alimento favorito y la base de mi dieta.

—Eso es lo que me preocupa. No tengo muy claro si nos ha metido de lleno en este asunto por una cuestión de confianza o por si las cosas salen mal tener a un par de chivos expiatorios ideales a los que cargarles el marrón.

—Será mejor que nos pongamos en la primera de las opciones. De todas formas, Emily, ¿tienes fe en ti misma? —pregunté, como si en lugar de un agente de la UAC del FBI hubiera usado mi grado en psicología por Stanford para montar un consultorio en alguna ciudad maravillosa de California.

—Sí. No hubiera llegado tan lejos sin esa fe de la que hablas. Te lo aseguro.

Young había tenido que trabajar por las noches para poder pagarse la carrera, ya que su familia, que residía en Flagstaff, al norte de Arizona, era muy humilde. Aquello la había fortalecido, pero también arrastraba cicatrices y el agotamiento propio de quien ha tenido que luchar el doble para conseguir lo mismo que otros.

—Pues entonces no cabe la menor duda de que vamos a pillar a ese desalmado. Y tú vas a ser una pieza clave —manifesté, sabiendo que aquellas palabras eran justo el linimento

que ella necesitaba en ese preciso instante.

—Será mejor que dejemos esta charla para otro día. Si quieres echar un vistazo por los alrededores y que lleguemos a tiempo a nuestra cita nos toca menear el culo ya mismo.

Cogimos la Avenida Central y descendimos hasta el sur de la ciudad. Al llegar al cruce con Alta Vista Road giramos a la izquierda y la investigadora aparcó en el área de estacionamiento del South Mountain Community Center. A sólo unos pasos se encontraba el parque *El Reposo*, donde Timmy había sido visto por última vez.

—No parece un lugar peligroso —

declaré, nada más bajarme del vehículo.

—Y no lo es. Sólo es un parque que la mayor parte del día está casi desierto. El sitio ideal para un secuestrador de niños.

—¿La vivienda del señor Nelson está muy lejos?

—No, la tenemos justo enfrente. Por eso he aparcado aquí. No quiero que nos vea husmeando justo antes de recibirnos.

—Comprendo.

El parque era inmenso. Había una gran explanada de césped bien cuidado rodeada de árboles frondosos. Cualquiera se podía haber pasado horas espionando al pequeño sin ser descubierto. Había una zona de juegos, pero estaba

pegada a la carretera, de modo que consideré muy improbable que Timmy hubiera sido captado allí. Sin embargo, al otro lado, en el extremo norte del parque, discurría detrás de los árboles un camino de tierra flanqueado por la parte posterior de un puñado de viviendas y por varios muros que cercaban terrenos sin construir y una cerca metálica. Nada más alcanzar aquella zona sentí una punzada en la boca del estómago.

—¿Te encuentras bien, Ethan? — preguntó Emily, al ver que me doblaba un poco y me llevaba las manos al abdomen.

—Sí, estoy bien. Tuvo que ser aquí

—respondí, señalando la polvorienta travesía, que luego supe era denominada pomposamente San Francisco Cana Road.

—Es lo que pensamos, pero ahí no se puede acceder en coche. Está cercado. Tampoco encontramos huellas ni nadie que nos dijera que hubiera visto algo sospechoso.

—Emily, estoy seguro.

—¿Tienes poderes paranormales?

Recordé a la médium con la que había coincidido en mi segunda estancia en Kansas, la señora Lee, que casualmente se llamaba Emily. También pensé en Juliet, la espiritista que me había ayudado en Nebraska. En el fondo

la pregunta de la investigadora no me hizo una pizca de gracia, aunque ella estaba lejos de conocer mi pasado y mi relación curiosa con lo paranormal.

—No, poseo una sólida formación y algo de experiencia. Ese tipo se llevó a Timmy de la mano caminando tranquilamente por este sendero. Aquí nadie puede verlo. Casi me atrevo a decir que es vecino de la zona, que conocía al pequeño y que alguna maldita razón le hizo fijarse en él y pensar que tenía que convertirse en su primera víctima.

—Ven, quiero enseñarte algo.

Young me condujo hasta una zona de la cerca que rodeaba el parque que

estaba doblada y levantada en su parte inferior. Un adulto no cabía por allí, aunque podía saltar la valla si era ágil y estaba en forma, pero un chiquillo no tendría problemas para sortearla arrastrándose.

—Joder, esto no lo he visto en ningún informe —dije, enrabiado.

—Te pasaron un resumen. Además, tampoco es que le hayas dedicado demasiado tiempo. No creo que estés en condiciones de soltarnos la tabarra a nadie. Al grano: pensamos que quizá el pequeño accedió a alguna proposición por parte del asesino desde el otro lado de la verja. Realizamos análisis pero había ADN para saturar a un

departamento durante meses. Además estaba muy degradado por la climatología, de modo que dieron carpetazo al asunto. Pero esto encaja con tu teoría.

—¿Podemos cruzar al otro lado?

—¿Te ves capaz de saltar esta valla?

—preguntó, carcajeándose, la investigadora. Su risa era encantadora y me sentí relajado al oírla por primera vez—. Yo te aseguro que hace tiempo que perdí facultades. Podemos dar un rodeo, y así ves por dónde diablos pudo colarse nuestro hombre.

—Para echar una carrera me siento en plena forma, pero dar un brinco de más de seis pies se escapa de mis

posibilidades. Además, entre nosotros, lo de dar un rodeo para analizar mejor el entorno me parece una salida fabulosa para no tener que asumir nuestras vergüenzas. Te sigo.

Mientras caminaba detrás de Emily no podía quitarme de la cabeza la imagen sonriente del pequeño Timmy en una foto que le habían hecho en la escuela, radiante, y que su padre había usado un par de días en cientos de carteles que había repartido por el barrio con la ayuda de amigos y vecinos. La comunidad, como no podía ser de otra manera, se había volcado en tratar de hallar con vida lo antes posible a uno de sus *cachorros*. Por desgracia todo

había acabado de la manera más trágica imaginable.

Volvimos sobre nuestros pasos y alcanzamos, esta vez caminando, la calle Segunda, que se prolongaba entre la parte posterior del Community Center y algunas casas. Terminaba en un terreno sin construir y en una puerta baja de hierro herrumbroso que impedía el acceso de los vehículos a San Francisco Cana Road. Sin embargo a la izquierda había tres postes que dejaban que cualquier viandante accediera al polvoriento camino.

—Pudo ser cualquier vecino de la zona. No creo que nadie venga aquí a ciegas, sin saber bien lo que se hace —

argumenté, pasando mi mano por uno de aquellos postes oxidados.

—¿No sería correr demasiados riesgos? —inquirió Young, que no estaba muy convencida de mis especulaciones.

—Al contrario. Aquí se siente muy seguro. Al igual que en la 87 y en la 85, los lugares en los que se deshace de los cuerpos.

—Eso volvería a recuperar la hipótesis de que es un asesino de oportunidad.

—No, no lo es. Por alguna razón se fijó en Timmy. Centró en él su atención y a partir de ahí comenzó a fantasear, cada vez con más frecuencia. Los fantasmas

del pasado regresaron y el pequeño tiene relación con ellos. Debemos conocer mejor a ese chico. Después lo secuestró, le hizo esa salvajada y lo asfixió, ocultando su rostro con el filme, porque se sentía culpable. Quizá llevaba años viéndolo, saludándolo, y no pudo soportar el horror que había creado. Ahí se generó un patrón, porque encontró una manera terrible, pero efectiva, de apaciguar su ira y su dolor. Las demás víctimas son una copia, una representación cada vez más perfeccionada de ese primer crimen. Es abominable, pero así funciona la mente en ocasiones.

—Ethan, te veo demasiado seguro.

Realizamos una batida por el barrio y sólo encontramos a algunos ex-convictos de poca monta, asuntos relacionados con las drogas y hurtos de poca cuantía, y a un pederasta que tenía coartada y que se supone que está totalmente rehabilitado.

Medité durante algunos segundos. La duda, la incertidumbre, salvo en mi primer caso, en Detroit, formaban parte de mi carácter. Casi había echado por tierra dos investigaciones por negarme a aceptar las evidencias; y en una ocasión, en Kansas, incluso no había sido capaz de realizar un perfil fiable del asesino. Yo mismo estaba sorprendido de mi confianza.

—Esto no es muy profesional,

Emily, pero digamos que tengo un palpito. Es como si pudiera oler el rastro de ese tipo.

—Pues ya tienes buen olfato. Ha pasado casi un año.

—Timmy fue el primero. Pasaron nada menos que cinco largos meses hasta que volvió a actuar. Ese pobre chiquillo tiene las respuestas que nos conducirán hasta su asesino.

—Espero que tengas razón. En fin, podemos regresar en otro momento. Ha llegado la hora de ir a ver al señor Nelson. No quiero hacerle esperar ni un minuto.

Tal y como me había avanzado Young la vivienda en la que había

residido el pequeño Timmy estaba justo enfrente del Community Center, en Alta Vista Road. Era una casa modesta, de una altura, con un pequeño porche delantero algo descuidado. Pensé que quizá al señor Nelson, que había perdido primero a su esposa y después a su único hijo, ya le importaba un carajo el estado de su propiedad.

—Sólo tenía que cruzar la calle y ya estaba en el parque —dije, mirando hacia la zona de juegos infantil que había cerca de la carretera.

—Sí. Quién puede pensar que justo al lado de casa tu hijo puede correr peligro. Se me pone la piel de gallina con todo este asunto.

A las 15:00 en punto la investigadora pulsaba el timbre de la vivienda y a los pocos segundos un hombre alto, casi sin pelo, encorvado y con una camiseta de tirantes arrugada y sucia, nos abrió la puerta y nos invitaba a pasar al salón con un gesto vacilante de su mano.

—Adelante —murmuró con desgana.

—Señor Nelson, tal y como le informé, me acompaña el agente especial del FBI Ethan Bush. Se ha incorporado desde Washington para ayudarnos a resolver el caso —manifestó Young, dando a entender que la oficina del sheriff se estaba tomando muy en serio el asunto y que no iba a

reparar en medios.

—Me parece perfecto. Nadie me va a devolver a Timmy ya, pero al menos cacen de una vez a ese malnacido — replicó el señor Nelson, estrechándome la mano.

El interior del domicilio estaba tan astroso como el exterior. El sofá en el que tomamos asiento tenía algunas camisetas tiradas en un extremo, la mesa de centro estaba cubierta de polvo y sobre ella descansaba un enorme cenicero con decenas de colillas. La luz que se filtraba a través de una persiana de lamas dejaba atisbar millones de partículas sospechosas en suspensión de todos los colores y tamaños. Era como

haber entrado en una casa abandonada durante cinco años y acabar de retirar las sábanas que cubren los muebles. La decoración era austera y no supe ver ni una sola fotografía en toda la estancia. Parecía la sepultura de un sujeto que todavía hacía el mínimo esfuerzo por respirar en aquel ambiente denso y mugriento.

La investigadora se afanó en realizar una larga introducción acerca de los motivos que nos habían llevado hasta allí, de lo importante que era que Quántico se hubiese implicado en la investigación y de que él colaborase al máximo.

—Yo ya me he cansado de hablar.

Me he cansado de vivir y de esperar. Sólo quiero que encuentren al animal que me arrebató a Timmy y ya podré marcharme con Dios...

Comencé a hablar muy despacio. Intenté resultar lo más amigable posible. El señor Nelson se mostraba reacio a cooperar y hasta cierto punto era normal. Tenía que ganarme su confianza.

—¿Timmy pasaba muchas horas en ese parque de enfrente?

—Imagino que piensa que soy un mal padre.

—No, en absoluto. La mayoría de los niños de esa edad pasan la tarde jugando cerca de casa.

—Ya, ya... La respuesta es sí. Por

entonces tenía dos empleos. Ya estaba ahorrando para cuando pudiese llegar a la universidad. No quería que tuviese un futuro como el mío, con trabajos mal pagados y jefes de mierda; quería lo mejor para él. Ahora no tengo ninguno y me gasto aquellos ahorros inútiles en mal vivir y en tabaco. Al menos no me ha dado por beber.

—¿Tenía su hijo llaves de la casa?

—Sí, claro. Llegaba a tiempo para comer con él y luego me marchaba. Él entraba y salía. Hacía las tareas y se iba al parque a jugar con los amigos. Volvía a casa cuando le apetecía. Cenábamos juntos y podía acostarlo en la cama y leerle un cuento. No era el padre del

año, pero es todo lo que podía hacer.

—Señor Nelson, no le estoy culpando de nada. Es importante saber cómo pasaba el tiempo su hijo para tener más información acerca de la persona que lo secuestró —susurré, con dulzura.

—Le arrancó los ojos y lo asfixió...

Dejé pasar unos segundos. La puntualización del padre era apropiada. Yo no quería recordar aquella tragedia, pero él no podía olvidarla.

—Así es. Me ha dicho que salía al parque a jugar con los amigos. Pero quizá también pasase tiempo solo allí, ¿no cree?

—Es posible. Casi todos los chicos

tienen una familia normal y se recogían antes. Qué más da...

—¿Le comentó Timmy si alguna vez había hablado con algún adulto?

—Eso ya me lo preguntaron mil veces.

—Intente hacer memoria, por favor —rogué.

—No sé. Imagino que sí. Había un chaval de unos 25 años que vive por aquí cerca con el que de vez en cuando jugaba a lanzar la pelota. Mi chico tenía la ilusión de llegar a ser quarterback de los Arizona Cardinals. En su habitación hay un póster todavía firmado por dos componentes del equipo, una gorra y una camiseta.

—¿Sospecha de ese joven?

—¡Ni hablar! Ya lo he repetido hasta quedarme sin voz. Es un buen chaval. Le han estado molestando y ya no pisa el parque. Un día vino a verme y se echó a llorar aquí mismo. No pierdan el tiempo.

El señor Nelson meneó la cabeza, disgustado. Fue en ese instante cuando uno de sus ojos, el derecho, me devolvió un destello. Se me erizó el vello. Intenté disimular mi desconcierto.

—¿Nadie más?

—No tengo ni idea. Puede que alguien. Por ese parque pasea mucha gente cada día. Hagan su trabajo.

—Está claro. ¿Puedo ver la

habitación de su hijo?

—Sí, está al fondo del pasillo. Yo me quedo aquí. Malditas las ganas que tengo de entrar.

—Ethan, yo ya la he visitado un par de veces. Me quedo en el salón haciendo compañía al señor Nelson — dijo, con tino, Young.

Apenas invertí media hora en echar un vistazo al cuarto del pequeño. Era como los de tantos niños de su edad. También era la única estancia de la casa que mantenía un perfecto orden. Sólo había polvo, pero cada cosa estaba en su sitio. Con el reparo que siempre he sentido —y sigo sintiendo— al invadir la intimidad de cualquiera, mucho más

de una persona que ha sido asesinada brutalmente, llevé mucho cuidado en tocar cada cosa y devolverla a su lugar exacto con mimo. Busqué un diario o algún cuaderno con apuntes personales, aunque sabía bien que los niños no suelen hacer esas cosas; es más habitual en las chicas: maduran antes y consideran que necesitan un espacio en el que volcar sus confidencias. No lo hallé. Apenas pude hacerme una idea de los sueños de un crío que había tenido una existencia dura. Sin madre desde los cinco años y con un padre que se deslomaba trabajando 14 horas al día.

Cuando regresé al salón me encontré al señor Nelson y a Emily charlando de

un modo abierto y fluido. Yo era el problema. A ella ya la conocía y con ella había pasado los peores momentos de su vida.

—¿Alguna cosa?

—Nada relevante. Podemos marcharnos.

El señor Nelson nos acompañó hasta la puerta y antes de que abandonase su propiedad me tomó con fuerza del brazo.

—Encuentre a ese tipo, por favor. Si no lo hace por mi hijo Timmy hágalo por los chicos que aún siguen con vida y que pueden sufrir lo mismo que él.

Asentí, inseguro, y me largué lo antes posible, siguiendo los pasos de la investigadora, que ya cruzaba Alta Vista

Road en dirección a su vehículo.

Entramos en el coche y antes de que Young pudiese meter la llave de contacto y arrancar le hice un gesto brusco con la mano.

—¿Qué te sucede? Has estado muy extraño toda la reunión, pero como te he comentado tú sabrás qué es lo que haces. Yo sólo intento aprender.

—El señor Nelson tiene un ojo de cristal.

—Sí, creo que sí. No estoy segura del todo, pero eso parece.

—¿No lo habéis investigado?

—¿Qué mosca te ha picado? ¡Es el padre de la víctima, joder! —exclamó con rabia Emily, incrédula.

—Lo sé. Y acabo de anotar su nombre entre los sospechosos a tener en cuenta.

# Capítulo IX

Me había prometido no comportarme como un necio en esta ocasión, respetar al máximo los protocolos y ser honesto y transparente tanto con el FBI de Arizona como con la oficina del sheriff de Maricopa; pero todavía quedaban demasiadas aristas por pulir en mi carácter y no pude evitar telefonar a Mark, el experto en informática de

Quántico, un pequeño genio, para que indagase acerca del pasado del señor Nelson. Young me había mostrado a las claras que nadie se planteaba que aquel hombre destrozado y abatido pudiera no sólo haber acabado con la vida de su hijo de un modo atroz, sino también con la de otros tres chiquillos. Pero yo sabía lo retorcida que podía llegar a ser la mente humana; los monstruos que engendra, que no conocen ni de empatía, ni de sentimientos ni de límites racionales.

—Ya estás liando la misma de siempre —fue lo primero que replicó Mark ante mi propuesta.

—Sólo te pido que me eches una

mano. Aquí nadie va a mover un dedo porque ya han descartado a ese tipo — supliqué.

—Es natural, joder, ¡es el padre de uno de los niños asesinados! Sólo en tu cabeza cabe semejante hipótesis. ¿Por qué no lo consultas con Wharton antes de meterme en un embrollo?

Mark tenía razón, pero hablar con Peter era prematuro. Aunque se mostraba condescendiente conmigo por haber dejado a un lado mi idea de dimitir seguía siendo un hombre cabal y el responsable máximo de la UAC. Mis *juegucitos* seguirían sin hacerle la menor gracia.

—Aún no. Sólo si das con algo

sólido.

—Estoy hasta las cejas de trabajo. Me debes ya muchos favores.

—¿No te han aumentado el salario?  
—pregunté, como si ya hubiese abordado el asunto con Peter.

—¿Aumentado? Aquí lo único que sube es el alquiler de mi apartamento y las horas que me paso metido en este cubículo.

—Te prometo que en cuanto regrese a Washington me pondré muy serio con este tema.

—Nos conocemos, Ethan. Le echaré un vistazo esta noche cuando llegue a casa, no antes. Mañana quizá, y sólo quizá, tengas un mail si he hallado algo

que me llame la atención.

—Eres un genio.

—Y tú estás para encerrar y sin embargo vas suelto por la calle y sin bozal.

—Si no fuera por mí estarías por ahí, perdido en Taiwán o en Indonesia *hackeando* cuentas bancarias o cosas mucho peores.

—No me lo recuerdes. No me parece un plan ni tan descabellado ni tan horrible —murmuró mi colega, entre carcajadas.

Me despedí de Mark dándole mil veces las gracias. También con un doble sentimiento de culpa: lo estaba metiendo de manera solapada en el caso y encima

estaba traicionado a toda la gente de Phoenix con la que trabajaba codo con codo.

Aquel día tenía por delante una jornada nada apetecible: había aceptado la propuesta de ir a visitar a Charles Albright para intentar sacar algo que nos ayudase a esclarecer el asunto. Yo no albergaba ninguna esperanza, pero negarme tampoco me resultaba cómodo.

El agente Harris y yo tomamos un vuelo directo operado por American Eagle que conectaba Phoenix con Lubbock, Texas. Él estaba nervioso, y un tanto emocionado. Creía que entre ambos seríamos capaces de conseguir lo que nadie antes había logrado: que el

chalado de Albright colaborase y nos desvelase qué le había impulsado a cometer sus horrendos crímenes.

—Como sé que detestas a ese tipo con toda tu alma, yo jugaré el papel del amigo en quien puede confiar, si te parece —propuso Aiden mientras sobrevolábamos el estado de Nuevo México.

—No me costará hacer de *poli malo*. Pero no va a funcionar —repliqué, con cierta desgana.

—Chikatilo se vino abajo delante de un psiquiatra. Yo estoy seguro de que eres capaz de eso y más.

—Yo no soy psiquiatra, tenemos tres horas escasas para interrogar a ese tipo,

Albright apenas se parece a Chikatilo y no estamos en la Unión Soviética de 1990 —murmuré, mirando por la ventanilla de la aeronave, que apenas me permitía otra cosa que contemplar el ala derecha y algunas nubes esponjosas salpicadas en un cielo azul claro.

Harris se puso a revisar algunos papeles y me dejó un tiempo para que me tranquilizase. Estaba claro que acudíamos a aquella cita con expectativas muy distantes, pero mi colega del FBI mostró un aliento a prueba de balas.

—Sin tu ayuda este viaje no habrá servido de nada. Ethan, necesito que te impliqués, aunque consideres que es una

pérdida de tiempo. Yo no estoy preparado ni tengo la formación adecuada para afrontar esta entrevista. Tú ya te las has visto con gente así y aunque no seas psiquiatra sí eres un brillante psicólogo. Actúa como si nos fuese la vida en ello. Como si les fuese la vida en ello a decenas de mocosos que ahora mismo todavía corretean felices por algún parque de Phoenix.

Las palabras de Aiden perforaron mi blindaje y alcanzaron eso que denominamos *corazón*. Debía dejar a un lado lo que me dictaba la razón y la experiencia y durante algunas horas dejarme llevar por las emociones. Los sentimientos, que tan malas pasadas me

habían jugado en mis dos estancias en Kansas, quizá en esta ocasión podían ser útiles para atrapar a un bárbaro y acabar con el caos que había desatado.

—Está bien —dije, girando mi rostro, mirándole a los ojos y posando mi mano sobre su hombro—, me has convencido. No tenemos nada que perder por intentarlo. A las malas regresaremos con lo mismo que hemos salido. Pero a lo mejor ese pirado nos ofrece, sin darse cuenta, un indicio, el atisbo de algo que más adelante sea clave. Me emplearé a fondo.

Alquilamos un coche y en apenas unos minutos estábamos presentando nuestras credenciales en las

instalaciones de la Unidad Psiquiátrica John Montford, donde Albright llevaba encerrado un cuarto de siglo. Aquel sitio era un lugar enorme, con varios módulos y con extremas medidas de seguridad. Yo ya había visitado instituciones semejantes pero de inmediato me percaté de que Harris no: estaba inquieto y un sudor frío empañaba su frente.

—¿Todo bien? —le pregunté, intentando animarlo.

—No lo sé. Pensaba que este sitio sería de otra manera.

—Pues no, no es el rincón al que a uno le encantaría ir a pasar unas plácidas vacaciones —musité, jocoso.

Un encargado de seguridad nos condujo hasta una sala. Como tantas otras veces el preso, que ya nos aguardaba sentado frente a una mesa blanca de plástico rígido, estaba esposado de pies y manos.

—¿Desean que me quede aquí dentro o que espere fuera? —preguntó el guarda, impertérrito.

—Es mejor fuera. Pero me encantaría que le quitase las esposas —respondí, con un tacto sobresaliente.

—No es posible. Son órdenes. Tienen tres horas. Si necesitan cualquier cosa estaré al otro lado de la puerta. También hay un pulsador de alarma en aquella pared —dijo, señalando el otro

extremo de la estancia.

—Está bien, muchas gracias. Nos apañaremos.

Aiden y yo tomamos asiento en dos sillas que habían colocado al otro lado de la mesa ocupada por Albright. El preso en ningún momento nos había dirigido la mirada ni se había molestado en abrir la boca para articular palabra. Estaba delgado, tenía abundante cabello de un bonito color gris platino y el aspecto de ser un reputado cirujano recién salido de una dura jornada de trabajo en alguno de los mejores hospitales de Boston. Desde luego que teníamos delante a un sujeto muy peculiar. No es normal que alguien se

convierta en un asesino en serie con más de 55 años, como era su caso. Ya resulta singular cuando los asesinatos arrancan más allá de cumplidos los cuarenta, porque los traumas, dependiendo del individuo, suelen alterar la conducta hacia comportamientos violentos entre los 20 y los 30 años. Pura estadística, desde luego, pero así sucede casi siempre.

Harris se tomó la molestia, siguiendo el plan que habíamos trazado, de presentarnos y de usar unos modales exquisitos. Le había advertido que ambos, dejando a un lado nuestros papeles, teníamos que mostrarnos fríos, casi indiferentes, ante cualquier

respuesta, comentario o detalle. Ni escandalizarnos ni manifestar una falsa comprensión. Distancia y un calculado desinterés en todo momento. Si la pifiábamos el tipo lo notaría enseguida y optaría por dos opciones: jugar con nosotros para entretenerse un rato o cerrarse en banda y negarse a cooperar.

Mientras mi colega hablaba Albright se dedicaba a apretar con fuerza sus dedos contra el borde de la mesa. Parecía estar en otro mundo, distraído, aburrido, deseando que aquello terminase de una vez para regresar a su celda. Sin embargo en un determinado momento se fijó en mí, que al igual que él había permanecido callado desde el

principio.

—¿Usted qué es lo que busca? —me preguntó, de sopetón, dejando a Aiden en mitad de una frase.

—No sé si le interesa —respondí, tras una larga pausa.

—Sí, me interesa. Su amigo me recuerda a todos los que han venido antes por aquí, pero usted es diferente. He sentido una conexión. Tenemos algo en común.

—No tenemos absolutamente nada en común.

—Como le he dicho, es importante que participe en este estudio —intervino Harris, que una vez que el pez había mordido el anzuelo no deseaba dejarlo

escapar. Pero no sabía que antes de tirar fuerte de la caña hay que estar seguro de que el gancho está bien anclado al paladar de la presa.

—¿Estudio? Piensa que soy imbécil. Hace años que ningún agente se pasaba por aquí. Si han venido es porque ha sucedido algo y creen que yo puedo ser útil.

Mi colega no pudo disimular su estupefacción y se mordió los labios. Yo dejé transcurrir algunos segundos. El tiempo era algo que aquel sujeto dominaba, que había perdido el sentido que cualquier persona en libertad tiene del mismo.

—Hay alguien que está matando a

niños, pero que antes les arranca los ojos. No puedo entrar en más detalles.

—Yo no le he puesto la mano encima a un niño en toda mi vida —replicó indignado Albright—. Me da asco sólo pensarlo.

—Eso ya lo sé. Usted sólo asesinaba a prostitutas —dije, aunque sabía que aquel desgraciado había sido inculpado de abusar sexualmente de una niña. Pero él lo había negado, después de declararse culpable, alegando que lo habían presionado y que había seguido el consejo de su abogado. Al final logró salir airoso del trance. Sacar a relucir aquel asunto no me llevaba a ninguna parte, de modo que opté por no discutir.

—Pensaba que era más inteligente.

Ya veo que es distinto, pero no tanto.

—Tengo la impresión de que alguien vaya mutilando y acabando con la vida de unos pequeños le produce tanta repugnancia como a mí —continué, sin hacer el menor caso a su observación.

—Está en lo cierto. ¿Tiene algo que ofrecerme?

—No, no tengo nada para negociar —respondí, tajante.

—De modo que vienen a verme, se sientan delante de mí, me piden ayuda y esperan que colabore a cambio de nada, ¿es así?

—Más o menos.

—Me estoy perdiendo algo...

—Incluiría su nombre en el informe final. Su cooperación, si resulta clave para la resolución del caso, quedaría reflejada —argumenté, sabiendo que estos sujetos tienen un alto concepto de sí mismos y que aparecer en los papeles les encanta. Charles hasta la fecha se había negado a aceptar su culpabilidad, y las propuestas de psicólogos y psiquiatras de que hablase de su vida para incorporarla a ensayos criminológicos habían fracasado. No deseaba ser recordado como un asesino en serie. Otros, como por ejemplo Ted Bundy, se vanagloriaban de sus crímenes e incluso se ofrecían, con la clara intención de obtener un beneficio

penitenciario o el aplazamiento de su ejecución, para colaborar con la justicia en la búsqueda de asesinos en serie todavía sin atrapar. Algunos incluso se han llegado a *anotar* homicidios que más tarde, gracias a las pruebas forenses, se han demostrado que no habían cometido, con el objetivo de hacer más grande su espantosa leyenda negra.

—Eso es algo que jamás aceptarán sus superiores del FBI. Está tratando de engañarme, y detesto que me tomen el pelo.

—Ya está negociado —mentí, pero hablando con el aplomo de alguien que sólo es capaz de decir la verdad.

Harris intentó mantener la calma, pero la lividez de su rostro le delataba. Pensé que había sido una mala idea acudir con él, pero es que si no me hubiera arrastrado hasta allí ninguno de los dos hubiéramos puesto un pie en toda nuestra vida en Lubbock. Ahora ya tenía que aguantarme y seguir jugando con la mano que me habían repartido.

—¿Qué puedo aportar yo? —  
inquirió Albright, echándose un par de pulgadas hacia adelante.

—Los ojos. Su manía por los ojos.  
¿De dónde viene?

—Vuelve a insistir en que maté a esas prostitutas, ¿verdad? Va por mal camino.

—Olvidemos lo de las prostitutas — claudiqué, recordando que las odiaba porque consideraba que su madre adoptiva había ejercido ese oficio durante años—, y centrémonos en los ojos.

—Bueno, los ojos siempre me han interesado, eso es innegable.

El preso, por aquella época, tenía su propia celda plagada de dibujos bastante aceptables desde un punto de vista técnico de globos oculares; y también tenía pegados por las paredes ojos recortados de revistas y periódicos. Estaba claro que aunque llevase más de 25 años internado sus obsesiones seguían hostigándole.

—El motivo...

—Yo quería ser taxidermista. Eso ya lo sabrá.

—Sí.

—Disecaba pájaros y otros animales pequeños, como ardillas. Era bueno, era muy bueno. Hubiera podido llegar muy lejos.

—¿Qué sucedió?

—En casa no entraba dinero. Mi madre no podía pagar unos ojos artificiales para rematar mis piezas, al menos era lo que decía, de modo que tenía que usar botones para rellenar las cuencas. ¿Se imagina? ¡Botones!

—No, no llego a imaginarme — manifesté, sabiendo que podía irritarle,

pero teniendo claro que era más importante profundizar en sus delirios que desatar un ataque de cólera.

—Usted no es un artista, es obvio. Yo siempre he sido una persona sensible. Todavía pinto, lo aprendí cuando era sólo un chiquillo.

—Sí, me consta que sabe dibujar bastante bien —concedí, para reconciliarme con él.

—Aquellos botones arruinaban toda la belleza de mis piezas de taxidermia. Era como poner las ruedas de un coche barato y ruinoso a un flamante *Cadillac*. Me desquiciaba. Y tenía una habitación llena de animales disecados que me observaban con sus ridículos botones.

Aquella versión, aunque no de primera mano, ya la conocía de un modo vago. Deseaba ir un poco más allá, quería introducirme en su mente y llegar a comprender el germen de sus macabras fantasías.

—Y entonces comenzó a detestar los ojos, ¿es así?

—No —respondió, haciendo una mueca de desprecio arrogante—, todo lo contrario. Entendí que toda la belleza de un ser, su alma, todo lo que significa, todo lo que es, se encuentra en sus ojos. Miro sus ojos, agente Bush, y soy capaz de colarme en sus entrañas, de atisbar algunos secretos que usted guarda y que sólo ellos son capaces de delatar.

Albright se había emocionado. En las comisuras de sus labios se agolpaba la saliva, como si fuera un perro hambriento que ya huele la comida. Lo tenía en el lugar que había andado buscando, acorralado sin que él se hubiese dado ni cuenta. Yo no podía cometer el más mínimo fallo o lo pagaría caro.

—Después de esa experiencia, ¿continuó disecando animales? — pregunté, pues no quería que hiciese una disertación acerca de lo que él consideraba eran mis sentimientos más íntimos.

—No, lo dejé. No me interesaba. Agente Bush, usted ha perdido a alguno

de sus progenitores, ¿verdad?

Cualquiera podía formular esa cuestión al azar. Aunque yo era joven, contaba 32 años, y lo normal era que mis padres todavía viviesen, Albright intentaba demostrar que mis globos oculares le estaban contando una historia. No podía seguirle el juego.

—Ese es un tema que no le incumbe. Según su expediente a los 19 años ya tenía varios antecedentes y albergaba una colección de ojos recortados de revistas, fotografías y periódicos. También solía pegar esos ojos a los rostros de otras personas. ¿Cuál era el motivo?

—Ya se lo he dicho. Los ojos me

fascinaban. Recortar los de una cara para ponerlos en otra me entretenía. Cambiaba no sólo la fisonomía de la persona, también lo que me transmitía. Me gustaba pasarme las horas muertas observando aquellos rostros nuevos que yo había creado.

Los agentes especiales del FBI y los detectives de homicidios de cualquier gran ciudad de los Estados Unidos están acostumbrados a toparse con lo peor de la sociedad y tener que ver las brutalidades de las que son capaces los seres humanos. Pero recorte sólo los ojos de alguna instantánea que tenga por casa y de inmediato sentirá un escalofrío. Es como arrebatarse de un

plumazo el aliento a esa persona. Yo tenía delante a aquel individuo y me imaginaba su habitación plagada de fotografías mutiladas, gestando ya en su cabeza lo que años más tarde llevaría a cabo, y no podía evitar, pese a mi experiencia, sentir cierta aprensión.

—Por eso deseaba extirparlos. Era como tener parte de la vida de sus víctimas.

Albright meneó la cabeza, negando. Después lanzó un largo resoplido hacia un lateral, como si se estuviera desinflando.

—Lo estaba haciendo tan bien. Nos estábamos entendiendo y ha tenido que cagarla. No ha entendido nada. Apunta

maneras, señor Bush, pero quizá se quede sólo en un aspirante. Sólo en eso. Se acabó su turno. Le concedo tres preguntas a su colega, el incompetente.

Harris no se tomó como algo personal el agravio y formuló las tres preguntas. Por desgracia no aprovechó el gesto de aquel lunático y ni las cuestiones ni las respuestas a las mismas aportaron nada significativo. Albright ya no volvió a separar los labios y dio por concluida nuestra visita.

Nada más abandonar la Unidad Psiquiátrica y meternos en el vehículo de alquiler mi colega profirió un alarido cargado de ira y de impotencia.

—¡Menudo cabronazo! Le hubiera

sacudido con ganas. Me ha cabreado como nadie antes en toda mi carrera.

—La buena noticia es que has sabido controlarte.

—Ahora comprendo que no quisieras venir. Esto ha sido una mierda —murmuró Aiden, derrotado.

—En absoluto. Tengo que agradecerte tu insistencia. Jamás hubiera venido si no me lo hubieras pedido.

—No entiendo nada. ¿Has sacado alguna conclusión de la charla con ese canalla?

—Sí —respondí con seguridad—. Nuestro hombre es diferente a Albright, pero tienen muchas cosas en común, más de las que había supuesto.

—¿Me puedes adelantar algo? Estoy hecho un basilisco, de modo que haría el mismo efecto que un par de Valium.

Harris estaba echado sobre el volante, con la cabeza entre los brazos. Respiraba con dificultad e intentaba tranquilizarse. Estaba expulsando toda la tensión que se había acumulado en sus entrañas durante aquel insólito encuentro.

—Ambos comenzaron a matar muy mayores, demasiado tarde, para entendernos. Ambos tienen alguna pasión por el arte. Ambos colaboran o han colaborado con los Scouts. Ambos han estado casados y tienen hijos. Ambos son personas que pasan

desapercibidas, pero que tienen un historial detrás de pequeños delitos o faltas. Ambos, aunque nuestro hombre sea más rudo, poseen conocimientos avanzados de anatomía y cirugía. Y, lo más importante, ambos creen que la vida de una persona, su alma, o como queramos denominarlo, se encuentra en los globos oculares. Es más que un *trofeo*. Es llevarse consigo no un par de órganos de sus víctimas, es arrancarles el espíritu y adueñarse de él para siempre.

# Capítulo X

Cuando acaricias con la yema de los dedos el perfil del sujeto que estás buscando, cuando ya tu imaginación comienza a ponerle rostro, a recrear de un modo difuso su día a día, se produce una contradictoria sensación de estrés: por un lado sabes que has tomado el camino acertado y por otro no tienes claro cuándo llegarás al final del mismo.

El sheriff me había citado en su despacho y me recibió con una sonrisa amplia y generosa. Quería estar al tanto de lo que sucedía de primera mano.

—Harris me ha comentado que el viaje a Lubbock ha sido todo un éxito, y que ya tiene usted las cosas más claras. No me andaré por las ramas, Ethan; estamos recibiendo una gran presión. La prensa, los políticos, la comunidad... Ya se imagina. Yo soy un hombre sencillo, que pisa la calle, y sé lo que se cuece. No soy un burócrata que no tiene la menor idea de lo que va la vida. Pero no todo el mundo es así, ya me entiende.

—Sí, fue esclarecedor. Me resistía a ver a Albright, pero resultó una

*excursión* muy interesante. Menos mal que me convencieron. Voy a necesitar que se investiguen historiales y antecedentes menores de personas que eran adolescentes allá por finales de los ochenta.

—Pondré todos los recursos a su disposición. Ya le comenté desde el principio que este es nuestro problema número uno, no hay nada más importante ni más urgente. Sólo tiene que pedir por su boca y yo me ocuparé en persona de engrasar toda la maquinaria.

Martin hablaba con su voz rocosa, pero en el fondo estaba aterrado. Demasiados chiquillos asesinados de un modo salvaje en su condado. Su rostro

ajado reflejaba la tensión y el agotamiento que le atenazaban.

—Se lo agradezco. Harris, García y Young son todos fabulosos. No podría haber encontrado mejores compañeros para esta investigación.

—Estoy convencido. ¿Sabe?, esta mañana me ha vuelto a telefonar el Gobernador. Necesita que pillemos a alguien, que se note que trabajamos duro. ¿Ha echado un vistazo a la lista de sospechosos?

Recordé la fama, merecida, de xenófobo que tenía Martin. Aquello le granjeaba tantas simpatías como enemistades, en un estado donde un tercio de la población era de origen

hispano y en el que el asunto de la inmigración se situaba en el centro del debate de un modo permanente.

—Sí —respondí, lacónico.

—Quizá ahí esté nuestro hombre. Quizá ya lo tengamos delante y podamos solicitar un arresto en base al perfil que está elaborando —dijo el sheriff, emocionado.

—Lo dudo.

Martín se echó hacia atrás en su silla e hizo un gesto de reprobación. No le había gustado nada mi comentario.

—No entiendo nada. Ese listado... ¿no le vale?

—No hay nadie que encaje con el perfil. Ya me gustaría, pero no es así.

—Será mejor que se tome la molestia de repasarlo —musitó, en un tono que no me resultó nada agradable—. Está ese mexicano, un tipo sin papeles y con un pasado muy turbio. Tengo testigos que dicen haberlo visto merodeando alguno de los parques en los que los pequeños fueron secuestrados. Nada bueno llega de allá bajo, ya me comprende.

Aunque yo había crecido en un ambiente elitista en San Francisco, y me había formado en las mejores escuelas, la educación que había recibido tenía como uno de sus pilares básicos la tolerancia. Aquellas disquisiciones por parte del sheriff me provocaban arcadas.

California es un estado que se caracteriza por una gran apertura de miras y por recibir a cualquiera, venga de donde venga, con los brazos abiertos. Serán sus actos los que lo coloquen en su lugar; pero jamás prejuicios basados en la raza, la religión, el país de procedencia, sus ideas políticas e incluso su indumentaria. Bastaba dar un largo paseo por la Bahía, o acercarse hasta Silicon Valley, para toparse con multimillonarios que salían a correr, paseaban o montaban en bicicleta ataviados con una sencilla camiseta, unos vaqueros rotos y unas chanclas. Y yo adoraba aquella mentalidad. Y la sigo idolatrando hoy en día.

—No, la verdad, no termino de comprenderle. Revisaré a fondo todos esos expedientes, pero dudo que la persona que estamos buscando sea ninguno de los sospechosos que hasta la fecha me han señalado —repliqué, dejando muy claro que no compartía su visión miope de la sociedad y del mundo en que vivíamos.

—Bueno, no me haga mucho caso —manifestó, molesto, Martin—. Total, sólo son años y años de experiencia acumulada. Pero usted es el experto en estas cosas y para eso le hemos pedido ayuda. Nadie mejor que usted para valorar a quién debemos apuntar. Pero le ruego que no se demore, necesitamos

con urgencia algo que entregar a la comunidad. Llevamos casi un año enfangados con esta historia y mi oficina tiene una de las mejores tasas de resolución de homicidios de todo el país. No puedo permitirme el lujo de fracasar. Usted tampoco. Tiene una brillante carrera por delante. Esta misma noche creo que aparece entrevistado en la CBS.

El sheriff intentaba espolearme, o quizá herir mi orgullo. Lo primero lo consiguió a medias, en lo segundo naufragó de un modo estrepitoso.

—Así es.

—No me lo pienso perder. Seguro que va a resultar del máximo interés. No

le hago malgastar más tiempo. Cada segundo es vital y no tengo ganas de recibir una llamada de alguna familia denunciando la desaparición de su hijo.

Me despedí de Martin estrechándole la mano, aunque nada más abandonar su despacho me entraron ganas de salir corriendo hasta los aseos para enjabonarla mil veces y evitar que algún aspecto de su mentalidad penetrarse en mi cuerpo a través de la piel. García ya me había puesto en alerta y no había exagerado un ápice.

Antes de ir al encuentro del detective, con el que tenía previsto revisar los perfiles de los sospechosos y dar un nuevo enfoque al trabajo de todos

los agentes implicados, telefoneé a Liz. Esta vez fui muy cuidadoso en lo referente a mostrar mis emociones y lo mucho que la echaba de menos antes de abordar la cuestión que me agobiaba.

—Vas a tener que apañártelas solo de nuevo, como en Nebraska —replicó en un momento dado, antes de que yo hubiera podido sugerir nada.

—¿Has visto a Peter estos días?

—Yo no trato con él, ya lo sabes. Pero me lo he cruzado alguna vez. No considero que, teniendo en cuenta que estás en Phoenix, que el FBI de Arizona ya se ha involucrado en el asunto y que la oficina del sheriff de Maricopa es una de las mejor dotadas del país vaya a

hacerte ninguna concesión.

Mi compañera y pareja sentimental tenía toda la razón. Pero yo me resistía siempre a trabajar sin ella, sin Mark y sin Tom. Era una especie de pez desorientado en mitad del océano sin su ayuda.

—Ya he implicado a Mark; extraoficialmente, claro.

—Ethan, tú no maduras nunca, ¿verdad?

—Hago lo que puedo.

—Te esmeras poco. Te lo garantizo. Y ahora que caigo, ¿para qué me has llamado en realidad?

—Además de para charlar un rato contigo —respondí, ágil.

—Nos entendemos.

—Quiero pasarte por mail parte del material.

—Las fotografías y los informes de las autopsias...

—Sí, acertaste.

Liz era médico forense y tenía un don especial. Me complementaba. Era capaz de ir mucho más lejos que cualquier otro facultativo con el que hubiera tratado en mi vida. Hija de un agente de policía, criada en la *América Profunda* y con estudios en psicología aportaba mucho valor a sus disquisiciones.

—Me lo temía. ¿Cuánto tardarás en enredar a Tom en la investigación?

—Poco —respondí, carcajeándome, como si no hubiese contemplado en serio dicha posibilidad.

—Mándame lo que tengas. No te prometo nada.

—Cualquier observación tuya será mucho. Tengo bastante avanzado el perfil, pero tú me puedes ayudar a completarlo.

—¿Estás en condiciones de adelantarme algo?

—No. No quiero influir en tu punto de vista. Ya bastante sabes del caso. Mejor así.

—Como prefieras —murmuró Liz, un poco molesta, o al menos así lo entendí yo.

—Bueno, sí hay algo que me gustaría señalarte —rectifiqué, con la intención de incrementar su voluntad de esforzarse en echarme una mano.

—Dime. Si deseas contar conmigo es porque ya hay algo que te está carcomiendo.

—En realidad hay varias cosas que me mortifican. Pero bueno, la que está relacionada con la medicina es la manera en la que el asesino extirpa los ojos.

—¿Ayer estuviste con Albright?

—Sí. Una reunión de las que te dejan tocado semanas. Pero no tengo tiempo para lamerme las heridas.

—No seas quejica —me reprendió

mi compañera.

—Es algo congénito, ya me conoces. La cuestión es que saca los ojos de sus víctimas, pero todos los informes señalan que usa una herramienta ruda.

—Ya, ¿y qué es lo que te preocupa?

—No sé, comentan que puede tratarse de un destornillador. ¡Un destornillador! ¿Es eso posible?

—Claro que es posible. Un poco de maña, un poco de fuerza. ¿Dónde quieres ir a parar?

—Ese tipo se lleva de los chiquillos varios trofeos —no deseé confesarle lo de los zapatos, al menos no por teléfono—, y sin duda el principal es los ojos. Un globo ocular... ¿cómo quedaría si lo

sacas de su cuenca con un gastado destornillador?

Liz tardó en responderme. Supuse que en su cabeza se estaba haciendo una composición de la escena. Algo en el fondo terrible, pero que ella asimilaba con más frialdad de la que yo podría reunir en toda mi vida.

—Necesito los informes de las autopsias y las fotografías esas que tienes —manifestó.

—Ya, ya, lo tienes en tu mail en un rato. Pero, por favor, responde a mi pregunta. Tengo una reunión ahora mismo y el enfoque de la misma varía en función de lo que opines.

—Es precipitado, pero creo que

quedarían destrozados. Ni sabiendo mucho de anatomía sería posible separar el ojo de los músculos sin provocar una escabechina. Yo al menos liaría una bastante gorda, y algo sé del tema.

—Eso es lo mismo que considero. Albright usaba esas cuchillas de precisión que utilizan los aficionados a las maquetas.

—Las X-acto, lo sé. Son parecidas a un escalpelo. Si tienes la suficiente pericia puedes hacer un trabajo maravilloso, y ese chiflado se pasó años ensayando con animales.

Liz era una criminóloga extraordinaria. Conocía los casos más importantes de la historia de los Estados

Unidos, y algunos se los había empollado a fondo. Ese era mi trabajo, no el suyo, pero su curiosidad infinita, ser hija de un policía y desear completar su labor como forense con reflexiones que fueran más allá de meras observaciones médicas la habían convertido en una profesional sin parangón.

—Claro, y sacaba los ojos con la precisión de un cirujano plástico ocular. Sus víctimas apenas tenían lesiones apreciables en los párpados, al contrario de lo que hace este salvaje — balbuceé, tratando de apartar de mi mente la imagen de los niños con sus cabezas envueltas el film y aquellas dos

oscuras y tenebrosas manchas en el rostro.

—Perfecto, estamos de acuerdo. ¿Qué es lo que te mosquea?

—Pues que un *trofeo* de ese tipo... no lo quieres destrozado y reventado.

—¿Quién te dice que no se los arranca y después los tira en cualquier parte? Hay tipos que apuñalan cien veces a sus víctimas, otros que les extraen partes del cuerpo que luego abandonan o que directamente se zampan y ya no hay manera de encontrarlas porque su estómago se encargó de digerirlas.

Cuando Liz hablaba de aquella forma la admiraba por su

profesionalidad, pero también sentía una cierta aversión por aquella manera tan gélida de abordar asuntos tan sórdidos. Yo era aún incapaz de controlar ese aspecto relacionado con mi trabajo. Un psicólogo, pese a ser agente especial del FBI, pese a haber tenido una formación previa durante años en Quántico en la que ha tenido que ver de todo, no suele desarrollar desde pequeño, como les sucede a médicos, dentistas, enfermeros o veterinarios, un mecanismo de defensa que le inmunice frente a la visión de la sangre, las heridas o los órganos internos de personas y animales. Recordaba mis tiempos de instituto y aquel experimento de la disección de la

rana y aún se me erizaba el vello.

—No encaja.

—Pues haz que se acople —replicó Liz, regalándome una maravillosa risa que me llegó desde la distancia como un tesoro.

—No es tan sencillo.

—Bromeaba. Estimas que ese individuo está obsesionado de un modo profundo con los globos oculares y ni se los merienda ni los va tirando por el fregadero.

—Sí. Eso es lo que creo. Y va a ser complicado moverme de ahí. Ya me conoces...

—En cuanto repase lo que me vas a mandar te doy mi opinión. Quizá se les

haya pasado algo por alto, no sería la primera vez. Hay que buscar la aguja en el pajar adecuado.

—Eres todo filosofía —me burlé.

—Lo sé. Ahora tengo que dejarte.

Resuelve pronto ese caso. Me horroriza que asesinen a niños. Y te echo mucho de menos.

Nada más colgar fui al despacho de García. Salvo la cristalera, todo el resto de la estancia, incluyendo la parte posterior de su puerta, estaba plagada de fotografías, informes, diagramas y otros folios que no supe identificar. Sobre muchos de ellos había pegados Post-it de diversos colores con anotaciones realizadas por el detective. No fui capaz

de disimular mi estupefacción.

—¿Qué esperabas, Ethan? —me preguntó, dicharachero, desde detrás de su mesa, inundada de papeles también.

—Algo más de orden. No tengo la menor idea de cómo puedes aclararte con este desbarajuste.

—Cuando te has criado en un apartamento de apenas quinientos pies cuadrados con tus padres y otros cinco hermanos esto que ves es el paraíso.

No podía imaginar la infancia de García, y tampoco deseaba ponerme a hurgar en ella. No era lo que me había llevado hasta Arizona, aunque en ocasiones me picaba la curiosidad. Me limité a tomar asiento y a esperar que

me mostrase el listado de sospechosos y lo que opinaba de cada uno de ellos.

—Estos son. Han ido variando con el devenir de los meses. Unos tenían coartadas sólidas, otros no encajaban con el perfil que Harris había creado junto a Young y algunos se han sometido de manera voluntaria al polígrafo y han superado la prueba con nota, de modo que los tenemos en otra carpeta.

Hice una mueca de reprobación. Detestaba el dichoso polígrafo, no creía en su eficacia y sabía que no eran pocos los que tenían la sangre fría como para engañar al aparato. Pero me hallaba en Arizona, donde incluso se admitía como prueba válida en un juicio.

—No me gusta ese cacharro.

—En ocasiones ayuda. No siempre, pero hemos podido resolver decenas de casos gracias a él.

—En fin, repasemos los expedientes.

El detective se tomó la molestia de ir desgranando las andanzas de cada sospechoso. Incluía un perfil psicológico y algunos venían acompañados de su historial desde que eran adolescentes. Yo mantuve la calma y escuché con atención, pero ya estaba convencido de que no habían apuntado en la dirección correcta y nos veríamos obligados a comenzar casi desde cero. Iba a ser duro. Meses de trabajo e investigación echados por tierra porque

a un niño venido desde la otra punta del país se le había metido entre ceja y ceja que el perfil del asesino era distinto. Y había llegado a esa conclusión en sólo unos días. Mal asunto.

—¿Estás cansado? —me preguntó García, pues en un momento dado mi mirada se había perdido en la distancia, hasta donde alcanzaba la vista de la cristalera que tenía a sus espaldas.

—No, disculpa. Es sólo que me preocupa cómo va a reaccionar todo el mundo cuando les diga que tenemos que buscar a otra clase de sujeto.

—Ethan, debes estar muy seguro de lo que dices.

Los grandes y expresivos ojos del detective me escrutaban, como si yo fuera un ente extraño que se hubiera colado en sus tranquilas vidas y hubiera llegado desde otro mundo para desbaratar sus creencias y los andamiajes que consideraban sólidos.

—Lo estoy. Me faltan detalles, pero trabajo duro para completar el perfil y ajustarlo al máximo —murmuré, sin comentar que Liz estaba ya colaborando conmigo y que Mark andaba realizando pesquisas por su cuenta acerca del padre de la primera víctima.

—Lo cierto es que si Martin y Harris han recurrido a Washington es porque están desesperados. Tienes un

margen de maniobra y dado nuestro evidente fracaso todos te harán caso, al menos por un tiempo.

Mientras el detective razonaba en voz alta acerca de lo que estaba suponiendo mi incorporación a la investigación y el plazo máximo con el que contaría hasta que se lanzasen sobre mí como hienas yo había tomado una carpeta y estaba hojeando con desidia su contenido. De súbito unos dibujos me llamaron la atención: globos oculares trazados con un detalle extraordinario, propios de un artista que aunase estudios de anatomía con una innata maestría en el manejo del lápiz y el carboncillo.

—Perdón, Oliver, ¿qué narices es

todo esto?

García cogió la carpeta y apenas dedicó unos segundos a repasar su contenido.

—Esto no es nuestro. Me lo hizo llegar ese periodista que no para de molestar.

—¿Quién?

—Un tal Michael Scott, del *The Arizona Republic*. Es sólo un crío y va dando bandazos, como si le fueran a entregar el *Pulitzer* por este asunto o algo así. Está obsesionado con el caso.

# Capítulo XI

Por la tarde me puse en contacto con Mark. Había recibido un mensaje suyo y me anunciaba que ya tenía algo respecto a Luke Nelson.

—¿Qué sabes? —pregunté, nervioso.

—Ya ni tan siquiera te tomas la molestia de saludar a los amigos...

—Disculpa, Mark. Imagina la

presión que está soportando toda esta gente. Al final uno acaba contagiado.

—Bueno, tenías razón. Este tipo tiene un pasado turbio, aunque después parece ser que sentó la cabeza y desde que se casó no se ha metido en líos, al menos que yo pueda rastrear. Espero que no sea él, porque estas cosas me ponen de mal cuerpo.

—¿Qué quieres decir?

—Asesinan a tu padre cuando sólo eres un renacuajo, tu madre es una borracha, te expulsan de la secundaria, te metes en jaleos, logras rehacer tu vida, encuentras a una buena esposa, tienes un chaval y cuando todo va como la seda tu mujer fallece de repente

debido a un cáncer salvaje. No sé, Ethan, pero me gustaría pensar que Nelson no volcó su ira contra su propio hijo. Es devastador.

Mientras Mark reflexionaba acerca de lo injusta que puede ser la existencia con unos, en esa rueda de la fortuna y de la miseria que hace que algunos nazcan con una estrella por bandera y otros con una losa negra aplastando desde la cuna sus posibilidades, yo sólo era capaz de ir encajando piezas y de sentir la emoción de haber hallado, quizá, una veta fabulosa en lo más profundo de la mina.

—Qué más has descubierto...

—Que trabajaba como un animal

para sacar adelante a su mermada familia. Realizó también varios cursos a distancia.

—¿Algo relacionado con anatomía, medicina o criminología?

—No, en absoluto. Temas de fontanería y otros oficios para realizar chapuzas por su cuenta.

—¿Antecedentes?

—Robos y hurtos menores. Una pelea con 15 años con lesiones. Nada grave. Casi diría que lo que cabe esperar de un muchacho en sus circunstancias.

Mark no era ningún delincuente, pero podía llegar a haberlo sido si no lo hubiera fichado el FBI para el

departamento de informática forense. Alguna parte de su ser empatizaba con aquellos que no habían cometido faltas graves y que contaban con un pasado que si bien no justifica sus actos sí que los explicaba de un modo bastante rotundo. Él había nacido dotado con un cociente intelectual de 170, un hecho extraordinario, que proporciona al individuo unas altas capacidades que el 99,99% de la población no posee. Pero también, como es habitual en estos sujetos, su sensibilidad era muy superior al común de los mortales. Lo mejor para Mark era desarrollar su trabajo a solas, sin apenas relacionarse con el resto del mundo. Yo era un privilegiado entonces,

porque tenía acceso directo a la mente más brillante con la que me he topado nunca jamás.

—Eso es todo o nada. Y el ojo, ¿has descubierto cómo diablos lo perdió?

—Sí —respondió mi colega, sin añadir ni una palabra más.

—Está bien, suéltalo. Eres increíble: en ocasiones tengo la sensación de que hace falta azuzarte cada minuto para que hables —murmuré, entre risas.

—Fue en una trifulca.

—¿Se había metido en líos con alguien?

—No, no, tenía ya 20 años y había madurado. En realidad intervino para separar a tres matones que estaban

dando una paliza a un chaval en plena calle. Uno le dio un pinchazo con una navaja en el ojo y no pudieron hacer nada por salvarlo. Durante un tiempo se cubrió el párpado con un parche, como los que usaban los piratas; pero después optó por el ojo de cristal.

—¿Qué te pasa? —pregunté, pues el tono de Mark era de preocupación.

—Coincido con la gente de Arizona. No creo que sea él. Después de rastrear su pasado he llegado a la conclusión de que no puede ser él.

—Pues yo ahora mismo lo tengo encabezando una lista en la que apenas hay nombres.

—Tú verás. Eres el experto en esto.

Pero mi intuición, que vale lo mismo que la de una echadora de cartas, me dice que no es él. A lo mejor es lo que deseo pensar, nada más.

—¿Me puedes mandar toda esa información? —pregunté, para no dar más vueltas sobre un asunto que no nos llevaba a ninguna parte.

—Ya la tienes en tu mail. Si hallo alguna cosa más te la remito, pero tengo mucho pendiente por aquí.

—No, no hagas nada más. Quizá te vuelva a necesitar y no deseo que me respondas que ya agoté mi cuota de tiempo.

—No tienes cuota de ninguna clase. Hasta que no vea resultados para mí

sólo eres un charlatán —dijo Mark, haciendo uso de un sentido del humor que dispensaba con cuentagotas. Se refería a la supuesta subida de salario que yo estaba negociando.

Después de despedirme de mi colega tomé un taxi y me dirigí a la oficina del FBI en Phoenix, aquel singular edificio ubicado en el extremo norte de la ciudad, levantado en un paraje tan desolador como árido. Harris me esperaba para mantener una reunión a solas, sin tener que estar pendientes de la gente del sheriff o de cualquier interferencia. Era un encuentro entre dos agentes especiales del FBI, que en una investigación de aquella índole venía a

ser lo mismo que quedar con tu mejor amigo en su casa para poder cuchichear del resto de la pandilla.

Aiden estaba al tanto del nuevo perfil que casi tenía terminado y de lo que le había comentado por la mañana a García y a Martin.

—Les ha sentado mal. En cierto modo puedo llegar a entenderlos.

—¿Tú también estás molesto? — pregunté, pues era obvio que él formaba parte del equipo, aunque fuera en calidad de asesor.

—No como ellos. Me da rabia que hayas cambiado el perfil y que el listado que teníamos sólo sirva para envolver pescado. Pero coincido con tus

apreciaciones y yo no estoy tan implicado emocionalmente. No es lo mismo.

—Aiden, necesito tu ayuda. Necesito que seas tú el que convenza al sheriff.

—Martin no te va a poner ninguna traba.

—Lo sé. Hace unas horas me ha dicho que contamos con todos los recursos y bla, bla, bla... Pero no está convencido, y eso puede *contagiar* al resto.

—Lo que me estás pidiendo es que le traslade la fe que yo tengo en ti, ¿no?

—Afirmativo. Es algo que está a tu alcance.

—Martin es muy especial. Muy

particular. En parte te ve como un burócrata que acaba de llegar y ya está poniendo todo patas arriba, ¿me sigues?

—Sí. Quizá no le falten motivos.

—Pero, Ethan, el sheriff está en un buen atolladero. Nos habíamos conformado con seguir un camino y tú eres como una brújula recién estrenada. Haré lo que me pides, porque sé que el nuevo perfil es acertado. No te estoy haciendo ningún favor. Es casi mi obligación. Cuenta con ello.

Me alegró que Harris asumiera la situación con tanta cordura y que me echara una mano con Martin. Una vez liberado nos pusimos a trabajar con encono en el caso. Tenía sobre la mesa

un plano de Phoenix y alrededores. Me señaló los puntos en los que los pequeños habían sido secuestrados.

—Young me comentó que piensas que puede residir cerca de la zona donde raptaron a Timmy, la primera víctima.

—Sí. Estoy casi convencido.

—Mañana podríamos acercarnos con ella al *Major Crimes Division* y pedir que nos echen una mano con los historiales.

—Sería genial.

—Si te fijas, los parques están muy alejados los unos de los otros. Podría ser vecino de cualquiera de ellos. Dudo mucho que resida en el centro de la

ciudad.

—Yo también. Pero el instinto me dice que será cerca del parque *El Reposo*. Ese tipo llevaba viendo a Timmy muchos meses y centró en él su odio, hasta que se atrevió a dar el paso. Es alguien maduro, que tiene paciencia y que después ha planificado con astucia sus siguientes crímenes. Algún estresor desencadenó el cataclismo y el pequeño que tenía más a mano pagó las consecuencias.

—¿Un familiar?

No sabía si Young le había comentado a Aiden que yo sospechaba del padre, y tampoco podía comentarle que había puesto a trabajar a uno de mis

colegas de Quántico en el caso, aunque fuera de un modo extraoficial. Harris me hubiera echado a patadas, con razón, de su despacho.

—Puede ser. Ese dichoso film de plástico con el que los asfixia representa arrepentimiento, un sentimiento de culpa que intenta borrar de su vista envolviendo los rostros.

—¿No estarás pensando en el señor Nelson?

—No lo descarto —respondí, convencido de que la investigadora no había expuesto mis sospechas.

—Es una locura. Un tío, un primo de la madre, un pariente al que apenas veía... ¡pero jamás el propio padre!

Ethan, lo lamento, pero creo que patinas.

—Tiene un ojo de cristal.

Mi colega meneó la cabeza y después apartó un poco su silla con ruedas de la mesa, como para tomar aliento.

—No lo sabía.

—No está en ningún informe. Nadie se ha molestado en señalarlo.

—Bueno, es normal. A muchos se les habrá pasado por alto, y a otros les habrá parecido un detalle sin importancia.

—¿Sin importancia? Nos enfrentamos a un asesino en serie que arranca los globos oculares. No te parece demasiada casualidad —musité,

hablando despacio y remarcando las dos últimas palabras.

—En efecto, lo es. Quizá tenga relación con el caso, pero no me vas a convencer de que el señor Nelson acabó con la vida de su pequeño de un modo tan salvaje. Es aberrante.

—Convivimos con monstruos, Aiden. Tú y yo lo sabemos mejor que la mayoría de los ciudadanos.

Harris regresó a la mesa, sin replicar mi comentario, y se puso a trastear en su ordenador. Prefería abordar otro asunto y dejarme a mí con mis disparatadas elucubraciones.

—Hemos preparado una lista de filias que podrían darnos pistas a la hora

de filtrar historiales de adolescentes en la época que has marcado o incluso algunos adultos que en la actualidad hayan sido tratados.

Las *filiás*, en psicología, determinan una pasión exagerada por parte de un individuo por alguna cosa, objeto, experiencia o situación. Muchas de ellas no reportan ningún problema y están relacionadas a lo que denominaríamos hobbies o aficiones. Otras, sin embargo, desembocan en un cuadro patológico que debe ser tratado por un especialista. Un ejemplo son las parafilias, en las que el paciente sólo halla placer sexual a través de un comportamiento desviado y que puede entrañar un riesgo tanto para

él como para los que lo rodean.

—Fantástico. Dudo que de adulto haya acudido a un profesional, ya sabes cómo son estas personas. Pero sí que es posible que cuando era joven fuese diagnosticado o al menos se hiciera mención a una posible manía persistente que llamase la atención de profesores y psicólogos.

—Pues tendríamos oculoofilia, pedofilia, amaurofilia y, más improbable, asfixiofilia. ¿Qué opinas?

Me acaricié el mentón, en un gesto que no era propio de mí, y entorné los párpados, intentando darme un tiempo para responder.

—Todas son parafilias. Sigues

creyendo que el móvil es sexual.

—Ethan, la mayoría de los asesinos en serie tienen un móvil sexual. Sea de un modo directo o indirecto.

Harris estaba en lo cierto. Eran incontables los expedientes que había analizado y el porcentaje era abrumador. Yo mismo lo había vivido de una forma directa en Detroit. Pero en Nebraska las obsesiones y las fobias, que habían desencadenado la tempestad, tenían otra explicación.

—Pero yo opino que aquí no es así. Es un trauma arraigado en la infancia. Un trauma muy profundo y que ha tardado mucho tiempo en aflorar.

—Las dos referencias más próximas

con las que contamos, Chikatilo y Albright, tenían móviles de carácter sexual.

—Chikatilo sí. Era un impotente, incapaz de mantener una relación con una mujer. Él mismo explicó que su primera erección digna se produjo mientras acuchillaba a una víctima. Encontró un camino monstruoso para alcanzar el placer. Pero Albright no es igual.

—Parecido —concedió Aiden.

—Tenemos tendencia a olvidar las fobias, que son un trastorno emocional que puede derivar en conductas muy agresivas y violentas —argumenté.

—Ya, pero las estadísticas son las

estadísticas.

—No hay rastros de semen en los cadáveres de esos pequeños. Ni se les quitó la ropa; salvo los zapatos, claro. Fueron manipulados con mimo usando guantes de látex. ¿De verdad crees que un pederasta actúa de esa manera?

—No. No es lo habitual. Ni siquiera es frecuente que asesine a sus víctimas. Pero recuerda que son secuestrados. No sabemos lo que sucede mientras los mantiene con vida, mientras los narcotiza para hacerlos más vulnerables. No quiero ni imaginarme de lo que será capaz.

Las parafilias que había contemplado mi colega en absoluto

podían desdeñarse, aunque yo manejase otra hipótesis. La oculo filia es una atracción exagerada y erótica por los ojos; la pedofilia es la excitación sexual vinculada con los niños (casi siempre entre los 8 y los 12 años) de un modo tan patológico que lleva al sujeto a cometer crímenes (en muchos países occidentales la mera posesión de imágenes de pequeños desnudos está penada por la Ley), aunque no son pocas las ocasiones en las que su actitud es pasiva; la amaurofilia es la atracción por las personas invidentes y, por último, la asfixiofilia, o asfixia erótica, que es una parafilia en la que el sujeto obtiene placer a través de la

disminución del flujo de oxígeno, ya sea porque un tercero le corta las vías respiratorias a través del estrangulamiento o la oclusión o autoinfligida mediante el uso de bolsas de plástico o film del mismo material con el que se rodea la cabeza; es una práctica muy peligrosa y que causa cada año no pocas muertes *accidentales*.

—De momento no se han encontrado en las autopsias ni tan siquiera daños superficiales en la piel o cardenales *post-mortem* —insistí, tratando de dotar de más cuerpo a mi teoría.

—Eso es verdad. Entonces, Ethan, ¿qué es lo que sugieres?

Pensé en Liz, que a lo mejor a esa

misma hora estaría analizando los informes y las fotografías de las autopsias de los chiquillos. Ella podría darme más información y con eso yo tendría las ideas más claras. Pero tenía que esperar.

—Un trauma complejo y severo que se instaló en el individuo en su más tierna infancia, o quizá la pre-adolescencia. Ahí se gestó una fobia que ha conseguido controlar durante mucho tiempo, aunque es posible que compañeros de trabajo, vecinos o familiares puedan haber observado comportamientos obsesivos o extraños.

—Y ese golpe emocional... ¿ha podido cimentar una fobia tan potente

como para convertirlo en un desalmado?

—Sí —respondí con seguridad, recordando el caso que me había llevado de cabeza en Nebraska—. El miedo, el dolor, la aprensión y la impotencia se transforman en ira, en odio y en furia. Una vez el sujeto descubre, al no haber sido tratado de un modo adecuado, que la violencia calma su ansiedad, aunque sea sólo por un tiempo, ya no hay vuelta atrás. Sólo nosotros podemos detener el cataclismo.

—¿Qué miedos desproporcionados estás manejando?

Harris me miraba con suma atención, como si fuera a revelarle un secreto guardado con celo durante siglos o a

confesarle una de mis peores pesadillas.

—Omatofobia, optofobia, puede ser que fotofobia, pedofobia, e incluso claustrofobia o agorafobia. No sé, algo relacionado con un temor irracional a asfixiarse —cavilé en voz alta, en parte improvisando en parte haciendo uso de las conjeturas que con anterioridad ya me había planteado y que tenía anotadas en uno de mis *Moleskine*.

—Me resisto a aceptar esa posibilidad. Las personas fóbicas no suelen ser violentas. Se encierran en sí mismas, no comparten sus miedos y en la madurez suelen dejarlos atrás, casi de un modo espontáneo.

—Aiden, esos miedos dan origen a

un estado de ansiedad, que después deriva en pánico, y ese pavor da lugar a comportamientos inesperados. Entre ellos las actitudes violentas.

—Y, ¿qué buscamos? Un ciego, un tuerto, un chaval maltratado en la escuela, un niño al que sus padres sometieron a un sufrimiento indecible...

Yo había establecido un rango de fobias: omatofobia, que es el miedo a los ojos, y no son pocos los casos en los que el individuo los recorta de las fotografías; optofobia, el temor a abrir los ojos; pedofobia, pavor exagerado por los niños; y el temor a la asfixia, en ocasiones vinculado a la claustrofobia (miedo a los espacios cerrados) y a la

agorafobia (pánico a las aglomeraciones y a los espacios abiertos en los que concurren muchas personas).

—Es posible que varias de esas circunstancias a la vez. Puede tener un discapacidad visual, o no. A lo mejor es un rasgo que él no acepta de sus propios ojos, o que le hicieron creer que era anormal o feo. También es posible que sus padres, o sus custodios, lo amenazaran con dejarlo ciego o con arrancarle los globos oculares. Esos miedos, cuando se enraízan en la niñez, es muy complicado desalojarlos de la mente.

—Y, ¿por qué se ceba con los niños?

—Quizá no fueran los padres los que

lo maltrataron psicológicamente. Quizá fueran sus hermanos, sus vecinos o compañeros de clase.

Harris dejó caer sus manos sobre la mesa y realizó una profunda exhalación. Le costaba cambiar su punto de vista, pero yo sentía que poco a poco asumía que yo había tomado la senda acertada y que él también debería sumarse para que el resto de implicados lo hicieran.

—Esto es una auténtica porquería, Ethan. No tenemos pruebas, ni evidencias, no tenemos grabaciones de las zonas cercanas a los parques, no tenemos testigos y ahora hemos creado un perfil nuevo que volverá locos a los agentes.

Me puse en la piel de Aiden y comprendí su fastidio. Llevaban meses investigando y se habían hecho una composición de lugar que ahora tocaba reconstruir. No era algo sencillo.

—Yo no puedo hacerlo. Me ganaría la antipatía de toda la oficina del sheriff. Tendréis que ser tú y Martin los encargados de dar las nuevas directrices.

Harris asintió y acto seguido aceptó una llamada directa al teléfono de su despacho. Su rostro me reveló que estaba confuso. Se limitó a afirmar un par de veces y a decir que en media hora estaríamos allí.

—Acaban de detener a un

sospechoso. Phil Acosta. Vamos a tener problemas. Salimos hacia la oficina del sheriff ya mismo.

—¿Es un tipo conocido? —pregunté, atónito, mientras recogía mi cuaderno y mi bolígrafo y me disponía a seguir a Harris.

—Es un indio aborigen, un nativo americano. Él vive en Phoenix desde hace años, pero su padre reside en el norte, en la reserva de los Navajos. Como no tengamos pruebas muy sólidas se va a montar una gorda. Hazme caso.

## Capítulo XII

Pasamos toda la noche en la oficina del sheriff. Me habían invitado a interrogar al sospechoso en compañía de Young, pero había declinado alegando que hasta no conocer mejor el historial y las pruebas no deseaba verme las caras con Phil Acosta. Prefería pisar sobre tierra firme.

Acosta era un nativo americano —o

aborigen, como les gustaba denominarse a las nuevas generaciones— que se había criado en la reserva de los Navajo, al noreste de Arizona. Ya siendo adolescente mostró inclinaciones artísticas y un deseo de abandonar el lugar para trasladarse a Phoenix, algo que consiguió con 20 años, cuando un conocido le ofreció compartir piso a las afueras. Nunca le había gustado el ambiente cerrado y conservador de la reserva. En la actualidad contaba 24 años y trabajaba en el servicio de mantenimiento de parques y jardines de la ciudad. Su detención había sido debida a un soplo realizado por un testigo protegido. Según contaba le

encantaban los niños, con los que solía jugar, más allá de lo razonable en un adulto, y además había cubierto tres de los cuatro parques afectados por los secuestros. Desde luego con su indumentaria profesional podía pasar desapercibido y no llamar la atención de ningún vecino o persona asidua a los jardines. Pero lo que más había levantado las sospechas del testigo era haber hallado, por casualidad, en la taquilla de Acosta, un manual en el que se detallaba el ritual de los indios Cherokee para el progreso de los jóvenes hacia la edad adulta, que consiste en pasar una noche en el bosque con los ojos vendados, superando sus

miedos y temores; al día siguiente el padre le retira la venda y el adolescente comprende que en realidad siempre lo ha tenido a su lado para protegerlo.

—No son más que chorradas. Pruebas circunstanciales cogidas con hilos que ningún jurado admitirá y que un buen abogado tumbará sólo con pestañear —le comenté a Harris, mientras analizaba la información que nos habían facilitado.

—Lo sé, pero tenemos que investigarlo. Que tú lo interrogues no estaría de más. Young no cuenta con tu preparación, de modo que podrías echarle una mano.

—Todo esto es cosa de Martin,

¿verdad?

—No sólo es cosa del sheriff. Hay un testimonio y hay aspectos que encajan. No podemos dejarlo pasar.

—Primero el mexicano, ahora el aborigen... Parece que sólo le interesa encontrar a un tipo que no sea caucásico para echarle toda la mierda encima — dije, un poco exaltado, pues detestaba la xenofobia y el racismo. Hoy en día con más ardor que antaño.

—No me seas crío, Ethan. Martin no va a jugarse su puesto y su prestigio por una pista falsa. Si lo tiene aquí es porque existen indicios más que sólidos para haberlo detenido.

Por desgracia yo no compartía ese

punto de vista. Me había tomado la molestia de buscar en la prensa local y estatal y en YouTube y el sheriff tenía declaraciones para todos los gustos: desde las más sensatas hasta las más repugnantes. Algunos de los métodos que proponía para controlar, por ejemplo, la inmigración ilegal en la frontera del estado con México eran más propios de un cavernícola que sigue instalado en el pleistoceno que de alguien que vive en pleno siglo XXI.

—Necesito reflexionar. Voy a dar una vuelta. Si me necesitas me telefoneas y me planto aquí en cinco minutos.

—¿Dónde vas?

—No sé... A que me dé un poco el aire —respondí, sin desvelar mis verdaderas intenciones—. Llevamos toda la noche sin pegar ojo, estoy rendido y se supone que en un rato me voy con Young y contigo al *Major Crimes Division*.

—Eso dependerá de cómo evolucionen aquí las cosas.

Agité mi celular con la mano delante del rostro de mi colega al tiempo que me giraba en busca de la salida.

—Estoy localizable.

Más tarde supe que aquello le había sentado como una patada en el estómago a Harris, y que sólo su buena educación y el deseo de resolver los asesinatos le

habían permitido controlar sus emociones y evitar mandarme a la mierda.

Nada más salir a la calle crucé en diagonal el amplio parking que había pegado al soberbio edificio de la oficina del sheriff y caminé hasta alcanzar un lugar que consideré tranquilo y no muy alejado: *Library Park*. El día había amanecido con un cielo despejado y todavía el calor podía soportarse, de modo que me senté en el césped y realicé la llamada que esperaba me aclarase algunas dudas.

—¿Ethan? ¿Qué haces tan temprano ocupado? Me has pillado en mitad de la ducha.

—Lo siento, Liz. No he dormido en toda la noche. Han detenido a un tipo y tengo muchas dudas. Necesitaba hablar contigo.

—Pensaba enviarte un mail al mediodía.

—¿Has descubierto algo?

—Sí, la verdad. Es algo que me cuesta creer que hayan pasado por alto los forenses de Phoenix.

Me alegró escuchar aquellas palabras. Liz era especial, siempre se tomaba muy a pecho su trabajo, como una cuestión personal, y se fijaba hasta en los detalles más nimios.

—Bueno, por eso cuento contigo. A ti no se te escapa nada. Eres la mejor.

Sentí el aliento entrecortado de mi compañera. Yo la quería, estaba de algún modo enamorado de ella, pero no era comparable a lo que Liz sentía por mí. En mi sandez sin límites no comprendía que tenía la suerte de estar al lado de una mujer excepcional.

—Te echo mucho de menos, cada día más.

—Yo también. Pero no me atrevo a reclamarle nada a Peter. Tienes razón: aquí hay un equipo humano descomunal y no se comprendería que yo solicitase más refuerzos venidos desde Washington.

—Estás madurando.

—El sol de Arizona, que no deja de

achicharrarme la cabeza —bromeé.

—Bueno, que imagino estás muy ocupado. Y yo tampoco puedo llegar tarde. Ese tipo es verdad que termina su labor con un objeto romo, puede que ese destornillador gastado del que se habla, pero eso es sólo al final o para ayudarse.

—¿Qué quieres decir?

—Hay marcas por todas partes muy toscas. He tenido que ampliar mucho las fotografías, pero por suerte estaban a alta resolución. Mark me ha echado una mano.

—Vaya, un motivo más para tener que pelearme con Wharton.

—¿Y eso?

—Es una larga historia. Cuando regrese te la cuento con calma — contesté, sin desear explicarle las supuestas negociaciones que estaba llevando a cabo para lograr que le aumentasen el salario a nuestro genio informático.

—Vale, no nos perdamos. En cualquier caso al mediodía tendrás ese mail. La cuestión es que usa esa herramienta para apartar los párpados, como sustituyendo a un blefaróstato. Desde luego es alguien con unas enormes habilidades manuales.

—Disculpa, Liz, estás hablando con un psicólogo, de modo que te ruego que me hables en la lengua de los mortales.

¿Qué narices es un blefaróstato? — inquirí, pensando que aquello tenía nombre de aparato para medir la presión atmosférica o algo por el estilo.

—Es un instrumento que se usa en cirugía ocular. Sirve para mantener los párpados del paciente abiertos durante la operación. Son como unas pinzas, para entendernos.

Trataba, mientras mi colega me explicaba los pormenores, de usar mi imaginación para ponerme en situación. Pese a que el calor ya comenzaba a apretar sentí un terrible escalofrío que me erizó el vello. Era horrible pensar en lo que podían haber llegado a sufrir aquellos pequeños. Sólo la esperanza de

que la codeína les hubiera dejado noqueados calmaba mi ansiedad.

—Sigue, aunque creo que voy a vomitar el desayuno.

—Luego se tiene que esmerar. Corta poco a poco los músculos que aferran el globo ocular para mantenerlo dentro de la cavidad orbitaria. ¿Me entiendes?

—Sí, me imagino que te refieres a las cuencas oculares del cráneo.

—Exacto. Para seccionar los músculos no realiza un corte limpio, que sería lo más normal. Se vale de un escalpelo de punta muy fina o de unas tijeras quirúrgicas. Después, cuando ya ha finalizado esta tarea que le puede llevar un par de horas, se vale de la

herramienta, pongamos un destornillador, para desprender el globo ocular y para raspar con él los músculos, que ya están expuestos.

Tomé un poco de aire. Liz me preguntó si seguía allí, escuchando, pero yo necesitaba unos segundos más para recuperarme del impacto. Ella sin embargo me hablaba como el que comenta el último lanzamiento del pitcher de su equipo en mitad de un tranquilo partido de béisbol.

—Aquí sigo. En tal caso, los ojos saldrían sin apenas daños. Es decir, no los aplastaría, como creíamos —sugerí, con la voz temblorosa.

—No, en absoluto. Los puede

extraer sin problemas. Son un trofeo. Está claro.

—Y ese modus operandi tan complicado, ¿tiene algún sentido para ti?

—Desde luego —respondió de inmediato mi colega, con rotundidad.

—Pues yo no comprendo nada... —musité.

—Es sencillo, y de hecho hasta ahora había logrado su objetivo. Lo que desea es tapar su habilidad.

—¿Su habilidad?

—Sí. Ese tío o es cirujano o ayudante de cirugía en alguna clínica ocular. Tras realizar una tarea propia de un artesano se esmera en desgarrar los

músculos para que no le pillemos. Pero al ampliar las fotografías he podido ver el rastro, varias veces, de sus perfectos cortes. No siempre puedes llegar a todas partes. Por fortuna los malos nos dejan pistas.

—Quizá los forenses de aquí ni se plantearon la cuestión. Tú sin la ayuda de Mark, a simple vista, no lo hubieras descubierto.

—Tienes razón. Yo fui un paso más lejos porque tú considerabas que los globos oculares eran trofeos y no podía ser que el asesino los extirpase de una manera tan tosca. Ahora ya sabemos que estabas en lo cierto. Quizá también hubiera cometido el mismo fallo si no

me piden que busque a fondo.

—Esto es una baza clave para seguir completando el perfil del individuo. No creo que Arizona esté plagada de expertos en cirugía ocular.

—No olvides a Albright. Él hacía un trabajo propio de un virtuoso y sólo ensayó con animales antes de atacar a las prostitutas.

Las palabras de Liz trajeron a mi mente el reciente encuentro con el asesino de Texas. Todavía sentía el mal sabor de boca que me había dejado aquella reunión con un degenerado que había causado tanto dolor.

—No me vuelvas loco. ¿Cuál es tu pálpito?

—Que ha trabajado con humanos. Pero sólo es eso, intuición.

—Liz, eres sensacional. No llegaría a ningún lado sin tu ayuda. Te quiero —murmuré, sin meditarlo, de forma espontánea.

—Gracias, Ethan. Da gusto escucharte decir eso, aunque sea a miles de millas de distancia.

Seguimos un rato acaramelados y quedamos en que antes de la hora del almuerzo tendría un email con sus impresiones más detalladas y con las fotografías ampliadas que demostraban que su teoría era más que convincente.

Al colgar miré hacia el sol y cerré los párpados. Aún era temprano pero

resultaba muy agradable estar sentado sobre aquel césped mullido y cuidado de *Library Park*. En un rato nadie en su sano juicio podría aguantar en aquel lugar, a menos que estuviera en traje de baño y protegido por una generosa capa de crema solar. Por un instante creí estar en San Francisco, a finales de primavera, descansando entre mis clases de psicología en la extraordinaria Universidad de Stanford. Echaba de menos aquella ciudad en la que en algunos barrios te podías topar con gente en pelotas sentada en una terraza tomando un zumo a base de frutas ecológicas mientras leía el periódico sin que nadie se escandalizase. Una ciudad

a la que detestaba volver porque estaba estrechamente vinculada a mi padre, y mi padre hacía ya demasiados años que descansaba en el humilde cementerio ubicado a las afueras de Mariposa. Regresó el fantasma de su homicidio sin resolver y soñé con tener algún día remoto la posibilidad de hallar al culpable de su atropello, de hacer justicia. Una quimera. El anhelo desesperado de un adulto que aún no ha sido capaz de madurar y que no ha cortado el cordón umbilical invisible que le une a su progenitor. Todavía sigue ese lazo etéreo ligándome a la memoria de mi padre, y en todos estos años poco o nada he hecho por segarlos de una

manera definitiva. Es imposible.

De súbito una extraña sensación me hizo girar la cabeza. A tres pasos de donde me encontraba estaba clavado como una estaca Michael Scott, el hippie que trabajaba para el *The Arizona Republic*.

—¿Qué diablos hace ahí plantado?  
—pregunté, malhumorado.

—Aguardar.

—¿Cuánto tiempo llevas esperando?

—Sólo un rato. Le he visto desde la acera. Iba camino de la oficina del sheriff y he creído reconocerle. Me he acercado y me he cerciorado de que en efecto era usted. Como parecía estar sumido en una profunda reflexión he

considerado oportuno aguardar.

El joven reportero me miraba del mismo modo que un fan observa a una estrella de su grupo favorito. Era algo incómodo y casi ridículo.

—No entendiste el mensaje de la última vez.

—Sí. Pero soy obstinado. Ayer le vi en la CBS. Estuvo genial, de verdad; soberbio.

Con todo el jaleo de Phil Acosta había olvidado que emitían mi entrevista con Clarice Brown. En realidad me importaba muy poco en aquel momento.

—Me alegro. Ya puedes seguir tu camino —dije, invitándole a dejarme en paz.

—¿Cree en las casualidades?

Scott se me acercó y yo me aparté un poco, para mostrarle que no era bienvenido. Era un tipo extraño, nada parecido a otros periodistas con los que me había topado en el pasado. Y, desde luego, muy alejado de la clase y la elegancia natural de Brown.

—No mucho. Pero tampoco tengo la menor idea de a qué viene ahora esa pregunta.

—Pues a que en realidad yo me dirigía a la oficina del sheriff a buscarle a usted. Es increíble, quería sacarlo de allí y poder mantener una charla íntima, sin nadie que pudiera molestarnos. Y voy y me lo encuentro aquí, en mitad del

parque, sin nadie alrededor. ¿No le parece asombroso?

El chico estaba emocionado y yo, sin embargo, me iba cabreando cada vez más. No tenía muy claro si jugaba conmigo, si era cierto lo que me comentaba o si estaba delante de un sonado que deforma la realidad a su antojo.

—Es inaudito. Las constelaciones se han alineado y ahora, después de miles de millones de años, todo se ha conjurado para que usted y yo coincidamos a la misma hora en un punto concreto de la ciudad de Phoenix. Sí, creo que ya no podré volver a conciliar el sueño —manifesté, en un

tono cargado de cinismo que sólo exageró mi grotesco discurso.

—No se burle de mí. No es propio de un agente especial del FBI —replicó, ofendido.

—Lo lamento, pero ya le dije que no deseo mantener ninguna relación con la prensa. Me obliga a ser un poco brusco. No pretendía humillarle —mentí.

—Pues yo creo que podemos colaborar.

Me había librado de Clarice Brown, que andaría persiguiendo alguna noticia de alcance por Manhattan, para darme de bruces con un joven un tanto desaliñado y con ganas de sobresalir a costa de unos crímenes terribles.

—No estoy interesado.

Scott en lugar de arredrarse se sentó a mi lado. Con una amplia sonrisa me señaló la bandolera que supuse le acompañaba a todas partes.

—Yo llevo mi propia investigación. He visitado los parques, he entrevistado a dos de las familias y a algunos amigos de los chicos que fueron asesinados.

—Genial. Seguro que todos estarán encantados de que llegue usted para escarbar en sus heridas y después sacar provecho en algún artículo morboso.

El periodista no hizo caso de mis palabras y golpeó con suavidad su bandolera.

—Tengo algo que puede interesarle.

Usted me facilita un poco de información y yo a cambio le dejo leer una cosa. Nadie sabe que está en mi poder, ni siquiera mi jefe.

Miré a Scott y creí estar viajando al pasado, regresar a Kansas y tener delante a Brown ofreciéndome un pacto similar. Todos los periodistas eran semejantes. No conocían límites ni barreras. Yo, que no era mejor que ellos, estaba aprendiendo a respetar algunos términos éticos, aunque aún me quedaba un largo recorrido para alcanzar un suficiente raspado.

—¿Qué ocultas ahí? —pregunté, aburrido.

—Algo de un valor incalculable.

Una misiva del asesino.

## Capítulo XIII

En el pasado era bastante frecuente que los asesinos en serie, sólo con el afán de llamar la atención y de alimentar su ego, escribieran cartas a los periódicos. Estos siempre vieron en ello una gran oportunidad para vender más ejemplares, y pocas veces se tomaron la molestia de contrastar la autenticidad de dicha correspondencia. Asesinos en

serie tan conocidos en la cultura popular, ninguno de ellos atrapado, como *Zodiac* o *Jack el Destripador* han pasado a la historia por sus misivas (este segundo se dirigía a la policía londinense). Pero a principios de 2017 las cartas estaban en pleno proceso de extinción y sólo los recibos del banco, los catálogos de venta a distancia o las ofertas del restaurante de comida basura de la esquina se atrevían a colarse en los buzones. La mensajería a través de aplicaciones para celulares y el email habían acabado con la costumbre de escribir en papel.

Michael Scott había logrado captar mi atención y pese a que no le había

prometido nada a cambio sacó de su bandolera una hoja de papel que se había tomado la molestia de plastificar en las oficinas de su redacción. Una carta dirigida a un periodista encajaba con el perfil que yo estaba elaborando: alguien maduro, que todavía se había criado en la época en la que mandarlas era habitual, y que por un lado intenta pasar desapercibido pero por otro quiere dejar su huella. Pese a todo me mostré receloso.

—¿No le ha contado a nadie esto?  
—pregunté, suspicaz.

—Aún no.

—¿Desde cuándo la tiene?

—Desde ayer. La entregaron en

mano.

—¿En la sede de su periódico?

—Sí, en el edificio de Republic Media.

—¡Joder! —exclamé, estupefacto—. Imagino que tendrán cámaras de seguridad y todo eso.

—No, no las tenemos.

—Y, ¿quién recibió el sobre?

—¿Cómo sabe que venía en un sobre?

—Iba a su atención. No me imagino que dejasen ese papel así, sin más.

El reportero asintió y después agitó el folio plastificado, como un tesoro que me mostrase para engatusarme.

—Lo admitió una de las

repcionistas. Me dijo que era un tipo que vestía ropa corriente, que llevaba gorra, gafas de sol y barba, pero que le dio la impresión de que era postiza. No recuerda mucho más porque atiende a muchas personas cada día. Sólo dijo que era para mí y, en efecto, tenía escrito mi nombre en el anverso de un sobre de correspondencia.

—Podría tratarse de un chalado. Estos crímenes llevan meses aterrando a la población de aquí, de modo que cualquiera puede escribir lo que se le pase por la cabeza y listo.

Por extraño y disparatado que parezca son muchas los sujetos, casi siempre personas con baja autoestima,

vagabundos, individuos con problemas mentales sin tratar y/o drogadictos con sus facultades alteradas, que se hacen pasar por asesinos. No sólo escribiendo cartas o mandando emails, a veces incluso yendo personalmente hasta la oficina del sheriff a confesar su *culpabilidad*. Por fortuna las modernas técnicas forenses permiten descartar a estos sospechosos casi de inmediato, pero antaño no pocos han acabado con sus huesos en prisión o incluso, en los casos más extremos, ejecutados, sólo por haber testificado en su contra.

—Lo sé. Por eso también quería que usted la viese.

—¿No conoce a nadie más en toda la

oficina del sheriff de Maricopa? — pregunté, intrigado.

—Claro que sí. A todos los detectives e investigadores y a buena parte de los policías. Incluso al personal administrativo. Paso por allí casi todos los días. Pero nunca he tenido tan cerca a un agente especial del FBI venido desde Quántico. Tengo que aprovechar la oportunidad.

—Eres joven y atrevido. Seguro que vales para la profesión que has escogido —declaré sin emoción.

—Lea la carta.

—No pienso darle nada a cambio.

—Eso ya lo veremos. Mientras usted se pasa el día encerrado en ese precioso

edificio yo ando de un lado para otro. Conozco esta ciudad como la palma de mi mano. Ya la recorría en bicicleta cuando sólo tenía 10 años y me ganaba unos dólares haciendo recados. Le llevo ventaja.

—Eres un portento... ¿Michael?

—Sí. Michael.

Tomé el papel que me ofrecía Scott y lo leí con detenimiento. No venía firmado y la letra, aunque yo no era especialista en grafología ni en peritaje caligráfico, se notaba que era forzada, como la que usaría alguien que trata de ocultar su verdadera identidad. Después de algunas vaguedades acerca de sus traumas, de lo mal que lo había pasado

en la vida y de lo inteligente que era venía un párrafo interesante: “*Los ojos representan el alma. A través de los ojos puedo poseer la vida de esos niños y hacerla mía. No podrán detenerme, porque si me detienen me extinguiré*”.

La misiva continuaba con más divagaciones poco precisas acerca de los secuestros y de los lugares en los que dejaba los cadáveres. Concluía con un escueto *hasta siempre*.

—Esto lo puede haber escrito cualquiera. En realidad no aporta nada que no se conozca ya por las noticias — musité, devolviendo la carta al periodista.

—¿Está seguro?

—No. Necesitaría que me diese el papel para que le realizaran un análisis forense. Y el sobre, si es que no lo ha tirado a la basura o lo ha contaminado en exceso. En todo caso su validez en un juicio sería nula. Pero como indicio tiene utilidad.

Me incorporé para regresar a la oficina del sheriff. Llevaba mucho tiempo fuera y deseaba arrancar a Harris y a Young de allí e ir con ellos al *Major Crimes Division*.

—Ni siquiera he comentado nada al respecto en mi periódico. Sólo le puedo prestar la carta si me concede una entrevista o me ofrece alguna exclusiva. Ese es el trato —dijo Scott, con una

determinación que oscilaba como un pudding recién hecho.

—En tal caso no tenemos nada más que hablar. Si recibe más cartas o halla alguna prueba más sólida ya sabe dónde me alojo.

Dejé al reportero en mitad del parque, desilusionado y confuso, y me encaminé hacia la oficina. Apenas había dado unos cuantos pasos me giré y me quedé mirando hacia el joven. Se alejaba arrastrando los pies y parecía estar consultando la pantalla de su Smartphone. Noté un pinchazo en algún lugar indeterminado de mis entrañas, pero estaba claro lo que significaba: mi intuición me vociferaba con insistencia

que tenía que indagar en profundidad a aquel tipo. La misiva no me había convencido y podía deberse a dos circunstancias: él la había creado con la intención, rastrera, de abrir una negociación; o, por otro lado, tenía delante de mis narices al culpable y estaba jugando a despistarme del modo más antiguo y obvio que existe: confundir al investigador formando parte de la propia investigación.

Mientras me demoraba recorriendo el breve trayecto que me separaba de la oficina del sheriff una idea fue cobrando fuerza y al fin me decidí a telefonar a Wharton. Para consultarle algo de un modo extraoficial a Mark o a Liz podía

prescindir de aquel protocolo, pero para lo que intentaba hacer ya no me era posible. Tenía que seguir, muy a mi pesar, los cauces ordinarios.

—No, Ethan. Es una locura. No aprendes nunca. Quieres lo mismo que en Nebraska —replicó mi jefe, tras algunos minutos de discusión.

—Sí, eso es lo que deseo. Es lo que necesito. Tú me pediste que atrapase al desalmado que ha asesinado a cuatro críos y yo sólo quiero que Tom esté aquí conmigo. Se acaba de volver imprescindible.

—Por favor, ¿entre el FBI de Arizona y la oficina del sheriff de Maricopa tienes allí a más de mil

efectivos! —exclamó Peter, desesperado.

—Nadie es como Tom. Ambos lo sabemos.

—Yo no lo sé. Tom es un agente excepcional, que por cierto tiene aquí su propia faena, no lo olvides; pero allí puede haber 20 tipo iguales y ni te habrás tomado la molestia de comprobarlo.

Wharton tenía razón. Me conocía como un amigo, o como un padre. Y yo no me tomaría la molestia, como él había atinado, por una cuestión de confianza. Seguía progresando, seguía intentando involucrarme con conjuntos de profesionales con los que apenas

había tenido roce; pero cuando se trataba de ir un paso más allá de lo convencional sólo me fiaba de *mi equipo*. Liz, Mark y Tom: ellos eran mi cerebro, mis manos, mis piernas, mi corazón y hasta mi conciencia.

—Voy a procurar hacerlo, Peter. Pero si las cosas se ponen feas volveré a llamarte. No te quepa la menor duda —manifesté, en un tono que sonó un tanto amenazador.

—Estoy convencido de que esa gente es fabulosa. Apóyate en ellos.

Me despedí de mi jefe con la sensación de haber malgastado una bala. Como el niño malcriado que era llegué al despacho de Young irritado y herido

en mi orgullo. Harris estaba allí con ella.

—Genial, justo ahora mismo íbamos a llamarte.

—¿Cómo ha ido la cosa con Acosta? —inquirí, por curiosidad y también porque me venía bien olvidar el incidente con Peter.

—No lo sé —respondió la investigadora—. Tengo la grabación de la entrevista. Ese joven es peculiar, desde luego, pero no he logrado arrancarle nada en particular. Niega todo y dice que le hemos detenido sólo por ser aborígen. Me hubiera venido genial que estuvieras conmigo. Vamos a tener que dejarlo en libertad.

Me senté y recuperé la calma. Los reproches de Emily estaban cargados de sentido común, pero yo en gran medida coincidía con lo que había alegado Acosta.

—Lo lamento. Lo peor es que no sé si tiene parte de razón.

—Por favor, Ethan, aquí no somos tan cafres —dijo Young, molesta.

—Tu colega García no opina lo mismo. Y sólo hace falta repasar algunas declaraciones de Martin para saber que no es ningún santo con los que no son de su misma *raza*.

—¡Ethan, qué mosca te ha picado! Vamos a tranquilizarnos. Este caso es complicado y a todos nos afecta, pero no

perdamos el norte —manifestó Harris, que me observaba sin dar crédito a lo que había dicho.

—No, Aiden, es mejor que no nos andemos por las ramas. Ethan está en lo cierto. Martin en algunos aspectos no es un ejemplo, pero también quiero que sepas que es un hombre justo, y que no va a hacer nada que no esté muy fundamentado, ni desde luego va a jugar con la Ley a su antojo. Puede que los mexicanos y los nativos americanos no se encuentren en la lista de invitados a la cena en su casa el *Día de Acción de Gracias*, pero de ahí a endosarle un delito a un inocente va un trecho muy largo.

—Repasaré la grabación de la entrevista. Imagino que Acosta estará localizable.

—Sí. No puede abandonar la ciudad sin permiso. No podemos mantenerle arrestado, pero sí bajo sospecha.

—En tal caso me encantaría ir ya al *Major Crimes Division* —dije, incorporándome y señalando la puerta con mis manos.

—Sigues en tus trece. No sales de ahí —me reprochó Harris.

—Sigo convencido de que tenemos ya datos más que suficientes para comenzar una criba y obtener un listado no demasiado extenso. Ahí estará el nombre del monstruo que buscamos —

repliqué, recordando la técnica que tanto éxito me había dado en Nebraska, aunque al final fuera un golpe de suerte lo que ayudó a resolver el caso.

Young, mi colega del FBI y yo nos dirigimos en un vehículo de la oficina del sheriff hasta el también ostentoso edificio del *Major Crimes Division*, una construcción reciente de cuatro alturas de un elegante color arena con escaleras de incendio pintadas de granate a ambos lados. Apenas tardamos diez minutos en llegar.

—En este condado no os andáis con tonterías. Todos los edificios son formidables —expresé, pensando que ya quisieran en algunos estados tener

centrales de la policía estatal u oficinas del FBI la mitad de modernas y sofisticadas.

—Somos, contando detectives, investigadores y todo el personal auxiliar y administrativo casi 4.000 empleados y atendemos las necesidades de cuatro millones de ciudadanos. Cada dólar está bien invertido, te lo garantizo —argumentó Emily, con rudeza.

—En realidad me felicito por ello. Ojalá fuese así en toda la Unión. Por desgracia no estoy acostumbrado a tener a mano tantos recursos cuando me desplazo para echar un cable —manifesté en mi defensa. También sopesaba cuándo y bajo qué coyuntura

iba a ser capaz de convencer a Wharton de permitir la incorporación de Tom, dadas las circunstancias. Yo no había calibrado todo el potencial de la oficina del sheriff de Maricopa, pero mi jefe sí.

—Dejémonos de tonterías y vayamos dentro. Quiero que conozcas a alguien.

Young estacionó en un parking circundado por una verja sencilla. Justo enfrente del edificio había algunos magníficos cactus típicos del desierto de Sonora, protegidos por postes y rodeados de piedrecillas. Aquel decorado terminaba de conferir al lugar un aspecto idílico, en el que hasta el más mínimo detalle había sido cuidado con

esmero.

La investigadora nos guio por un laberinto de pasillos hasta una sala de la tercera planta. Una vez más me topé con una estancia equipada con la última tecnología: ordenadores potentes, pizarras transparentes de metacrilato, mesas y sillas de diseño, proyectores led y ventanas tintadas que variaban según la intensidad de la luz. Me moría de la envidia.

—Pensaba que sólo en las series de la televisión se veían estas cosas. No sé si habéis estado en Quántico, pero ya quisiera yo disponer de un lugar de trabajo como este —murmuré, medio en broma medio en serio.

Young no me prestó atención y fue en busca de un colega, que estaba al fondo de la sala, trasteando en un ordenador. Regresó con él e hizo las presentaciones.

—Este es Stuart Gordon, nuestro maravilloso analista de datos. El mejor de todo el estado. A Harris ya lo conoces. Él es Ethan Bush, agente especial de la UAC del FBI que ha venido desde Washington para colaborar en la investigación.

Después de charlar un rato decidimos que lo mejor era tutearnos desde el principio. Emily le explicó a Gordon que yo me había empeñado en ir allí y que tenía depositadas muchas

esperanzas en su trabajo. Me lo tomé como un halago hacia mi persona y como una manera de estimular al analista. Íbamos a necesitar de toda su pericia.

—¿Qué tenemos aquí, Stuart? — pregunté, una vez habíamos cogido confianza.

—Bueno, acceso a todas las bases de datos estatales y a lo que compartís con nosotros las agencias nacionales.

—Nosotros lo compartimos todo — manifesté, carcajeándome, e intentando recuperar el buen clima entre Young, Harris y yo.

—Estoy segura —murmuró con ironía la investigadora.

—Ahora más en serio, Stuart. ¿Qué eres capaz de hacer?

—No tengo demasiado claro a qué te estás refiriendo...

Gordon dirigió una mirada fugaz a Emily y percibí por el rabillo del ojo que ella asentía.

—Vamos, ¿qué has estudiado? Nadie que se maneje con soltura en un lugar como este ha llegado hasta aquí por casualidad. No me acabo de caer de un guindo, aunque tenga cara de panoli — expresé, pensando en Mark. Como él sólo había uno en todo el planeta, pero parecidos tenían que existir unas cuantas *réplicas* por todo el país. Teniendo en cuenta los recursos infinitos que

manejaban en Maricopa no era extraño que se hubieran hecho con una de ellas.

—Bueno, lo habitual. Poseo un grado en Ciencias de la Computación y estudios avanzados en bases de datos, manejo de redes y programación —dijo, dubitativo, Gordon.

—¿Nada de hacking y cosas por el estilo? —inquirí, guiñándole un ojo.

—Bueno, claro. Algo sé. No tengo claro dónde quieres ir a parar...

—Deseo que trabajemos con un perfil, que ya está muy avanzado. Vamos a necesitar encontrar cosas de un tipo que están más vinculadas con sus costumbres más íntimas que con lo que podamos hallar en las bases de datos

oficiales.

—Se refiere a tener acceso a sus redes sociales y temas por el estilo, ¿no?

Asentí. El chico era un tanto tímido, como casi todos los cerebritos a los que les chifla la informática, pero comprendía a la perfección a qué me estaba refiriendo. Otra cosa es que le amedrantase el estar en compañía de Young y de Harris.

—Sí. Primero tenemos que filtrar por edad, estudios, antecedentes, etc... Pero luego deberemos ir un paso más lejos.

—Ethan, ¿me permites un segundo?  
—intervino Aiden, llevándome casi por

la fuerza hasta un rincón de la sala.

—¿Qué sucede?

Harris se pasó con lentitud la mano por su espeso cabello rubio y rizado. Tenía las mejillas más sonrosadas de lo habitual y le temblaban los labios.

—Creo que has pedido la cabeza. No tengo muy claro si deseas desbaratar la investigación, poner a prueba mis nervios o eres un miembro de asuntos internos que nos está disponiendo una trampa —me susurró, para que ni la investigadora ni el analista pudieran escuchar lo que decía.

—Aiden, sólo pretendo atrapar a un desalmado que asesina niños. Vamos a necesitar lo máximo de toda esta gente

—alegué, intentando hacer lo que Wharton me había indicado y tratando a mi colega del FBI como a alguien ajeno al resto de agentes de Phoenix.

—No hay atajos, Ethan. Lo que estás sugiriendo viola no sé cuántas leyes y no debería recordártelo. Y, por si no fuera suficiente, no nos conduce a ninguna parte, porque no valdría para nada en un juicio.

—Yo no quiero usar esa información en un juicio. Ni tan siquiera pretendo que salga más allá de los cuatro que ahora mismo estamos aquí. Gordon nos dará un listado con cientos de nombres. El tiempo sigue corriendo. Lo único que deseo es acelerar el proceso, y si con

información más personal lo logramos y evitamos que un chaval muera me daré por satisfecho.

Harris no salía de su asombro. Hacía lo imposible por mantener la calma, pero mi falta de ética y mis escasos escrúpulos le desquiciaban. Acababa de comprender que estaba dialogando con una pared.

—Y después... ¿qué?

—Después toca encajar las piezas del puzle, como siempre. Ya he actuado así otras veces, y ha funcionado — confesé.

—No me gusta. Suena a señalar a alguien con el dedo y después construir una montaña de pruebas para que el

resultado sea el que deseas. Te quejas del sheriff pero a él jamás se le ocurriría algo semejante.

—Está bien. Olvídalo. Lo haremos a tu manera. A fin de cuentas yo estoy aquí porque tú lo has solicitado. Pero si aparece un solo cadáver más de un pequeño en Tonto o en Sonora no habrá nadie en el mundo que me detenga.

Mi colega afirmó con la cabeza, esperando que ni en la peor de las pesadillas pudiera darse esa circunstancia. Regresamos junto a Young y Gordon, que estaban tan estupefactos como molestos.

—Lamento mucho lo sucedido —dijo Harris—. Tenía que aclarar un

punto con Ethan. Él no conoce las leyes de cada estado, como es obvio, y le he puesto al corriente de algunos pequeños pormenores que son importantes para que el caso sea resuelto sin incidencias. Podemos continuar.

La explicación de Aiden no sirvió de mucho, pues en especial la investigadora mantuvo una actitud distante y recelosa el resto de la reunión. Yo, entretanto, me maldecía. Había hecho caso a los consejos de Peter pero no había servido para otra cosa más que para meterme en un buen lío. Liz, Mark y Tom no aprobaban mis singulares métodos, pero al final por amistad, por cariño o por confianza

ciega acababan cediendo.

Le expliqué a Gordon que buscábamos a alguien de mediana edad, casi seguro entre 35 y 45 años. Casado y con uno o dos hijos. Estudios de grado medio y una profesión de no muy alta cualificación. Poseía conocimientos de la anatomía del ojo, de modo que podía haber sido ayudante en una clínica oftalmológica o veterinaria (aquí el peso del encuentro con Albright se dejó notar). Residía seguro en Phoenix, y también era muy posible que se hubiese pasado toda su vida en la ciudad. Estaba en posesión de un pase anual para el Bosque Nacional de Tonto. Contaba con antecedentes menores en la

adolescencia, seguro relacionados con el maltrato animal. No estaba convencido de que hubiera crecido en el seno de una familia desestructurada, pero era muy probable. También que hubiese sufrido maltrato físico y/o psicológico. Tenía facilidad para relacionarse con los niños, y quizá incluso su empleo le permitiese un contacto directo con ellos. Era casi seguro que en algún momento había estado, si no seguía estándolo, relacionado con los Boy Scouts, ya que dos de las víctimas habían sido miembros de la organización. Podía tener problemas de visión: defectos graves, presbicia, ceguera de un ojo o

cosas por el estilo. También era posible que algo en su rostro llamase la atención, algo que él detestaba, pero que para el resto no resultase tan malo. No llamaba la atención, era un sujeto educado, poco comunicativo, reservado y poco dado a los excesos. Podía tener hobbies muy marcados, tales como la marquetería, el coleccionismo obsesivo de objetos o la taxidermia.

—Bueno, con esto tengo para entretenerme. Voy a tener que variar el enfoque con el que había trabajado hasta la fecha, pero puedo realizar una labor de filtrado decente en una semana —dijo el analista, aprovechando una pausa en mi discurso.

—Hay algún dato más que me gustaría que tuvieses en cuenta.

Harris no abrió la boca, pero aprovechando que se encontraba justo detrás de mí me apretó el brazo con disimulo, como indicándome que no me saltase tan rápido *el pacto* al que habíamos llegado.

—Estoy convencido de que reside en los alrededores del parque donde fue secuestrada la primera víctima, Timmy —manifesté con energía.

—¿La zona de *El Reposo*?

—Sí.

—Ethan, esa es una intuición —replicó Young, que ya vislumbraba hacia qué lugar apuntaban mis argumentos.

—Crear perfiles no deja de ser un trabajo intuitivo. El día que tengamos ordenadores en los que metamos algunos datos y nos arrojen un trazo de la personalidad de un sospechoso me avisas.

—Adelante, acaba. A fin de cuentas hemos venido hasta aquí para que tú le des instrucciones concretas a Stuart —transigió la investigadora.

—Con eso delimitas mucho el área de búsqueda —continuó.

Gordon me miró, sonriente. Estaba contento, le gustaba lo que le contaba y el nivel de detalle al que había sido capaz de llegar. Mark también se mostraba encantado cuando yo, de vez

cuando, le facilitaba las cosas.

—Ni te haces una idea. Espero que estés en lo cierto. Estimo que pasamos de una primera criba de más de cien mil individuos a la quinta parte. Eso es mucho.

—Genial. No esperaba menos de ti. Esa es la actitud para cazar a un monstruo. Te necesitamos, Stuart; necesitamos lo mejor de ti.

—Lo vais a tener. Esos chiquillos lo merecen...

—Una última cosa —añadí, rompiendo el clima de euforia que se había creado entre ambos.

—Soy todo oídos.

Carraspeé y me tomé unos segundos

para hablar. Young estaba a mi derecha y tenía pegado a la espalda a mi colega del FBI. Hubiera preferido algo más de intimidad, pero no me pensaba largar de allí sin soltar lo que opinaba.

—No descartemos que sea un familiar de alguna de las víctimas. Céntrate en especial en Timmy —dije, recordando el destello espeluznante que el ojo de cristal del señor Nelson me había devuelto mientras lo entrevistábamos en el salón de su vivienda.

# Capítulo XIV

Tamizar y volver a tamizar sin descanso, hasta lograr que quede sólo un grano de entre los millones con los que comenzaba la tarea. En eso consiste la labor de alguien que elabora perfiles. Ir encontrando detalles que hacen único a un individuo, que permiten identificarlo con exactitud. Un arte. Una *pseudociencia* que tiene más de

experiencia acumulada y de olfato que de certidumbre. Cuando ya has estrechado el cerco lo suficiente sólo cabe esperar que las pruebas refuten o validen esa labor en la que te has dejado horas de sueño mientras trazabas conexiones sutiles basadas en lo que ya antes habías visto y analizado en centenares de casos análogos.

Así volví a pasarme la noche en vela. Sobre la mesa de la habitación de mi hotel en Phoenix descansaban mis cuadernos de tapas negras y en ellos iba realizando anotaciones, tachando suposiciones y, de cuando en cuando, subrayando alguna idea que me parecía genial y que debería esperar a la mañana

siguiente para coger consistencia.

El mail de Liz con todas sus valoraciones había excitado mi imaginación. Sus cavilaciones y las imágenes ampliadas de las cuencas oculares se mezclaban con toda la información que mi cerebro había recibido en los últimos días. Trataba de ordenar todos aquellos datos y, sin embargo, dos nombres se habían colado en alguna parte de mi subconsciente y una voz interior los repetía como una letanía: Luke Nelson, el padre de Timmy, y Michael Scott, el reportero insufrible del *The Arizona Reporter*.

Con Tom sobre el terreno podía haber indagado en profundidad la vida

de esos dos individuos, pero sin él me resultaba imposible proponerle a nadie que se atreviese a violar leyes estatales con tal de conseguir una evidencia. Tom tenía sus cosas malas, pero me era leal en un grado que yo no merecía. Y era experto en colarse en propiedades ajenas sin levantar una mota de polvo. Pero mi jefe, Wharton, tenía razón: cómo implicarlo en una investigación en la que ya participaban cientos de agentes. Era un disparate. Un desatino hasta para alguien con el listón tal alto para la necedad como yo. Dentro de mi proceso de madurez y lenta mejora estaba el comprender aquello, aunque me obligase a apretar los dientes hasta

hacerlos chirriar, como un adolescente malcriado que no acepta asumir un contratiempo.

Pensé en mi padre, en sus restos yaciendo en el humilde pero bonito cementerio de Mariposa, y consideré que tenía que telefonar a mi madre.

—Ethan, ¿eres tú?

—Sí, mamá. Me he acordado de ti y he pensado que llevaba tiempo sin hablar contigo —respondí, ocultando parte de la verdad.

—¿Dónde estás? Aquí todavía es muy temprano. Allí en Washington ya habréis desayunado, pero yo estaba dormida.

—Sigo en Phoenix, mamá. Tenemos

la misma hora —musité, mirando hacia el reloj que tenía sobre la mesa del hotel y descubriendo que eran poco más de las 5 de la mañana.

—¿Sucedó algo?

—No, te pido disculpas. Llevo trabajando toda la madrugada y no me he dado cuenta ni de qué hora era. Sólo me he acordado de ti, nada más.

—Y Liz, ¿está ya contigo?

—No, no podrá ser. Esta vez no.

—Es una pena. Prefiero que estéis juntos. Debéis estar juntos.

—Lo sé. Pero aunque estemos en el FBI tenemos asignadas funciones distintas. No podemos estar siempre juntos.

—¿Cuándo vendrás a verme?

—En cuanto todo acabe te prometo que iré a verte.

—¿Nos acercaremos a visitar a papá?

Mi madre siempre quería que la acompañase hasta Mariposa. Ella ahora residía en Los Baños, a una hora y poco en coche del cementerio, y solía desplazarse hasta allí con frecuencia.

—Claro, cuenta con ello.

—Hace unos días estuve en Mariposa. Me senté y estuve hablando con él.

Yo era ateo, pero mi madre tenía profundas convicciones religiosas. Jamás discutía con ella, porque además

de inútil era quitarle la ilusión a una mujer de cierta edad que añoraba a su esposo tanto como yo a mi padre. Se aferraba a dios y a la posibilidad de volver a encontrarse con el único hombre al que había amado como un barco se amarra a puerto en mitad de una ventisca.

—Es fantástico, mamá —susurré, con poca convicción.

—Me dijo que llevases cuidado. Que no olvidases lo sucedido en Nebraska.

La sangre se agolpó en mis mejillas y sentí su tibieza. Mi madre no estaba al tanto de los detalles de mi investigación en Nebraska, y mucho menos sabía que

por un instante tuve la sensación de estar viviendo allí los últimos segundos de mi breve existencia.

—¿Estás segura?

—Claro que lo estoy. No entendí nada. Pero él me dijo que tú comprenderías el mensaje —dijo mi madre, sin mostrar demasiada emoción ni darle importancia al asunto.

—Sí, lo he comprendido. Gracias mamá. ¿Estás bien?

—Si consigo volver a conciliar el sueño estaré bien. Y cuando vengas a verme estaré mejor.

—Ya me entiendes...

—Sí, estoy bien. No puedo quejarme.

Nos despedimos y yo me quedé con el teléfono en la mano por espacio de diez minutos, casi inmóvil, asimilando la información que mi madre me había transmitido. Me negaba a creer en las casualidades, y lo sigo haciendo hoy en día, pero en ocasiones era la única explicación que hallaba para determinadas cosas. Era eso o aceptar que el alma, las deidades, los sucesos paranormales y todas esas supercherías eran ciertas.

Estaba exhausto y pese a todo saqué fuerzas para buscar información acerca de la simbología de los zapatos, ya que era lo que el asesino se llevaba de las víctimas, además de los ojos. Encontré

de todo: desde imágenes de miles de pares de zapatos pertenecientes a las víctimas de los campos de exterminio nazi hasta la vinculación de los mismos con diferentes aspectos religiosos. Nada que arrojase un poco de luz sobre mi abotargada mente. Demasiada confusión. Mi cerebro se había ganado un más que merecido descanso.

Me tumbé sobre la cama vestido y decidí que en unas horas me daría una buena ducha y me cambiaría de ropa. Con eso bastaría para afrontar como nuevo una jornada más de duro trabajo.

Cerré los ojos y nada más hacerlo sentí un fuerte resplandor, como si unos focos me hubiesen deslumbrado de

golpe. Y entonces creí ver la imagen de un pequeño, aterrado, aturdido, sobre el que se cernía con calculada parsimonia una sombra negra, espeluznante. Ya no me dormí.

## Capítulo XV

Al llegar a la oficina del sheriff me dirigí directo al despacho de García, que seguía tan desordenado como siempre, y le pregunté si teníamos noticias nuevas.

—Ethan, no sé de qué narices me estás hablando...

—Ya sabes, me refiero a la peor de las llamadas que podemos recibir.

El detective me miró pasmado y agitó las manos, como intentando apartar a un molesto insecto de su alrededor.

—No, mierda, ¡claro que no! ¿De dónde has sacado esa macabra idea? ¿Tienes alguna información?

—Una pesadilla, sólo eso.

—¿Una pesadilla?

—Más o menos —respondí, dejándome caer sobre una silla y resoplando de alivio.

—Pensaba que eras más empírico.

—Y lo soy, te lo garantizo. Ha sido una noche dura.

—Se te nota. Parece como si te hubieran estado sacudiendo una pandilla de matones a la salida de un bar.

Apenas me había dado una ducha bien fría y me había tomado un café cargado. Las ojeras ya eran más que visibles en mi rostro y el agotamiento hacía mella no sólo en mi físico, también en mi mente.

—Todos nos estamos dejando la piel. Yo no voy a ser menos —murmuré, intentando mostrar respeto por aquella gente en la que no terminaba de confiar.

—Desde luego. Ya eres uno más. Pero me gustaría verte más fresco. Si no estás en condiciones no podrás aportar el máximo, ya me entiendes.

Me quedé mirando trabajar al mexicano en silencio durante casi veinte minutos. Una idea prodigiosa se acaba

de colar en mi testaruda cabeza y se esforzaba por desplegar su luz entre las tinieblas.

—Oliver, ¿te puedo hacer una propuesta?

—No sé, Ethan, tu voz suena como sacada de un episodio de *Los Soprano* o de *Breaking Bad*. ¿Qué es lo que quieres?

Apoyé fuerte mi espalda contra la silla. Iba a dar un paso y ya no habría marcha atrás. Tenía claro que sólo podía hacerle aquella sugerencia a García. Nadie más se atrevería a jugarse el empleo por un tipo llegado de Washington que había puesto patas arriba todo el caso. Por un instante eché

de menos no sólo a Tom, también al bueno de Worth.

—Necesito más información acerca de ese chaval que trabaja en el *The Arizona Republic*.

—¿No has estado con Emily en el *Major Crimes Division*? —preguntó el detective, incómodo.

—Sí. Conocí a Gordon. Un gran tipo, desde luego. Seguro que nos aporta mucho. Pero él no puede hacer lo que estoy pensando —respondí, al tiempo que agitaba la punta de los dedos de los pies en el estrecho margen que me concedían los zapatos.

El detective apartó la vista del ordenador, apoyó las manos sobre la

mesa y frunció el ceño.

—Ethan, será mejor que te dejes de rodeos y sueltas ya lo que quiera que hayas planeado. No perdamos el tiempo.

—Quiero que te cueles en su vivienda. Quiero saber algo más de la vida de ese sujeto. Sospecho de él. Es muy largo de explicar, pero no me quito su imagen de la cabeza.

—No estás hablando en serio...

Tardé en replicar unos calculados segundos. Aquel incómodo silencio dejaba a las claras que no estaba bromeando.

—Aiden me enseñó en su momento unos dibujos muy curiosos que había realizado este chico. Pero el otro día

llegó más lejos. Me comentó que tenía una carta del asesino.

—Joder, Ethan, y me sueltas ahora esto como si nada.

—Era una especie de confidencia. Según él no lo sabe nadie, ni siquiera en la redacción de su periódico.

—¿Pudiste ver la misiva?

—Sí. La ha plastificado y todo. Pude leerla.

—¿Y?

—No encaja. No encaja con el perfil del todo. Pienso que pudo escribirla él. Lo que no sé si lo ha hecho para negociar, para apuntarse un tanto o para tratar de despistarme.

García se pasó la mano por la frente.

No estaba sudando, era el gesto instintivo de alguien que sabe que se acaba de meter en la boca del lobo.

—Necesitamos esa carta. Tenemos que hacerle pruebas forenses.

—No funciona así —musité.

—¿Qué estás diciendo? ¡Claro que funciona así!

—Estás dispuesto a echarme una mano...

El detective se giró hacia la cristalera, dándome la espalda, y encorvó un poco el cuerpo. Casi podía oír los latidos de su corazón.

—No comprendo la razón que te ha llevado a confiar en mí. Y tampoco tengo claro si lo que buscas es tener un

agente al que te será fácil echarle las culpas si algo falla.

—Asumiré toda la responsabilidad. Pero nada debe fallar. Y si estoy confiando en ti es debido a que tú primero confiaste en mí —dije, recordando sus comentarios acerca del racismo y la xenofobia que se dejaban sentir en la oficina del sheriff.

El detective se giró y me miró de nuevo a los ojos. La expresión de su rostro había variado por completo: era más decidida.

—Martin se lleva muy bien con la gente del *The Arizona Republic*.

—Soy consciente de ello. No estamos acusando al periódico, ni

siquiera al periodista... sólo vamos a realizar indagaciones.

—Ilegales...

Asentí. Tuve la tentación de levantarme y largarme de allí. A Tom podía meterlo de lleno en aquellos líos porque no quedaría la menor duda de que el responsable último era yo, pero en el caso de García las cosas no estarían tan claras.

—Estamos ante un asesino de niños. Toca ir un paso más lejos de lo habitual —manifesté, como si fuera la primera vez en mi vida que cruzaba el umbral de lo éticamente tolerable.

—Está bien. Lo haré. Tengo la dirección. Sólo voy a necesitar un par

de días para conocer sus horarios y para preparar un plan.

—¿Has hecho alguna vez algo similar? —pregunté, pues ninguno de los dos nos podíamos permitir el lujo de cometer un error fatal.

—Desde luego. Pero con respaldo legal. Esto de lanzarme a la piscina sin saber si hay agua no forma parte de mi carácter.

—Si no hay agua estaré yo para recogerte.

El detective buscó entre los papeles que atestaban su mesa y me tendió algunos folios grapados.

—Tú también vas a tener que cambiar.

—¿Qué es esto? —inquirí, echando un vistazo a los papeles.

—El informe de Young tras su entrevista con Phil Acosta. Quiero que lo leas y que veas la grabación de la entrevista. No te llevará mucho tiempo, pero no vas a escaquearte.

Acepté la propuesta de García. Repasamos no sólo el informe y la grabación, también el expediente de Acosta y algunas pesquisas realizadas por otros compañeros. Invertimos más de una hora, pero el precio merecía la pena.

—No creo que sea él. Me reafirmo en mi primera impresión.

—Está bien —dijo el detective,

satisfecho.

—¿Ya está?

—Sí. Yo tampoco creo que sea él. Me reconforta que estemos de acuerdo. Ahora podemos seguir avanzando.

Lancé una carcajada que restalló en el despacho como si un trueno se hubiese colado por alguna rendija.

—No me extraña nada que hayas llegado tan lejos, a pesar de las dificultades. Eres un tipo listo de verdad.

—No trates de halagarme. Me vas a meter en un atolladero, de modo que este sólo es el primero de unos cuantos favores.

—Me va a salir cara la propuesta.

—No tengas ninguna duda.

—Oliver...

—¿Sí?

—Esto debe quedar entre nosotros.

Sólo entre nosotros.

—No me gusta, Ethan. No me gusta un pelo cómo manejas este asunto, pero haré lo que haga falta con tal de salvar la vida de un niño. Es lo único que ha evitado que rechace tu propuesta, no lo olvides.

Nada más terminar la frase Harris apareció en el despacho. Tenía el aspecto, como yo, de haber pasado una noche de perros.

—Te estaba buscando por todo el edificio y no respondías al teléfono —

me dijo, un poco en tono de regañina.

—Lo siento. Lo dejé en silencio esta madrugada y he olvidado activarlo de nuevo —mentí, pues lo había dejado así a propósito, para poder conversar con García sin interrupciones.

El agente se sentó a mi costado y ladeó la cabeza. Parecía que le suponía un gran esfuerzo mantenerse erguido. Yo, sin embargo, ya me encontraba mejor. El compromiso del detective me había espoleado.

—Gordon se está empleando a fondo. Está usando el nuevo perfil y me ha comentado que es posible que obtenga un listado reducido antes de lo que nos prometió.

—Eso es maravilloso.

—¿Has trabajado esta noche?

Me quedé mirando a mi colega. Se merecía conocer la verdad, aunque fuera sólo en parte. García, Emily y él eran mi equipo en aquella investigación. No podría contar ni con Liz, ni con Mark ni con Tom sobre el terreno, de modo que era ruin tratarles como si estuvieran en otra división, como si ellos no se estuvieran dejando la salud para encontrar al culpable de aquellos crímenes horrendos.

—Sí. En realidad no he dormido nada.

—Yo tampoco, si te sirve de consuelo —dijo Harris, posando su

mano sobre una de mis rodillas.

—Os tengo que poner al tanto de una información relevante que he descubierto.

Mi colega y el detective se quedaron estupefactos, aunque a esas alturas creo que ya podían esperar cualquier cosa de mí. Estaban expectantes y no abrieron el pico, aguardando que continuase.

—Nuestro hombre no arranca los ojos con un destornillador gastado, como indican todos los informes forenses —murmuré.

—¿Qué dices? Será mejor que te expliques —me animó Aiden, nervioso.

—Tiene amplios conocimientos de oftalmología. Se vale de unas tijeras

quirúrgicas o de un escalpelo de precisión para segar los músculos del ojo. Luego utiliza el objeto romo para intentar destruir el rastro de esa labor tan meticulosa y esclarecedora.

—Cómo... ¿Cómo has descubierto eso? —preguntó García, que sabía que yo era psicólogo y que apenas había consultado los informes de los forenses.

—He tenido que pedir a una colega de Quántico que me echase una mano. Si los ojos son un trofeo, como son, no era posible que el sujeto los extirpase de un modo tan violento y tosco. Amplió las fotografías y encontró evidencias del uso de material sofisticado. Nuestro hombre ha tratado de confundirnos, y

casi se sale con la suya —respondí, con calma, aunque sin tener muy claro cómo iban a recibir mi confesión.

—No estás jugando limpio, Ethan. No me gusta un pelo que te comportes así. Sólo que hayas obtenido una información tan valiosa logra calmar mi irritación —declaró Harris, cuyas mejillas estaban rojas como tomates maduros y que no se molestaba en disimular su disgusto.

El detective se tomó unos segundos. Creo que cavilaba acerca de mi persona al tiempo que digería los nuevos datos. Entre ambos existía desde hacía poco un lazo invisible y aún era pronto para romperlo.

—No sé, Ethan, ya veo que las normas no han sido escritas en tu idioma. Me pregunto cómo has llegado tan lejos con un comportamiento semejante.

—Porque mi jefe me lo ha permitido. Está convencido de que puedo salvar vidas. Por lo demás, considera que soy un imbécil al que debería haber echado de la agencia hace mucho tiempo —me sinceré.

El sonido irritante del teléfono móvil de mi colega del FBI llegó para, en un principio, sacarme del atolladero. Pronto la expresión de terror que se dibujó en su rostro me hizo temer lo peor. Apenas asintió y se limitó a

responder con un escueto: “*salimos ya mismo hacia allí*”.

—Acaban de encontrar el cuerpo sin vida de un chiquillo cerca de Tonopah. Por el aspecto del cadáver, el *modus operandi* es el mismo de siempre.

# Capítulo XVI

Yo acompañé a Harris en su vehículo mientras García y Young nos seguían en otro. Mi colega del FBI estaba muy alterado, más que ninguno de los implicados. Mientras recorríamos las poco más de 50 millas que separaban el centro de Phoenix de Tonopah, a través de la Interestatal 10, traté de charlar para apaciguarlo y para

mantener su mente activa.

—Aiden, no me suena Tonopah. ¿Es algún lugar turístico ubicado en el Bosque Nacional de Tonto? Estamos dirigiéndonos hacia el oeste —murmuré, pensando que quizá en su ofuscación se estaba liando.

—No, no... Es una población diminuta. Apenas reside allí un puñado de vecinos. El tipo ha cambiado de estrategia, según parece.

—¿Tampoco está ubicado en el desierto de Sonora?

—Técnicamente sí; es un desierto inmenso, como sabrás, y abarca en realidad todo el condado. Pero es una zona muy alejada de la AZ-85. No

bajaremos hacia el sur, seguiremos un poco más adelante, en dirección a Los Ángeles, para entendernos —respondió Harris, que no apartaba la mirada del centro de la carretera. Estaba rígido y pese a que llevábamos el aire acondicionado del coche a tope gruesas gotas de sudor rodaban desde sus sienes hasta el cuello de su camisa.

La Interestatal 10 de hecho conectaba Phoenix con Los Ángeles. Pero Tonopah quedaba mucho más cerca, y estaba dentro de las lindes del enorme condado de Maricopa.

—Eso es muy extraño —musité, como hablando para mis adentros.

—¿Por qué?

—Porque los asesinos en serie mejoran con cada crimen, pero es poco habitual que se salgan del patrón.

—Pues este ya ves que lo acaba de hacer. No me lo puedo creer, ¡joder!

—Quizá nos enfrentemos a un *copycat*, a un imitador.

—No lo creo. El modus operandi es idéntico. Pronto lo sabremos. Tiene que recrear demasiados detalles, y no hemos sido tan estúpidos como para desvelar excesiva información a la prensa.

Recordé el mail que me había mandado Liz y su descubrimiento acerca de que el asesino intentaba ocultar sus conocimientos de anatomía realizando una chapuza después de haber tratado

con mimo su *trofeo*. También rememoré que ningún medio había informado de que el sujeto que buscábamos, además de los ojos, se llevaba consigo los zapatos de los pequeños. Mi colega tenía razón: los pormenores nos revelarían si era el mismo individuo. Sólo teníamos que esperar ver a la víctima y después aguardar los resultados de la autopsia.

—Sé que no has mantenido una conversación muy larga, pero ir adelantando el trabajo sería ideal...

—¿Qué quieres saber? —inquirió Harris, que no abandonaba su rictus serio y grave.

—El pequeño, ¿cuándo han hallado

su cuerpo?

—Esta mañana. Ha informado un vecino y me han telefoneado a los pocos minutos. Todavía nadie ha tocado nada.

—Perfecto. Y, por ir atando cabos, ¿cuándo desapareció?

—Esto es lo más complicado... parece que ayer mismo. ¿Te das cuenta de lo que eso significa?

No respondí, porque era evidente que me daba cuenta. Aunque nos hallásemos con un *modus operandi* muy similar, nuestro hombre había variado de una manera muy notable su forma de desenvolverse. Y eso en realidad dificultaría mucho nuestro trabajo. Mi colega ya había procesado todas las

variables nada más colgar el teléfono, nada más recibir la fatídica llamada que en breve destrozaría para siempre las vidas de los familiares más próximos y de unos cuantos amigos.

Llegamos a la salida 94 de la Interestatal y nos desviamos hacia el sur. Ya en la avenida 411 dejamos a la derecha un par de estaciones de servicio, una junto a la otra, algo que llamó mi atención.

—Aiden, ¿no me habías dicho que Tonopah es poco menos que una aldea?

—Sí, ya lo estás viendo —respondió Harris, señalando con el mentón hacia algunas casas desperdigadas que se atisbaban a lo lejos.

—En tal caso, ¿qué diablos hacen ahí dos gasolineras?

—Esta es una carretera muy frecuentada en primavera y en verano. Eso que tenemos a la izquierda es un camping, de modo que todo tiene su lógica.

—¿Tienen cámaras?

Mi colega frenó de golpe el vehículo. García, que conducía a poca distancia, estacionó también en el arcén y nos hizo un gesto, como preguntando si ya habíamos llegado. Yo le indiqué con la mano que no y que aguardase.

—No tengo la menor idea. En cuanto terminemos de ver la escena visitaremos esas estaciones de servicio. Espero que

tengamos, por una vez, la suerte de nuestra parte.

Harris arrancó y no recorrimos ni dos millas cuando nos topamos con varios vehículos policiales aparcados junto al lecho seco de un riachuelo, casi a la altura en la que la 411 se cruzaba con la autopista Salome. No era complicado adivinar dónde se hallaba el cuerpo del pequeño: un grupo de agentes habían acordonado un área extensa a la izquierda de la carretera y algunos se agrupaban en un punto en concreto. Habían señalado una especie de recorrido, con el fin de contaminar lo mínimo posible todo el lugar.

Nada más bajarnos del automóvil

García y Young se nos unieron. Estaban más serenos que mi colega del FBI, que seguía sudando sin parar y que mantenía los músculos rígidos, como si estuviera a punto de lanzarse en cualquier momento sobre una presa.

—¿Qué ha sucedido? ¿Por qué os habéis detenido junto al camping? —preguntó el detective, un poco extrañado.

—Ethan ha visto las dos gasolineras y cree que pueden tener cámaras de seguridad. Cuando acabemos aquí vamos a descubrir si está en lo cierto y contamos con algo más que con una quinta víctima.

Los cuatro nos dirigimos hacia el

pequeño corro de agentes que ocultaban la visión del cuerpo sin vida del chiquillo. Nada más llegar cada uno se puso a hablar con alguien: Harris con el policía que había llegado en primer lugar, García con otro detective y Young con el vecino que había dado la voz de alarma, un tipo alto, ya entrado en años, y cuyo rostro lívido mostraba a las claras que estaba consternado y aún en estado de shock.

Mientras todos se ocupan de lo más urgente yo me dirigí a un agente joven que se limitaba a mantener un poco alejados del cadáver al resto de sus compañeros.

—¿Todavía no ha llegado ningún

forense? —pregunté, sin desear molestar ni a Harris, ni a García ni a Young. Mi presencia allí era un hecho anómalo, algo tan poco frecuente que ni siquiera en Quántico, a lo largo de nuestra formación, se molestaban en abordar con profundidad. Lo habitual era que recibiésemos las fotografías y los vídeos de la escena, junto a montañas de informes, pero no estar en el lugar, y menos aún con la víctima presente. Yo me sentía incómodo e inútil.

—Están en camino. Imagino que no tardarán en aparecer. Le ruego que no se aproxime más —me respondió el policía, con educación y casi excesivo respeto. Mi vestimenta, gastaba un caro

traje de chaqueta, y el no conocerme de nada, le llevarían a inferir que yo era alguien de la fiscalía u otro pez gordo relacionado con la justicia.

Me quedé mirando al pequeño. Llevaba puestos unos pantalones blancos y una sudadera amarilla con la serigrafía de un cactus de un verde muy llamativo en el centro; debajo de él podía leerse *Arizona*. Le faltaban los zapatos. Su rostro estaba cubierto por varias capas del film de plástico transparente. Por fortuna desde la distancia a la que me encontraba apenas podía intuir las dos elipses escarlatas, aunque mi imaginación hacía lo posible por completar la estampa. Pese a todo

sentí el pánico y el dolor recorriendo todas mis entrañas, devorando sin piedad los restos de aplomo que aún conservaba. Me quedé clavado, reflexionando en silencio, intentado que la ira no se adueñase de mi mente. Durante varios minutos dejé de oír, como si me hubiera quedado sordo o alguien hubiera bajado al máximo el volumen de aquella película de terror. Porque sólo podía tratarse de eso: de un atroz e inhumano filme que había surgido de la imaginación perturbada de un chiflado.

De súbito Young me tocó el hombro y me devolvió al cauce arenoso que era testigo mudo de la pesadilla.

—¿Estás bien?

—No, lo estoy, Emily. Se supone que vine aquí para evitar esto. Es horrible —respondí, desganado.

—Llevamos casi un año involucrados en el caso. Tú eres psicólogo y no hace falta que te diga que no tenemos la culpa de nada.

—Tenemos una responsabilidad...

—Acabo de charlar con el vecino que descubrió el cadáver —dijo la investigadora, haciendo caso omiso a mi última apreciación—. El campo de cereales de ahí al lado es suyo. Dice que se acercó a los árboles que flanquean el lecho, para descansar a la sombra un rato, y que de inmediato le llamó la

atención el pequeño.

—¿Ha tocado algo?

—No, no... Dio aviso de inmediato a la policía y una patrulla estaba aquí en menos de 10 minutos. Fueron los que dieron la alerta a la oficina del sheriff y al FBI. No tardaron ni medio segundo en relacionar la escena con los cuatro crímenes anteriores.

—¿Te ha servido de algo para estimar a qué hora pudieron dejar el cadáver?

—Sí. Comenta que ayer por la tarde estuvo por aquí mismo y que no había nada. Se hubiera dado cuenta. De todos modos nos va a tener que acompañar a Phoenix y allí podremos realizarle más

preguntas.

—No es un imitador... —murmuré, echando un rápido vistazo al cuerpo del pequeño.

—¡Claro que no! Es el mismo tipo de siempre, ¿acaso lo dudabas?

—Cuando venía de camino con Aiden lo he sugerido. El cambio de patrón es muy extraño, pero está claro que se trata del monstruo que perseguimos.

—Te refieres a que ha abandonado la 87 y la 85, ¿no?

—Sí —respondí, girando la cabeza y vislumbrado la 411. Desde aquella hondonada era imposible atisbar la autopista—. Es una variación del

comportamiento bastante singular. Tiene que haber un motivo y me estoy volviendo loco intentando descifrarlo.

—Será mejor que nos demos un tiempo. Ahora mismo es precipitado sacar conclusiones. Además, nos van a echar de la zona en minutos. Esos que ves aparcando allí son el equipo de CSR. Siempre nos cae una bronca.

—¿CSR? —pregunté, desconcertado.

—Bueno, llámalos CSI. Aquí tenemos nuestras propias unidades. Los de la científica.

Young me arrastró del brazo hasta los árboles que cercaban el cauce seco del río. Desde allí observamos a los

forenses realizar los primeros pasos de su trabajo: despejar la zona, sacar las primeras fotografías, marcar huellas e indicios sobre el terreno... Como no pintaba nada allí me fui en busca de Harris, que seguía agobiado y tenso, mientras debatía con un par de agentes.

—Aiden, ¿estás muy ocupado?

—Claro que estoy ocupado. No pienso parar hasta que no quede un rayo de sol.

—Quiero ir a las gasolineras. ¿Me acompañas o me prestas el coche?

Apenas terminé la pregunta él se despidió de los policías y salió disparado en busca de su vehículo. Con el trasiego y la emoción había olvidado

que teníamos la posibilidad de tener unas grabaciones claves para la resolución del caso.

—Te ruego me disculpes. Estoy un poco superado por los acontecimientos. Hace meses que deberíamos haber pillado a este miserable y creo que voy a estallar en cualquier momento. Es de los peores días de toda mi carrera.

—Tranquilo, Aiden. Yo no me encuentro mucho mejor que tú. Pero sigamos haciendo nuestro trabajo.

Las dos gasolineras estaban pegadas una a la otra. Por lo visto no entraban en competencia porque en determinadas épocas había negocio de sobra para ambas y resultaban más que rentables; y

el resto del año los camioneros que recorrían la Interestatal 10 eran clientela fija. Una pertenecía a Shell y la otra a Mobil. La primera contaba con un Subway y una tienda Mini Mart y la segunda con un B&B Express.

—Puede que la fortuna nos sonría — musitó Harris, señalando un par de cámaras ubicadas en lo alto de un poste.

Preguntamos primero en la Mobil. Nos dijeron que sí contaban con cámaras de seguridad, pero que estaban dirigidas hacia la estación de servicio y hacia la entrada del B&B Express. Solicitamos una copia de las grabaciones de las últimas 24 horas, aunque tanto mi colega como yo

sabíamos que era más que improbable que el asesino se hubiese detenido a repostar a sólo un par de millas del lugar en el que poco después dejaría el cuerpo de su víctima.

Sin perder ni un minuto en disquisiciones nos dirigimos a la Shell. Allí tuvimos más suerte. En realidad las cámaras vigilaban igualmente la gasolinera y la entrada del Subway y del Mini Mart, pero una de ellas, colocada en diagonal, recogía un trecho de la 411. Nos mostraron una grabación de aquella misma mañana y pudimos comprobar con nuestros propios ojos que al menos podíamos contar con algún indicio, aunque fuera mínimo. Solicitamos

también los registros de las últimas 24 horas.

Nada más salir de nuevo a inspeccionar el terreno noté que Harris no estaba del todo satisfecho. Miraba hacia todas partes, como si buscara algo invisible para el resto de los mortales.

—¿Qué te pasa?

—Hemos dado por hecho que ese tipo usó la Interestatal 10 y después la 411 para llegar hasta el lecho del río, porque es lo más lógico. Pero quizá conoce bien la zona. Nadie nos garantiza que no utilizó la autopista Salome. Tendremos que revisar las cámaras, y el tránsito por allí no es el de esta carretera secundaria.

Antes de que pudiese responder el zumbido de mi celular me obligó a postergar la cuestión. Era Tom el que me llamaba.

—¿Cómo anda todo por ahí, Jefe?

—Ya echaba de menos tu voz. No sé cómo has tenido ganas de telefonarme.

—Me ha dicho un pajarito que quizá necesites un cable. Y yo soy un electricista de primera, ya me conoces.

Tom, mi adorado Tom, mi detestable Tom... Un agente imprescindible en una investigación; la persona que era capaz de ver y de llegar a los lugares más insospechados. Fiel y testarudo, sagaz y socarrón, sincero y despreocupado. Lo necesitaba más que el aire para

sobrevivir.

—Esta vez creo que no va a ser posible. Wharton me tiene atado y bien atado. Y alucinarías con la oficina del sheriff de Maricopa. Busca fotos en internet. Te vas a quedar sin habla.

—Me da igual. Sé que estás en apuros y que esos pequeños puede que necesiten a un agente de mi estilo.

Tom, con lo de un agente de *su estilo*, se refería a alguien dispuesto a saltarse algunas normas con tal de dar con el asesino. Tenía más escrúpulos que yo, pero no muchos más. Pensé en García y en la oferta que le había realizado para colaborar conmigo.

—Tienes trabajo allí. No voy a

permitir que te juegues el cuello, una vez más, por un memo como yo.

—También cuento con días libres. Nadie me impide ir a visitar a la buena de mi tía abuela Francis, que da la casualidad de que reside muy cerca de Phoenix. La echo mucho de menos últimamente.

—Eres increíble, Tom —murmuré, emocionado.

—No te pongas ñoño, que sabes que no me gusta. Tengo delante la agenda, sólo hace falta que me señales día y hora y me presento allí.

Había cien cosas que me separaban de Tom, pero había mil que me obligaban a admirarlo y a quererlo tal y

como era. Una de las más importantes era aquella. También que en Nebraska, aunque al final la cosa no fuera para tanto, había estado a punto de salvarme la vida. El bueno de Tom.

—Haremos una cosa. Si esto se sigue poniendo feo, y de momento no paran de apelmazarse nubes negras sobre nuestras cabezas, haré uso del *comodín*. Entretanto, mejor dejamos las cosas estar. Te agradezco mucho la llamada. No hay nadie como tú en todo el jodido país.

—Me tomaré la última frase como un elogio —dijo Tom, partiéndose de la risa. Después el tono de su voz volvió a sonar sobrio—. De todos modos no

dudes en llamarme.

Mientras me despedía de mi colega de Quántico había observado que Harris caminaba de un lado para otro, reflexivo, turbado, bisbiseando, como si un fantasma le acompañase a todas partes y estuviera comentando con él sus disquisiciones.

—Disculpa, era un agente de Washington. ¿Sigues pensando en lo de las carreteras y las cámaras?

Aiden se me quedó mirando sorprendido, como si yo acabase de irrumpir en mitad del parking de la estación de servicio de la nada.

—No, no, Ethan. Eso ya lo resolveremos en unas horas. Estaba

pensando en la discusión que mantuvimos en el edificio del *Major Crimes Division*, ¿recuerdas?

—Sí, claro, de una manera vaga. No tuvo importancia —respondí, intentado que aquello no supusiese un obstáculo en un momento tan delicado.

—Te estás confundiendo. Lo que quiero decir es que tienes vía libre con Gordon. Cuentas con todo mi apoyo desde ya mismo. Haz lo que tengas que hacer, pero ayúdanos a pillar a este cabrón lo antes posible. No quiero ver el cadáver de un solo niño más, ¿me comprendes? A la mierda las reglas. Si conoces algún atajo, no pierdas ni un instante en hacer uso de él. Ya

encajaremos más tarde las piezas.

## Capítulo XVII

Aquella fue una tarde/noche larga. Yo estaba derrotado y sólo varios cafés lograron mantenerme alerta, aunque mis músculos me recordaban de manera continua que todo mi cuerpo precisaba descansar. No creo que el resto de agentes se hallase en mucho mejor estado.

No tardaron nada en localizar a la

familia del pequeño, pues habían denunciado su desaparición al mediodía, aunque le habían perdido la pista después de la hora de comer del día anterior. Pero no era extraño que se quedase a dormir en casa de algún amigo sin avisar, de modo que por eso no se habían preocupado mucho. Residía en un modesto barrio a las afueras de Phoenix y se encontró su bicicleta tirada en una acera, justo enfrente de un solar abandonado que solía ser ocupado por traficantes y drogadictos por las noches. Uno de ellos declaró a un par de agentes que le pareció que el chico se montaba en una furgoneta color rojo, o anaranjado, o quizás granate. Aquello

podía ser un punto de partida o no ser absolutamente nada.

Los forenses nos indicaron que el chiquillo había perdido la vida entre las 23:00 del día anterior y las 04:00 de aquel mismo día. Era una aproximación, y necesitarían más tiempo para concretar.

—Demasiados cambios en el patrón. La forma de secuestrar a la víctima, el espacio temporal, el lugar en el que abandonó el cadáver... —musité, mientras repasaba las decenas de anotaciones que había realizado en uno de mis cuadernos.

—¿Crees que es otro individuo? —inquirió Harris, que apenas podía

mantenerse en pie pero que trazaba hipótesis sobre una pizarra.

—En absoluto, es él. No me hace falta esperar a la autopsia. Pero por alguna razón se ha comportado de un modo distinto. Un estresor repentino o un intento desesperado por despistarnos, no tengo la menor idea. Algo ha tenido que suceder en su vida.

—¿Te has puesto en contacto con Gordon?

En la sala también se encontraban Young y García. De cuando en cuando el sheriff entraba y nos daba ánimos al mismo tiempo que nos apremiaba. Estaba más afectado que nadie en toda la oficina. La investigadora dio un leve

respingo al escuchar el nombre del analista.

—¿Stuart? ¿Qué sucede con él?

—Lo siento Emily, todo ha sucedido muy deprisa. Le he llamado para comentarle que se emplee a fondo, que no tenga miramientos —contesté, con tacto. De paso también respondía a mi colega del FBI.

—¿Qué narices significa eso?

—Redes sociales, foros, bases de datos públicas o privadas... Lo que haga falta.

—No podremos emplearlo en ningún juicio. Es una estupidez.

—Podremos usarlo aquí —manifestó Harris—. Luego nos tocará que todo

tenga el debido respaldo legal.

—No me gusta nada. Jamás he trabajado así.

—¿Te habías enfrentado antes a un asesino de niños?

—No, pero sí a otros degenerados. Me siento orgullosa de ser mejor que ellos. De ceñirme a las reglas del sistema.

Un agente irrumpió en la sala justo cuando el ambiente se estaba caldeando. Yo respiré aliviado. Estaba arrastrando a toda aquella gente conmigo hacia los abismos.

—Tenemos tres furgonetas de tonos rojizos que pasan por delante de la gasolinera Shell entre las 08:00 y las

10:00. Estarían dentro del marco temporal. Son las únicas, y resulta de momento imposible identificar las matrículas. Al menos hemos sido capaces de descubrir los modelos y los informáticos están trabajando para mejorar la nitidez de las imágenes.

Harris y Young salieron disparados detrás del agente, pero cuando yo me disponía a imitarlos sentí que la fuerte mano de García me sujetaba.

—¿Qué pasa?

—Puede que esa pista no conduzca a ninguna parte, pero a lo mejor es la clave de todo. Acosta no tiene ninguna furgoneta. Posee un destartalado Ford Focus negro del 2010.

—Genial. Un tanto más a mi favor. Puedo seguir manteniéndolo fuera de mi lista de sospechosos. Ahora me encantaría ir a ver las grabaciones.

—Déjame terminar. Necesito todo tu apoyo antes de meterme en un buen lío. Sólo quiero que me confirmes que estarás de mi lado si algo sale mal.

El detective me seguía sujetando del brazo. Casi juraría que me apretaba con más fuerza, como si le fuese la vida en ello. No comprendía nada. Estaba ofuscado con la posibilidad de ver el vehículo del asesino y consideraba que en aquella sala sólo perdía un tiempo precioso.

—Claro que estaré de tu lado. No

comprendo a qué diablos viene ahora todo este numerito. Nos están esperando y hay unas grabaciones que quizá sean trascendentales, ¿comprendes?

Intenté zafarme de García, pero me resultó imposible. El detective me seguía mirando a los ojos con fijeza, como si sólo aquello ya debiera revelarme qué pasaba por su imaginación.

—Lo he entendido de inmediato. Al instante.

Por fin se hizo la luz en mi cerebro y pasé de golpe de las tinieblas a la claridad, como si el mismo Sol acabase de alumbrar todas mis torpes neuronas.

—¿Hay algún sospechoso que tiene

una furgoneta colorada? —pregunté, temblando de emoción.

El detective asintió y por fin me liberó. Aspiró profundamente y después pudo contestar.

—Michael Scott.

## Capítulo XVIII

Dormí seis horas seguidas. Sólo la alarma insistente de mi Smartphone logró arrancar a mi mente del estado casi vegetativo en el que se había sumido. Podría haber estado en la cama dos días más y aún no hubiera descansado lo suficiente.

Aquella mañana habíamos dispuesto que nos repartiríamos el trabajo: el

sheriff coordinaría desde la oficina a los equipos con los que yo no estaba involucrado, Harris estudiaría las posibles cámaras a lo largo de la Interestatal 10 y de la autopista Salome —pensábamos que podía haber ido por una y regresado por la otra— y apremiaría a los forenses para obtener un informe lo antes posible, Young y yo acudiríamos al *Major Crimes Division* para ver qué había logrado Gordon con sus habilidades como analista y García, por su parte, se había inventado una excusa, pero en realidad iría a inspeccionar discretamente el apartamento de Michael Scott.

La investigadora pasó a recogerme

por mi hotel. Tenía un aspecto impecable, como si el agotamiento físico y mental no hicieran mella en su cuerpo.

—¿Listo para un día importante?

—Eso espero, Emily; eso deseo con toda el alma.

Cuando llegamos al *Major Crimes Division* Gordon nos informó de que se había pasado trabajando sin descanso desde que le dimos el aviso.

—Ethan tenía razón. Ninguno de los sospechosos de la lista inicial cuadra con el perfil. De modo que he trabajado con total libertad y he generado una nueva lista, basándome en los datos que me facilitó en su día y en la posibilidad

de que tenga registrada una furgoneta a su nombre. Dispongo de 72 nombres. No todos cumplen los requisitos al 100%, pero casi.

—Sólo 72, ¡eso es increíble! — exclamó Young.

—Bueno, es que me he limitado al área que señaló Ethan. Puedo ampliar el radio y seguro que se disparará el listado.

—No, de momento está bien así. ¿Te suena algún nombre? —pregunté, mientras recibía de manos del analista un detallado informe con los 72 sospechosos y las razones que los vinculaban con el perfil que yo había elaborado.

—Sí. Sólo uno.

—¿De quién se trata? —inquirió

Young, nerviosa.

—Alexander Hill.

Me quedé petrificado. No recordaba haber oído aquel nombre en todo el tiempo que llevaba en Arizona y sin embargo Gordon lo había pronunciado como si fuera casi natural que estuviese en aquella lista.

—No es posible... —murmuró, cabizbaja, la investigadora.

—Tiene una furgoneta color granate. Colabora con los Scouts. Tiene un pase del Bosque Nacional de Tonto, del que ha subido decenas de fotos a Facebook. Vive enfrente del parque donde

desapareció la primera víctima, en Alta Vista Road, ¡la misma calle! Sólo me falla el tema de la edad, pues es demasiado joven, y los conocimientos de oftalmología.

—Sí, Hill tiene sólo 25 años, si no recuerdo mal.

—Por favor —intervine, desesperado—, ¿me podéis decir quién diablos es ese tipo?

—Es el amigo mayor con el que Timmy jugaba al fútbol americano. El señor Nelson lo descartó desde un principio. Pese a todo un par de agentes fueron a interrogarlo. Tenía una coartada más o menos sólida y después nos olvidamos de él —contestó Young,

abatida.

—¿Os olvidasteis de él?

—No me fastidies ahora, Ethan.

Tampoco encaja del todo con tu perfil. No contaba con antecedentes, es un buen chico, con un empleo estable y con una reputación intachable en la comunidad. Había cientos de sospechosos por delante.

Emily tenía parte de razón. Yo mismo no le había prestado demasiada atención cuando el señor Nelson nos había hablado de él en la entrevista que mantuvimos en su casa. Ahora tocaba profundizar en la vida de aquel joven y descubrir si era un lobo con piel de cordero.

—Será mejor que nos calmemos. Y que tomemos decisiones. Voy a telefonar a Harris avisándole de que Stuart le va a hacer llegar un listado con los 72 nombres, para que la oficina del FBI los estudie en profundidad. Él sabrá manejar la situación con la debida reserva. Entretanto, tú y yo —dije, señalando con el mentón a la investigadora— salimos ya mismo hacia la casa de Hill. No deseo que perdamos ni un segundo.

—Está bien. Es una idea arriesgada pero no perdemos nada —musitó Young.

—Yo quedo a las órdenes de Harris, por lo que pueda necesitar —dijo Gordon, encogiéndose de brazos.

Miré al analista y percibí que estaba incluso más agotado que la investigadora y que yo mismo.

—Sí, pero no estaría mal que buscaras una silla cómoda para echar una cabezada. Te pones el móvil al máximo volumen y si alguien te necesita al menos habrás descansado un rato.

Estaba excitado, como si ya pudiese acariciar con la yema de mis dedos la resolución del caso. Cada investigación es un mundo, y el camino que conduce hasta la verdad podía ser tan doloroso como en Kansas, tan científico como en Detroit o tan estrambótico como en Nebraska. Pero mi instinto me indicaba que fuese cualquiera que fuese ese

itinerario ya estaba cercano a su fin. Y eso me provocaba ansiedad, como alguien que ha caído en las profundidades del océano, necesita respirar y ya intuye que le falta poco para llegar a la superficie.

—Acepto la propuesta. No creo que pueda resistir mucho más sin dormir un poco —manifestó el analista, sonriendo.

Mi celular vibró con fuerza en mi chaqueta y al sacarlo descubrí que era García.

—¿Ethan?

—Sí, dime Oliver, te escucho —respondí, pensando que quizá estuviese cometiendo la torpeza de llamarme desde la vivienda del periodista. No

pude evitar recordar a Tom.

—Acabo de salir del apartamento de Scott. Creo que he realizado un buen trabajo y no se dará cuenta de que he estado husmeando.

—¿Alguna conclusión?

—A ese chaval le falta un tornillo, o mejor un millón. Te vas a caer de espaldas cuando te muestre las fotos. Si no es el asesino, se le tiene que parecer mucho.

# Capítulo XIX

Así son las investigaciones y así de singular es, en ocasiones, la vida de un agente. Pasamos de la nada al todo en un instante. Sin los incontables esfuerzos anteriores es imposible llegar a ese punto, pero cuando se alcanza no es extraño que a uno lo embargue la perplejidad. En aquel momento contaba con 72 nombres y con dos sospechosos

que encajaban en gran medida con el perfil. Para desquiciarse. Pero yo debía mantener la templanza y tomar una decisión rápido, y arrastrado por las malas vibraciones que el periodista me había causado desde que lo conociera y por la curiosidad le dije a Young que nuestra visita a Alexander Hill tenía que ser postergada.

—No lo comprendo, hace sólo unos segundos querías ir a verlo de inmediato.

—Pero ha surgido otra vía.

—¿De qué estás hablando?

—Es largo de explicar. Me ha telefonado Oliver. Necesito ir ya mismo a la oficina del sheriff.

La investigadora agachó la cabeza, resignada. No le había sido simpático en ningún momento, pero consideré que ya empezaba a detestarme.

—¿Todos los que salís de Quántico sois iguales?

—No, yo soy el más cretino con diferencia —respondí, sin sarcasmo.

—Me alegra que lo reconozcas.

Young y yo nos plantamos en la oficina del sheriff y quedamos en que ella me esperaría en su despacho hasta que hubiese finalizado mi encuentro con García. Asumió la situación a regañadientes; para ella dar caza al asesino estaba por encima de mis excentricidades, por mucho que las

aborreciese.

Llegué casi corriendo por los pasillos hasta el despacho del detective, que estaba volcado sobre su ordenador, tecleando de un modo frenético.

—¿Qué tienes? —pregunté, con el pulso a mil.

García me miró, sorprendido, y después me invitó a situarme a su lado con un gesto. Estaba ordenando las fotografías que había tomado del apartamento de Scott para elaborar un informe.

—Tiene una habitación que yo diría que es como la cámara de los horrores, ¿sabes?

—No, no me hago una idea. Estoy

deseando que me expliques todo con detalle.

Mi sugerencia fue un error, pues el detective se dedicó un rato a relatarme lo complicado que había sido entrar en el apartamento sin que nadie le viese, forzar la cerradura con cuidado y deambular por toda la casa sin dejar ningún rastro. Por suerte no se había cruzado con nadie tampoco al salir, y esperaba que no hubiera cámaras de seguridad en el edificio. Por lo que él había observado carecía de las mismas.

—Lo he pasado realmente mal. No pienso volver a hacer algo semejante sin una orden judicial.

—Claro. Esto ha sido una cosa

excepcional. Has hecho un gran trabajo —repliqué, animándole a continuar.

Al fin García me fue mostrando las instantáneas de aquella singular estancia. El periodista se había dedicado a acumular información del caso, a dibujar globos oculares y cavidades orbitarias, a sacar fotografías de los parques en los que habían sido secuestradas las víctimas y de otros que estaban apartados o eran poco frecuentados. Tenía un mapa con los lugares de los raptos y los sitios en los que habían sido hallados los cuerpos marcados. Pero también había otros puntos señalados y tanto el detective como yo pensamos que podía tratarse de

futuros objetivos. Era sobrecogedor.

—Ahora viene lo más curioso.

—¿Curioso? —pregunté, cuando ya creía que había llegado al límite de mi capacidad de asombro.

—Sí. ¿Recuerdas la carta de la que me hablaste?

—La del asesino, la que tiene plastificada y que se supone que le mandaron a su trabajo...

—Exacto. Pues mira esto.

En la pantalla pude ver primero la misiva que Scott me había enseñado. Pero junto a ella había varias copias, con diferentes letras y tintas. El texto era similar, aunque cada carta presentaba leves variaciones.

—¡Lo sabía! —exclamé, golpeando la mesa.

—Con todo esto no tendremos problema en obtener una orden de detención y de registro —manifestó el detective, satisfecho.

—Es imposible. Parece mentira que lo hayas olvidado tan pronto.

García me miró y en sus ojos pude ver que acababa de recordar que todo aquello no valía para nada, y que lo habíamos obtenido de un modo ilegal.

—Entonces, ¿qué se supone que vamos a hacer?

—Lo voy a citar aquí mismo. Tú me acompañarás. Mientras intenta que alguien investigue las coartadas de este

tipo para cada uno de los días.

—¿Las coartadas? Jamás ha estado en la lista de sospechosos.

—Lo sé. No quiero que metamos la pata. En su periódico nos podrán decir si estaba de viaje, o en la redacción, o cualquier cosa que pudiera exculparle. Tengamos atados los cabos.

—Pero, Ethan, ¿a qué te vas a aferrar para hacerlo venir y meterlo en una sala de interrogatorios?

Mientras me desplazaba con Young del *Major Crimes Division* hasta la oficina del sheriff ya le había estado dando vueltas al asunto.

—Le voy a decir que acepto su propuesta de concederle una exclusiva.

Sólo tiene que traerme la maldita carta, nada más. Una vez lo tengamos aquí le planteamos una encerrona.

—Espero que nos salga bien la jugada.

—Si es el culpable, no tardará en venirse abajo. Te lo garantizo.

El teléfono de la mesa del despacho de García sonó con fuerza. Ambos nos asustamos, pues estábamos emocionados y concentrados. Era Harris.

—Se confirma lo de la furgoneta roja o granate.

—¿Cómo es eso? —inquirí, anhelante.

—Al menos cinco testigos han reconocido haber visto una furgoneta de

esas características en las inmediaciones de dos de los parques momentos antes del secuestro de ambas víctimas.

## Capítulo XX

Harris me informó que él y su equipo estaban estudiando uno a uno el listado de 72 nombres que Gordon les había remitido. Le contrariaba que hubiese dado tan poco margen al analista, sobre todo en lo referente al área de Phoenix en la que se suponía que el asesino tenía su residencia. Pese a todo confiaba en mí y estaba dispuesto a

arriesgar todas sus fichas al mismo número que un individuo que en Detroit había sido capaz de crear un perfil con un grado de certeza superior al 90%. Esa era una baza a mi favor que en aquellos primeros años de desempeño me libró de ser despedido en algunas ocasiones o sumó adeptos, poco convencidos, a mis teorías atípicas en otras.

Michael Scott apenas tardó media hora en plantarse en la recepción de la oficina del sheriff de Maricopa. García y yo fuimos a recogerle y le llevamos hasta una sala de interrogatorios, donde sería grabada la conversación. Fue nada más tomar asiento cuando el periodista

mostró su disconformidad y sospechó que aquello no iba según lo había imaginado.

—Un momento. ¿Qué hacemos aquí? Ethan, se supone que esta es una charla privada.

—Lo siento, Michael, yo fijo las reglas. Necesito un testigo y el detective García es de absoluta confianza. Si deseas esa exclusiva deberás acatar mis normas.

Scott lanzó una especie de bufido y se cruzó de brazos. Llevaba la bandolera de cuero que solía acompañarle a todas partes. Intenté no fijar la mirada en ella.

—Está bien. Pero antes de continuar

necesito una muestra de buena voluntad... Un adelanto.

—Hemos logrado estrechar el cerco. Tenemos a dos sospechosos que se aproximan mucho al perfil que hemos creado del asesino. También tenemos alguna grabación que puede ser clave para la resolución del caso. De momento ya sabes más que ningún otro reportero en todo el país —manifesté, sin decir ni una sola mentira.

—¿Tendré acceso a parte de las grabaciones o a algún material clasificado?

Le hice un gesto a García. Ya habíamos previsto que esa pregunta sería formulada y le tocaba a él

responder, para entrar en acción y participar en la mascarada.

—Eso depende...

—¿Y de qué narices depende?

—De tu aportación. Chaval, no creas que vamos a ser tan ingenuos.

El periodista comprendió la indirecta y sacó de su bandolera la misiva plastificada. Se la entregó a mi compañero.

—Ahí tienes. Podéis fotocopiarla, pero la necesito de vuelta.

—¿Cuentas con algo más?

—Los parques. Los he estudiado. Creo que sé en qué parques puede secuestrar a otros niños. Sigue un patrón muy concreto. No soy adivino, pero si

me dais un mapa os señalaré tres o cuatro.

—Te lo has currado... —murmuró García, irónico.

—Llevo mucho tiempo trabajando en el caso. Es la oportunidad de mi vida. Puedo demostrar que soy tan bueno como cualquiera. Tan bueno como Clarice Brown —replicó Scott, lanzándome un golpe bajo. Lo encajé sin pestañear.

—Michael... —musitó con calma el detective, mientras agitaba el folio en el aire—. Tenemos un problema.

—¿Qué problema?

—Esta carta... la has escrito tú. Es tu letra. Te has esforzado, pero sabemos

que es tu letra. Y eso te pone en una situación bastante comprometida.

El reportero no pudo disimular su asombro. Toda la comunicación no verbal que nos facilitaba su cuerpo nos indicaba que habíamos dado en el centro de la diana.

—¡Joder! ¿Para qué me habéis llamado? —inquirió, mirando hacia el cristal tintado que había justo a nuestra espalda.

—Sólo necesitamos saber qué te motivó a escribir toda esa basura — dije, como si en realidad no estuviese metido en problemas, como si yo fuera un amigo comprensivo. A partir de aquel instante podía solicitar la presencia de

un abogado y todo habría terminado.

—¡Mierda! Quería que colaborases conmigo. Había investigado y sabía que lo habías hecho con la CBS. Ya te lo dije: no todos los días uno se topa con un agente especial enviado desde Washington. Pensé que sería una buena idea, pero la cagué.

—¿Tienes una furgoneta roja? — preguntó García, como lanzando una pelota de béisbol a toda velocidad contra el cuerpo.

Scott agitó la cabeza, confundido. Puso ambas manos sobre la mesa y después las unió, como si fuese a rezar allí mismo.

—No entiendo nada. Sí, sí que la

tengo. Me la regaló mi padre. No sé a cuento de qué viene esa pregunta.

—¿Te importaría dejarnos analizarla?

—¡Cómo! ¿Soy sospechoso de algo? ¡Joder, sólo he escrito un puñado de palabras, nada más!

—Vamos a necesitar que nos indiques qué hacías exactamente los días en los que los cinco pequeños fueron secuestrados —murmuré.

El reportero golpeó varias veces la mesa, desesperado. Había comenzado a sudar y los párpados le temblaban.

—¿No tendría que estar aquí un abogado?

—Lo que tú decidas, Michael —

respondió García, encogiéndose de hombros—. Lo ideal sería que colaborases y acabásemos con esto lo antes posible. Sólo queremos tacharte de la lista, nada más. ¿Nos dejarás echar un vistazo a la furgoneta?

Scott asintió. Rebuscó en los bolsillos de su pantalón y dejó sobre la mesa las llaves de un vehículo.

—Está aparcada ahí mismo, en el parking de al lado de la oficina.

El detective recogió las llaves de inmediato y se incorporó, sin perder un segundo.

—Bien hecho, chaval. Vamos a echar una primera ojeada.

García se fue en busca de Young. Ya

había fijado que si el periodista colaboraba ambos se encargarían de la furgoneta mientras yo continuaba con el interrogatorio.

—Michael, ya estamos los dos solos. Sería bueno que me contases qué te obligó a hacer eso a los pequeños. Tarde o temprano lo descubriré, pero si me lo dices tú nos ahorraremos mucho tiempo. Y estarás en una mejor situación en el juicio. Sé que eres espabilado, de modo que no cometas una estupidez.

—Estáis chiflados. Y yo que te tenía por un genio. Estás completamente ido. No tengo ninguna relación con esos asesinatos horribles.

—Y la carta...

—Ya te lo he dicho, Ethan. Necesitaba una baza para negociar contigo. No soy tan listo, ya lo ves. Cometí un error fatal, lo admito. Pero eso es algo muy distinto a matar a unos chiquillos.

—Ya, entiendo. Pero cuando leí la carta hubo un párrafo que me llamó mucho la atención.

—¿De qué estás hablando?

—Te leo —dije, mientras buscaba en la misiva las frases que me habían intrigado en su día— tus propias palabras: *“Los ojos representan el alma. A través de los ojos puedo poseer la vida de esos niños y hacerla mía. No podrán detenerme, porque si me*

*detienen me extinguiré”.*

—Fue lo primero que me vino a la cabeza.

Recordé las fotografías que García había tomado en la vivienda del reportero, en especial de las de la *cámara de los horrores*, tal y como me la había descrito con bastante tino.

—Si nos vamos a tu apartamento ahora mismo, ¿crees que no me llevaré ninguna sorpresa?

La pregunta conllevaba un alto grado de riesgo. Podía sospechar que ya habíamos estado allí, podía cerrarse en banda o podía, incluso, levantarse y pedir de una vez la asistencia legal de un abogado.

—Puede que malinterpretases alguna cosa. Llevo mucho tiempo enfrascado en este asunto. Todo puede confundir cuando has trabajado duro para dar con un asesino —respondió Scott, muy lúcido.

—Este párrafo es muy curioso, porque creo que el tipo que buscamos es justo lo que piensa. Yo soy psicólogo y agente de la Unidad de Análisis de Conducta, pero tú no. Resulta cuando menos llamativo que los dos hayamos llegado a la misma conclusión.

—Estuve repasando casos similares. Asesinos que mutilan a sus víctimas o que se centran en los ojos o en otras partes del cuerpo, como el corazón.

Encontré una declaración de un tarado que se llevaba los corazones y que en una entrevista, antes de ser ejecutado, había declarado algo similar. Pensé que daría sentido a la carta.

Me quedé mirando fijamente a los ojos del periodista. Fueron cinco largos minutos de absoluto silencio. Aguantó, pero no paraba de sudar y de pestañear. De vez en cuando también cambiaba de posición o movía las manos. Yo, poco a poco, me desinflaba.

—¿Recuerdas el caso? —inquirí al fin.

—Ahora mismo no. Pero lo tengo guardado en mi ordenador. Si vamos a mi apartamento te puedo mostrar que no

estoy mintiendo.

—Entonces, ¿no tienes inconveniente en que vayamos García, Young y yo a echar un vistazo a tu vivienda?

Scott, que había comenzado a sollozar, afirmó varias veces con la cabeza. Antes de responder estiró los brazos y colocó las palmas de sus manos boca arriba sobre la mesa, muy cerca de las mías.

—Sé que podría solicitar la ayuda de un letrado. Sé que podría negarme a todo y alargar este asunto. Pero eso es lo que hace alguien que se siente culpable. Y yo, Ethan, soy inocente.

Era la mejor respuesta del mundo. La contestación de alguien que, en

efecto, no está vinculado en modo alguno con los crímenes. Y eso suponía un serio revés.

# Capítulo XXI

Trabajamos a destajo, nos empleamos a fondo en una carrera contrarreloj en la que la vida de otro pequeño estaba en juego. Por desgracia en la furgoneta del periodista, en una primera inspección, no había nada reseñable. Y tampoco es que estuviera limpia, algo que hubiera levantado nuestras sospechas; sencillamente estaba

sucia por el uso habitual y cotidiano.

Mientras García, Young y yo nos íbamos con Scott a inspeccionar su vivienda otros agentes se dedicaban a confirmar las coartadas del reportero. Había hecho un poco de memoria y contaba con algunos testigos para un par de días. Sólo eso sería suficiente para descartarlo, por el momento. Estaba colaborando y las respuestas en la entrevista me habían dejado sumido en un mar de dudas. Se esfumaba la posibilidad de tener pillado al asesino.

Scott no tuvo problemas en mostrarnos su pequeña *cámara de los horrores* y en ir explicando cada una de las cosas que había en ella. Según sus

propias palabras había intentado meterse en la mente del homicida para anticiparse, incluso para localizarlo y realizarle una entrevista. Un disparate propio de un pipiolo, pero no de un criminal.

Sobre una mesa descansaban los dibujos y las diferentes misivas, con las que había ensayado antes de llegar a la que dio por buena y más tarde plastificó en la redacción. Nos contó que le había pedido a un amigo que fuese un poco disfrazado —usó una gorra, unas gafas de sol y una barba postiza— hasta el edificio de Republic Media y que entregase el sobre a su atención. Pudimos localizar al tipo y corroboró la

versión del periodista.

Mientras estábamos figoneando por la casa García recibió una llamada de la oficina del sheriff: nada menos que tres testigos estaban dispuestos a dejar por escrito que Scott había estado con ellos en una de las fechas en las que había sido secuestrada una de las víctimas. La pirámide de naipes se estaba desmoronando, y seguro que sólo era cuestión de tiempo que ni una sola prueba inculpase al periodista. Sólo era un infeliz que por su ambición desmedida y por su mala cabeza nos había confundido. Sobre todo a mí.

—Michael, eres un estúpido —le espeté, mientras le agitaba por el

hombro.

—Lo sé. He aprendido una lección. Tengo un susto de muerte, te lo aseguro. Estaba cegado por la oportunidad.

—No soy mucho mejor que tú, pero has puesto en riesgo una investigación con tus majaderías y nos has hecho perder un tiempo que no tenemos.

García pensaba que no podíamos largarnos y dejar a Scott libre sin más, pero yo le convencí de que ya ajustaríamos cuentas con él.

—No lo entiendes, Ethan. No se trata de ajustar cuentas, se trata de que sigo pensando que puede ser el asesino. Le vamos a dar la oportunidad de destruir pruebas o de fugarse a México.

—No lo hará —dijo la investigadora.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque estoy con Ethan. Este desgraciado no es nuestro hombre. Sólo es un pobre diablo que perseguía colgarse una medalla a toda costa. Oliver, no es él, no te quepa la menor duda.

Regresamos a la oficina del sheriff confundidos y sin ánimos. Una vez allí nos reunimos en el despacho de Young y nos organizamos. Nos habían sacudido en todo el mentón, habíamos caído sobre la lona y ahora tocaba levantarse rápido antes de que la cuenta atrás terminase. No cabía otra alternativa.

—Debemos pasar al plan B, ese que dejamos aparcado —murmuró Emily, señalando una casa ubicada justo enfrente del parque *El Reposo*.

—¿Qué plan B? —inquirió el detective, sin comprender a qué se refería su compañera.

—Toca ir a visitar a Alexander Hill —respondí, mientras mis dedos tamborileaban nerviosos sobre la mesa, como si tuviesen vida propia.

García frunció el ceño. Intentaba hacer memoria, pues aquel nombre le sonaba vagamente.

—Ese chaval... ¿no es el amigo mayor con el que Timmy solía jugar en el parque?

—¡Bingo! —exclamó Young.

—Ya lo descartamos. Incluso el padre nos indicó que nos olvidásemos de él.

—Pues parece que tenemos que volver a molestarle. Hay nuevas evidencias.

La investigadora le explicó a su compañero, a la velocidad de la luz, lo que Gordon había conseguido. En realidad su llamada había aplazado ir hasta el domicilio de Hill, pues yo había considerado que Scott era un sospechoso más acorde. Noté que mis mejillas se acaloraban mientras Young repasaba toda la secuencia de acontecimientos.

—¿Te fías mucho de ese listado? — me preguntó García.

—Sí. Estoy convencido de que nuestro hombre está en él —respondí, con aplomo.

—Entonces salid a entrevistar a Hill. Yo voy a pedirle la información a Gordon y voy a trabajar en ella. Mi punto de vista puede ser muy diferente a los de la gente del FBI.

Asentí y no comenté que yo también pertenecía al FBI, ya que el detective había pronunciado las tres letras de un modo un tanto peculiar.

Young me tomó del brazo y me llevó hasta su vehículo, como una madre que guía a su hijo hasta el colegio.

—¿Llevas un arma?

—No, Emily. Yo nunca voy armado

—respondí, algo turbado.

—Perfecto —musitó la

investigadora, con ironía—. Yo sí, de modo que si las cosas se ponen feas te echas a un lado y me dejas actuar. Fui la mejor tiradora de mi promoción, estás en buenas manos.

Bajamos hacia el sur por la Avenida Central de Phoenix y giramos a la izquierda al llegar a Alta Vista Road. Notaba cómo mi estómago se iba encogiendo cada vez más. Las últimas palabras de Young no habían ayudado a calmar mi ansiedad. Esperaba un encuentro de lo más pacífico, pero ella

tenía razón: todo era susceptible de complicarse.

Pasamos por delante de la casa del señor Nelson, el padre de Timmy, y una punzada dolorosa me atravesó el cerebro; sólo un poco más allá, en un solar sin vallar en el que se suponía pronto construirían fabulosos adosados, la investigadora estacionó su coche.

—¿Por qué has aparcado aquí? La casa está más adelante.

—No quiero que vea el vehículo. Los dos vamos de paisano. Es mejor así. Tú tienes más experiencia que yo revisando expedientes y observando con detenimiento fotografías de escenarios del crimen; pero yo te gano por goleada

en lo referente a estar cara a cara con un asesino —replicó Young.

Seguí a la investigadora. Su seguridad me daba confianza. Lo único que dudaba es que las cosas se pudieran poner feas, como ella sospechaba casi desde el principio. Pero tenía razón: yo nunca me las tenía que ver con presuntos asesinos en el momento de su detención. Eso era una cuestión de la que se encargaban, con eficacia, los cuerpos policiales.

La casa de Alexander Hill estaba ubicada justo enfrente del área de estacionamiento del parque *El Reposo*, no muy lejos de la zona de juegos para niños. Era una construcción de una sola

altura, modesta, y con la madera de la fachada algo descuidada. Tenía una cerca baja que la rodeaba, aunque la puerta estaba abierta. En uno de los extremos había asfaltada una porción del jardín y justo allí se encontraba la furgoneta roja que quizá condenaría al joven de un modo irrefutable.

Fue Young la que llamó a la puerta y la que se presentó como investigadora de la oficina del sheriff de Maricopa. De mí sólo dijo que pertenecía al FBI, sin entrar en detalles.

—Ya han venido a verme antes otros agentes.

Hill desde luego no tenía la pinta de un asesino de niños. Era corpulento,

pero tanto la expresión de rostro bronceado como el tono jovial de su voz estaban cargados de candidez.

—Lo sabemos. Pero han surgido nuevas evidencias. ¿Podemos entrar?

El joven nos franqueó el paso. Un exiguo zaguán se abría hacia un salón en forma de L que tenía incorporada una minúscula cocina. Más que suficiente para alguien que vivía solo, según constaba en su expediente. La decoración era, por expresarlo de alguna manera, minimalista. Sobre todo había banderolas y otras enseñas de los *Arizona Cardinals*. No había más que un sillón orejero con más de tres décadas a sus espaldas, de modo que nos tuvimos

que sentar en torno a una pequeña mesa de contrachapado.

—Estoy dispuesto a colaborar en lo que haga falta. Mi vida ha cambiado por completo desde... desde lo que le pasó a Timmy. No he vuelto a poner un pie en el parque que hay enfrente. Soy incapaz...

Mientras Hill hablaba comencé a sentirme incómodo. Otra vez mi maldito *sexto sentido*; esa gilipollez en la que sólo un puñado de ingenuos creen me asaltaba y me abrasaba la boca del estómago. Aquel chaval que tenía delante no había matado a una mosca en toda su vida. Era eso o que yo no valía para ejercer mi profesión y la idea de

dimitir tenía que considerarla con más seriedad. Si me estaba engañando lo estaba haciendo de un modo grandioso. Y lo peor es que esa era una de las más peligrosas virtudes de los pederastas: mostrarse vulnerables e inocentes.

Young, por su parte, mantenía un rictus severo. Por el rabillo del ojo podía atisbar que una de sus manos estaba cerca de la funda que guarecía su arma reglamentaria, oculta tras una elegante chaqueta de lino, muy apropiada para el despiadado clima de Arizona.

—Tenemos un problema, Alexander —murmuró la investigadora, con serenidad.

—¿De qué se trata? —preguntó Hill, intrigado, pero ya sospechando que algo no iba del todo bien. Estábamos allí para verle *a él*, ya no cabía ninguna duda al respecto.

—Necesito que respondas sí o no a una serie de cuestiones que voy a formularte.

—Sí, claro. Siempre he estado aquí para lo que necesiten —replicó el joven, ya un tanto asustado.

—¿Esa furgoneta roja que hay fuera aparcada es tuya?

—Sí.

—¿Colaboras o has colaborado con los Scouts?

—Sí. Es algo que hago desde hace

años.

—¿Estás en posesión de un pase anual del Bosque Nacional de Tonto?

—Sí. Me encanta ese lugar. No entiendo a qué vienen todas estas preguntas.

El muchacho me miró, intentado buscar mi ayuda, ya que Young se mostraba tosca y directa. Yo, por mi parte, me limité a esquivar sus ojos y a guardar silencio. Tenía que dejar actuar a la investigadora, que estaba jugando bien su papel.

—¿Secuestraste y mataste a Timmy?

Hill se quedó varios segundos inmóvil. Tenía la boca abierta, como si fuese a lanzar un grito, pero ningún

sonido salía desde su garganta. Después tomó con sus manos temblorosas un vaso de agua y bebió un sorbo. Sus ojos se habían humedecido levemente.

—Deben estar locos para pensar que yo pude hacer eso. Yo adoraba a ese crío. Era como un hermano pequeño para mí. No tengo la menor idea de cómo han llegado a esa conclusión.

—Sólo estamos contrastando datos, Alexander —dijo, manteniendo la calma, Young—. Como te he comentado, tenemos nueva información y eso ha colocado tu nombre en un listado.

—Hay mucha gente que tiene un pase del Bosque Nacional de Tonto o que colabora con los Scouts, por favor...

—Pero muy poca que tenga una relación tan estrecha con una de las víctimas y que posea una furgoneta roja.

El joven meneó la cabeza, como si le costase comprender o asimilar lo que mi colega le decía. Estaba aturdido y consternado.

—La furgoneta... ¿qué importancia tiene la furgoneta?

—Hay testigos que vieron un vehículo similar al tuyo por los alrededores de los parques momentos antes del secuestro de algunos niños. También disponemos de una grabación en la que aparece una furgoneta muy parecida a la tuya. Es cuestión de tiempo que la identifiquemos de un modo

inequívoco, ¿comprendes?

Hill echó la cabeza hacia atrás y después restregó las palmas de sus manos por todo su rostro, como si deseara despojarse de un manto invisible que le impidiese respirar. De súbito su expresión varió. En alguna zona de su mente se acababa de encender una bobilla.

—Ya les expliqué a los agentes lo que hacía el día que secuestraron a Timmy. Y seguro que tengo coartadas para esos días que indica...

—Pero... —murmuró Young, que se había percatado, al igual que yo, del cambio de semblante del muchacho.

—Daniel Stewart.

La investigadora se quedó tan perpleja como yo. El nombre, en esta ocasión, me sonaba vagamente, pero no lo relacionaba con el caso.

—Alexander, esto es muy serio como para que juegues al gato y al ratón con nosotros.

—Lo tengo muy claro. Hace un rato que lo he notado.

El ambiente de la vivienda de Hill se había caldeado y el joven había comenzado a sudar. Volvió a beber un trago de agua. Young, por su parte, estaba tensa y yo temía que en cualquier instante sacase su pistola y diese la partida por terminada.

—¿Quién es Daniel Stewart?

—Es mi vecino. Vive en la casa de al lado. No tiene vehículo. Hace poco más de un año que se divorció y tampoco tiene un empleo estable. Me suele pedir prestada la furgoneta para hacer algún trabajo esporádico y yo no tengo problema en dejársela. Espero no haberme metido en un lío.

## Capítulo XXII

En ocasiones lo mejor que puede hacer uno es dejarse arrastrar por la corriente. Los acontecimientos suelen llevarte en volandas, de una manera impredecible, hasta encontrar la verdad. Ese torrente que te empuja no es casual: para toparte con él has debido esforzarte y luchar con ahínco; y, de repente, parece que es sólo el azar el que maneja

los hilos de todo y que te has transformado en una marioneta, y que lo hecho anteriormente no ha servido de nada. Pero no es así. Ha servido, y de mucho. Con los años lo acabas comprendiendo. Ahora, desde la perspectiva que sólo concede la madurez, surgen ante mí los recuerdos y la secuencia que concatena los hechos está ausente de cualquier rastro relacionado con la suerte. Todo fue fruto del empeño y del sacrificio sin límites.

Desde el sobrio salón de Alexander Hill llamé a Harris. Le pregunté si un tal Daniel Stewart se hallaba en el listado de 72 nombres que Gordon le había facilitado. Me contestó que sí, pero que

aún no habían estudiado a fondo su expediente, pues por pura mecánica lo estaban haciendo en orden alfabético de los apellidos. Le dije que dejara todo y que se centrara en él. Le avisé, también, de que Young y yo nos dirigíamos a su vivienda.

La investigadora, mientras, había telefonado a García, que trabajaba en la oficina del sheriff con el mismo listado. Por suerte el detective había pasado del orden de los apellidos y había buscado quién diablos residía cerca de la casa de los Nelson. Se dio de bruces con Stewart. No tenía ninguna furgoneta a su nombre, pero sí un pase del Bosque Nacional de Tonto, un

pasado turbio plagado de incidentes, colaboraba con los Scouts, contaba 39 años y, lo más relevante, poseía estudios básicos de oftalmología y había trabajado durante un lustro en una clínica, hasta que lo expulsaron por sus extrañas obsesiones.

—Hemos perdido un año, Ethan. Lo hemos tenido delante de nuestras narices desde el principio —dijo la investigadora, nada más salir a Alta Vista Road.

—Olvida todo. No es momento de pensar en eso, Emily. Vamos a entrar a esa casa y vamos a interrogar a ese tipo. Nada más.

Young le había ordenado a Hill que

se encerrase en su casa. Se acababa de convertir en una pieza clave de un caso terrible y era probable que su furgoneta tuviese que ser requisada y que él acabase prestando declaración en un juicio. La investigadora usaba el condicional, pero estaba convencida de que todo lo que decía se terminaría cumpliendo.

La vivienda de Daniel Stewart era aún más modesta que la del joven. La propiedad estaba delimitada por una tapia baja hecha de ladrillos de hormigón mal colocados y la construcción presentaba un aspecto deplorable. Fue Young la que llamó timbre y la que le explicó a Stewart que

estábamos de paso por allí, recabando información pues se había producido un nuevo crimen similar al del pequeño Timmy y desde la oficina nos estaban obligando a ir puerta por puerta. Pura rutina.

—Odiamos tener que molestarle. Sólo nos llevará un par de minutos.

El tipo nos dejó entrar en su domicilio. El interior era más lamentable que el exterior. Allí no se había limpiado el polvo, pasado una aspiradora o fregado jamás. Todo contrastaba con el aspecto arreglado y los modales exquisitos de Stewart. Era un hombre delgado y de mediana estatura. Mantenía una buena condición

física, aunque se notaba que en el pasado había estado mucho más fuerte. Su voz era cálida y agradable.

—Lo lamento. Hace unos meses que me divorcié y no lo estoy llevando bien —se disculpó.

Nos sentamos en un amplio sofá frente a Stewart. Young no paraba de hablar. Restaba importancia a nuestra presencia allí y le preguntaba si estaba al tanto de todo lo relacionado con el caso. Daniel asentía y se limitaba a responder con lacónicos síes o noes, en ocasiones acompañados de alguna reflexión lamentando los hechos. Yo me hallaba en otro mundo. La conversación me llegaba de un modo vago, como si

ellos se encontraran en otra habitación o yo me hubiese puesto unos tapones de espuma para no ser molestado por sus voces. Mi mirada viajaba por la estancia en busca de algún indicio, por nimio que fuera. Habían pasado unos diez minutos cuando me fijé en una estantería donde descansaban un par de marcos con sendas fotografías. No las podía apreciar con exactitud, pues entre la distancia que me separaba de ellas y la penumbra la visión de las mismas me resultaba borrosa. En las dos estaban retratadas tres personas: dos adultos y un niño. En las dos había algo que resultaba espeluznante: los ojos de los adultos habían sido recortados con un

cúter o con unas tijeras.

—Señor Stewart, ¿podría mostrarme esos retratos que tiene a su espalda? — pregunté, como si un ente ajeno a mí mismo hubiera hablado usando mis labios y mis cuerdas vocales.

El hombre se giró para ver qué le estaba señalando y se pasó algunos segundos inmóvil, quizá reflexionando. Young me miró y se encogió de hombros, sin entender nada.

—Claro, desde luego. Soy yo con mis padres, cuando era sólo un crío. Hacía mucho tiempo que no reparaba en ellos —contestó al fin.

Stewart se incorporó y nos dio la espalda. Sin perder ni un instante le

lancé una patada en la espinilla a Young, que me miró todavía más atónita. Ella no había visto aquellas instantáneas mutiladas y yo debía encontrar la manera de ganar tiempo. Un tiempo precioso y quizá vital.

—Será mejor que lo olvide. Me he confundido. Soy un indiscreto —dije, aterrado, sin saber qué podía estar haciendo aquel tipo cuyas manos habíamos perdido de vista. Por mi cabeza pasaron mil posibilidades aberrantes.

—No, no; en realidad estaba deseando hablar acerca de estos retratos. Quizá llevaba años anhelando poder hacerlo —murmuró Stewart con

parsimonia, como si se hallara en la consulta de un psiquiatra.

—Genial —musité, aunque mi voz indicaba todo lo contrario.

De repente Stewart se giró y me apuntó con un revólver salido de la nada. Me quedé paralizado. No puedo negar que me esperaba algo así, entre las muchas ideas monstruosas que había imaginado, pero ver el arma encañonándome me dejó sin respiración, noqueado.

—Ahora ya no sé qué debo hacer. No tengo la menor idea —dijo el hombre, sosteniendo el revólver con seguridad y a punto de apretar el gatillo, como si se debatiera en una batalla

moral interna.

Antes de que pudiese pestañear Young había dado un brinco, había desenfundado su pistola, se había colocado al lado de Stewart y le había puesto el cañón contra la sien izquierda.

—¡Hijo de puta, si valoras en algo tu vida lo que vas a hacer es soltar el arma muy despacio y luego levantar las manos!

## Capítulo XXIII

Por suerte para mí Daniel Stewart sí valoraba en algo su vida y no apretó el gatillo. Por fortuna para mi existencia Young no sólo era una gran investigadora, también había demostrado ser una agente con nervios de acero y una capacidad de acción más que sobresaliente. Sus reflejos habían evitado que un proyectil me volase los

sesos y diese al traste con todos mis sueños de un plumazo.

Apenas dos minutos después García y otra patrulla con dos agentes irrumpían en la vivienda y ayudaban a Emily a arrestar al sospechoso. Yo, entretanto, seguía hundido en el sofá, varado como un barco que se ha topado con un banco de arena y es incapaz de desplazarse.

—Ethan, ya ha pasado todo. Lo tenemos, ¿me entiendes? Lo hemos pillado —me dijo Young en algún momento, zarandeándome con suavidad, tratando de rescatarme de mi estado casi catatónico.

Mi papel, a partir de aquel momento, pasó a ser secundario. La oficina del

sheriff, la fiscalía y el competente equipo que lideraba mi colega Aiden Harris se encargaron de todo.

La investigadora tenía parte de razón: la bestia había estado allí, en la misma calle en la que residía el pequeño Timmy, en una casa justo enfrente del parque, desde el principio. Pero la perspectiva lo cambia todo y es muy sencillo, jamás me canso de recordarlo en los cursos de formación que imparto a los nuevos alumnos, sacar conclusiones una vez tenemos delante *la verdad*. Hasta ese instante luminoso todo es oscuridad, incertidumbre y dudas. Suelo poner como ejemplo lo fácil que es, ahora que disponemos de grandes

telescopios y de satélites, saber que la Tierra gira sobre su eje y alrededor del Sol —una estrella por otro lado ubicada en el extremo de una de las espirales de nuestra galaxia—, o que nuestro planeta no es plano; pero para los antiguos esto no resultaba, ni mucho menos, evidente. El punto de vista es trascendental.

Stewart había crecido en una familia casi normal, con una madre ama de casa y un padre que se había pasado toda la vida trabajando para una compañía de refrescos, en la sección de embotellado. Nada fuera de lo corriente. Pero tenía un pequeño defecto: padecía estrabismo, algo que sus progenitores no soportaban. Además a causa del mismo Daniel se

había vuelto un niño retraído y con dificultades de aprendizaje. Los padres no se habían molestado en intentar, con la ayuda de oculistas y oftalmólogos, corregir aquella discapacidad. Al contrario, habían acrecentado los traumas de su vástago con insultos y maltrato. De ello había quedado constancia en algunos informes redactados por sus profesores de primaria. También había sufrido acoso por parte de sus compañeros de clase, que lo ofendían y lo dejaban apartado. En la secundaria el carácter de Stewart varió de forma radical: si el mundo era hostil con él... él sería hostil con el mundo. Agredió a su propia madre en

varias ocasiones y le clavó un destornillador a su padre cerca del ojo, que no perdió de milagro. Se ganó mala fama entre el resto de alumnos, pues se había musculado y no perdía ninguna oportunidad para darle una buena paliza a cualquiera que se atreviese a meterse con él o a mofarse de su discapacidad. También por esa época comenzó a realizar dibujos de globos oculares y a interesarse por la musculatura que sostenía el ojo. Fue cuando comprendió que ya era tarde para resolver su problema con rehabilitación, parches o gafas correctoras. Sólo quedaba una posibilidad: la cirugía. Pero, de nuevo, sus padres se negaron a costear el

tratamiento.

Stewart no entró en ninguna universidad, pero si realizó cursos de toda índole: desde ayudante de clínica oftalmológica hasta mecánico. Cuando por fin lo admitieron en una clínica lo primero que solicitó es que intentasen solucionar su problema de estrabismo... y lo lograron. Ahí dio comienzo la mejor época de Daniel, pues halló la estabilidad y contrajo matrimonio con una mujer un poco más joven que él, sencilla y bien educada. Pero los traumas de Stewart seguían latentes, y la muerte en extrañas circunstancias, en un accidente de tráfico, de sus padres, quizá fue el estresor que recuperó al

chaval peleado con el mundo que había sido de adolescente. Volvió a los dibujos, comenzó a trabajar en el garaje de su casa con animales y su comportamiento en la clínica se tornó cuando menos peculiar. Deseaba estar presente en todas las operaciones y en un par de ocasiones había tomado un escalpelo con la intención de participar en la cirugía, alegando que estaba preparado de sobra, cuando era algo imposible, además de ilegal. Fue despedido. Pocos meses después su esposa, hastiada de un hombre que cada vez se comportaba de una manera más obsesiva y estrambótica, solicitó el divorcio.

Stewart, que disponía de más tiempo libre que nunca, se apuntó a los Scouts y comenzó a relacionarse con niños. Los había esquivado durante su vida adulta, negándose, por ejemplo, a tener hijos mientras estuvo casado. Sin embargo de repente los pequeños le atraían y se dedicaba a colaborar como monitor de las más diversas actividades. Nadie, absolutamente nadie, ni entre los otros monitores, ni entre los chavales, ni en el vecindario, observó algún comportamiento sospechoso en Daniel. Era una persona educada, afectuosa y sencilla que no daba problemas. Un ciudadano ideal.

El equipo de la oficina del sheriff de

Maricopa no tuvo, sin embargo, problemas en atar los cabos. En la furgoneta de Alexander Hill —que finalmente tenía coartadas sólidas para el día en que ocurrieron cuatro de los cinco secuestros—, y pese a que había sido limpiada a conciencia, se hallaron restos de ADN de dos de los pequeños en algunas zonas. Casi seguro era debido a que habían vomitado o escupido mientras Daniel los llevaba a su domicilio. Una cámara de tráfico de la autopista Salome había posibilitado identificar con claridad la matrícula.

Ya con una orden de registro, en el patio trasero del domicilio de aquel engendro se hallaron bisturís, diversos

destornilladores, una mesa acolchada, cantidades ingentes de jarabe para la tos a base de codeína y pastillas para paliar el dolor de cabeza con el mismo compuesto, los cinco pares de zapatos que pertenecían a las víctimas y, lo más terrible, todos los ojos extirpados metidos cuidadosamente en bolsas y guardados en un arcón congelador.

También se encontraron varios tarros con golosinas de marca, montones de dibujos realizados con carboncillo de globos y cuencas oculares y el rollo de film de plástico fabricado por la compañía de Tucson, que pudo determinarse sin lugar a dudas que se trataba del mismo con el que habían sido

envueltos los rostros de los pequeños.

No me sentía con fuerzas para asistir a los interrogatorios, pero Young me mantuvo al tanto de los mismos. Stewart decía estar agradecido a la policía por haber dado con él. Aseguraba haber perdido el juicio y merecer el peor de los castigos. Según su versión eligió al pequeño Timmy porque deseaba liberarlo de un padre tuerto que de vez en cuando lo maltrataba. Lo atrajo hasta su vivienda y una vez allí logró dejarlo noqueado a base de codeína. Esta sustancia se transforma en morfina una vez es digerida por nuestro cuerpo, pero la cantidad que a un adulto sólo le provocaría una leve somnolencia a un

niño de menos de diez años puede incluso conducirle al coma. Por fortuna lo más probable es que ninguno de los chiquillos sufriese. O eso deseamos pensar todos. Liz, una vez regresé a Washington, me lo *garantizó*.

La mala noticia es que Daniel encontró en aquel ritual espantoso un modo de calmar su ansiedad y alejar de su mente las pesadillas que le habían atormentado debido a su dura infancia. Fue entonces cuando decidió que tenía que buscar nuevas víctimas. En un cuaderno se hallaron cientos de anotaciones referentes a los parques de la ciudad, a los niños que los frecuentaban, a sus horarios, a los que

pasaban más tiempo solos o abandonados, etc... Usó la furgoneta de su vecino para despistar a la policía, al igual que desde el principio se quedó con los zapatos de los pequeños con el mismo objetivo. No eran *trofeos*, sólo los ojos representaban algo importante para él. Y sí: en su demencia había llegado a considerar que cuantos más globos oculares tuviese en su poder mejor se encontraría y más cerca se hallaría de recuperar una infancia que le había sido arrebatada de una manera salvaje. El estropicio que realizaba luego con el destornillador, tal y como Liz había supuesto, era también una estratagema para ocultar sus

habilidades.

El último secuestro, el que había sido la condena de Daniel Stewart, fue una chapuza. En lugar de mejorar y perfeccionar su modus operandi un sentimiento de culpa y odio hacia sí mismo empujaron al monstruo a actuar, por primera vez, con precipitación. Había pasado de ser un asesino en serie con un patrón muy ordenado y meticuloso a actuar por oportunidad. La gota que colmó el vaso de los despropósitos y la que nos permitió seguir la pista de una maldita furgoneta roja. Aquella tarde había salido en busca de una víctima propiciatoria, como un drogadicto con síndrome de

abstinencia que es capaz de inyectarse cualquier cosa en las venas.

Caso cerrado.

El sheriff Martin convocó una multitudinaria rueda de prensa. Sentados en una mesa estábamos él, Young, Harris, García y yo, convenientemente ubicado a la derecha del sheriff. Detrás de nosotros había medio centenar de agentes de policía. Jack deseaba dar la impresión de haber dispuesto de todos los medios a su alcance y de que el éxito final había sido debido a una encomiable labor de equipo. Logró su objetivo. Cuando habló de mí no se detuvo en elogios y afirmó con rotundidad que sin el perfil que había

elaborado hubiera sido casi imposible apresarlo a aquel desalmado. Continuó dando las gracias a todos los implicados en la investigación, y a los ciudadanos de Phoenix que con sus testimonios acerca de la furgoneta habían dado la puntada final a la peor y más terrible cadena de homicidios acaecida nunca jamás en la ciudad. La comunidad, como no podía ser de otra manera, había resultado esencial para devolver la paz y la tranquilidad a un estado tan formidable y acogedor como Arizona.

Harris y García me acompañaron hasta el aeropuerto. Young, que me había salvado la vida, prefirió despedirse de mí en la oficina del sheriff. Seguía sin

caerle bien, seguía pensando que yo era un majadero y que alguien así no debería formar parte del FBI. Yo, por el contrario, la admiraba.

—Tenías razón —murmuró mi colega, emocionado, cuando ya me dirigía hacia la puerta de embarque.

—¿En qué?

—En casi todo. Las fobias, el pase anual, los estudios de oftalmología, el rango de edad, la ausencia de un móvil sexual... ¿continúo?

Negué con la cabeza y sin hablar me giré para montarme en el avión. Fue en ese instante cuando sentí la mano grande y fuerte de García que me sujetaba.

—¿Así es como piensas despedirte?

—Lo siento. No sé qué decir —  
respondí, ruborizado e incómodo.

El detective me estrechó entre sus brazos. Al igual que Harris estaba emocionado. Se notaba que los dos me habían cogido afecto y que me echarían de menos.

—Gracias, Ethan. Gracias por confiar en mí y por tratarme como un igual.

—Eres mil veces mejor que yo, Oliver, de modo que no digas tonterías.

Escapé como pude de la profesionalidad de Harris y de la sincera devoción de García. Me sentía como un rastrero a su lado.

Ya en el avión rompí a llorar. No le

había contado a nadie qué era lo que me sucedía. Tampoco ninguno comprendía a qué se debían mi mutismo y mi estado de extraña desolación. Habíamos atrapado a Stewart y ya no mataría a ningún otro niño inocente. Pero yo no podía explicar el motivo de mi abatimiento porque hubiera sido recibido como un menosprecio, casi como un ultraje. Y es que lo que me carcomía por dentro, lo que me consternaba, era el hecho de que por primera vez no atrapaba al asesino de un caso en el que estaba implicado antes de que pudiera acabar con otra vida. Aquella quinta víctima en Arizona todavía pesa como un mastodonte sobre mi conciencia.

## Capítulo XXIV

No tardé en aclimatarme a Virginia y a las oficinas de Quántico. La rutina servía como bálsamo y las heridas dejaron cicatrices profundas, pero curaron.

Peter Wharton se sentía satisfecho. No sólo había evitado que presentase mi dimisión y me había convencido de aceptar el caso de Arizona, también se

había apuntado un tanto al demostrar que su *niño mimado* podía, pese a su insensatez, ser determinante a la hora de poner fin a una ola de crímenes.

Conseguí que me dieran unos días de asueto y pude viajar con Liz a California para visitar a mi madre. Los tres juntos nos acercamos hasta Mariposa y estuvimos limpiando y poniendo flores frescas en la tumba de mi padre. Mi madre estuvo un rato charlando con él y mi compañera, no tengo aún claro si por complacerla o porque así lo quiso, también le dirigió unas bonitas palabras.

A mi regreso a Washington invité a cenar a un fabuloso restaurante de Georgetown a *mi equipo*: Mark, Tom y

Liz. Su apoyo había resultado fundamental de nuevo. Les dije que no era nadie sin ellos, y ellos me respondieron que era lo más sensato que me habían escuchado decir desde que me conocían. Esta vez Tom no había podido colaborar en la investigación, como sí habían hecho de un modo extraoficial Liz y Mark, pero su llamada valía tanto como cuando se dejaba la piel sobre el terreno en busca de pruebas y testimonios.

Aproveché la ocasión para anunciarle al pequeño genio de la informática que por fin tendría su anhelado incremento salarial. No era mucho lo que había conseguido, pero

menos da una piedra. A cambio Mark pagó una ronda de cervezas en un local de moda atestado de universitarios que nos hacían parecer viejos y oxidados. Al menos nos pudimos reír de nosotros mismos.

No tardé en recibir una llamada de felicitación por parte de Clarice Brown. Había cumplido con su pacto y ahora deseaba que me portase bien con ella. Y lo hice. Le facilité algunos detalles poco relevantes y comprometedores, que sin embargo para ella suponían una exclusiva, pues ningún medio, incluidos los de Arizona, los había abordado.

Seguí trabajando desde la distancia. Recibía informes, expedientes y

fotografías y deliberaba con mis colegas acerca del perfil del asesino, de su área de influencia, de su localización o de su siguiente paso. Era cómodo. Mucho más que enfrentarse cara a cara con el horror.

Dos meses después de mi regreso de Arizona Liz se me acercó una noche por la espalda, me cubrió los ojos y me dijo que tenía una gran sorpresa para los dos.

—¿Has preparado puré de patatas casero y unas buenas alubias con tomate? —pregunté, con ingenuidad.

Sin embargo ella me mostró uno de esos test de embarazo tan fiables que se adquieren en cualquier parte y sonrió. Sí, íbamos a ser padres. Tenía delante

de mí a la mujer más bonita y feliz que jamás ha existido sobre la faz de la Tierra. Aún me emociono al recordar aquel instante mágico. La idea de ser padre me imponía, y yo no estaba precisamente emocionado con la noticia, pero ver a Liz brincando por el salón dando gritos de alegría sí que me inundó de dicha.

Sólo una semana después, cuando ya mi compañera hacía planes constantes acerca de la habitación para nuestro hijo, preparaba listados de nombres, informaba a todos nuestros amigos y conocidos de la noticia e incluso se arriesgaba a comprar ropa y pañales, recibí una llamada de teléfono.

Reconocí la voz al instante. Era la voz de alguien a quien respetaba, de alguien a quien admiraba profundamente y al que estimaba de un modo muy especial.

—Jim, qué sucede, ¿te has enterado de que voy a ser padre por la CBS? Debería habértelo comunicado yo mismo, pero ya me conoces.

Se hizo un breve silencio y comprendí de inmediato que Worth no se había puesto en contacto conmigo para felicitarme por mi futura paternidad.

—Lo siento, Ethan, no tenía ni idea. Será mejor que te telefoneé un poco más adelante.

—Ni hablar. Eres mi amigo. ¿Qué es lo que sucede?

El detective volvió a titubear unos segundos, pero por fin se decidió a contarme qué precisaba de mí.

—Me ascendieron. Ahora he regresado a Topeka.

—Eso es genial.

—No lo sé, Ethan. Tengo un caso entre manos que se nos ha atascado. El asesinato de una joven. Un asunto muy feo. Parece fruto de un ritual o de una pandilla de enajenados. Estoy desesperado y he agotado todas las posibilidades antes de molestarte. Pero te necesito. Necesito que me eches una mano.

# GRACIAS LECTOR

*Si te ha gustado la novela, el mejor favor que puedes hacerme es dejar un comentario favorable en la página del libro en Amazon. Estarás contribuyendo a la difusión de la Literatura, y me estarás ayudando a seguir escribiendo nuevos libros.*

*Con afecto,  
Enrique Laso*

Puedes encontrar el resto de mis novelas en Amazon a través del siguiente LINK>>>

[relinks.me/EnriqueLaso](https://relinks.me/EnriqueLaso)

En las siguientes páginas encontrarás un relato de regalo y el avance de dos mis libros.

**GRACIAS**

# LA MUÑECA

La encontró tirada en el suelo. Parecía como si alguna otra niña la hubiera olvidado en aquella esquina. Sabía que no estaba bien coger algo que pertenecía a otra persona, porque de alguien debía ser aquella maravillosa muñeca de porcelana, con ese vestido negro y azul de hermosos encajes; pero en realidad no la estaba robando... La

muñeca estaba abandonada, y cualquiera podía cogerla igualmente, o podía estropearse con la lluvia y el viento...

Llegó a su casa y lógicamente su madre le preguntó. Lamentó no haber preparado una respuesta, y supo de inmediato que sus mejillas le delatarían si mentía.

—*¿De dónde has sacado esta muñeca?*

—*Me la he encontrado en el cruce de la calle M con la 10. Estaba abandonada...*

—*Pero esa muñeca debe de ser de alguna niña. Es una muñeca de porcelana, lleva un bonito vestido, y parece realmente cara...*

Penny puso el gesto con el que sabía solía convencer a su madre, y como era habitual no le falló esta vez.

*—Está bien, te la puedes quedar. Pero si viene alguien preguntando por ella, o nos enteramos de que por el barrio la andan buscando, se la devolvemos a su dueña de inmediato.*

Cathy pensó que una vez más estaba malcriando a su hija. Pero no se sentía con fuerzas para contrariarla. Desde el divorcio se había mostrado muy sensible. Había sido un trauma muy complicado de asimilar para una niña de tan solo nueve años. En todo caso, si alguien aparecía preguntando por aquella maravillosa muñeca la

devolverían a su legítima dueña y asunto acabado.

Pasaron los días y pronto la muñeca se convirtió en la mejor amiga de Penny. La llevaba consigo a todas partes: al colegio, al parque, a las excursiones... Lo mejor de todo era que nadie había preguntado por ella, y por tanto los temores a tener que decirle adiós se habían disipado casi por completo.

—*¿Y esta muñeca?* —preguntó Paul, su padre, la primera vez que la vio.

—*Me la encontré en la calle. Mamá me ha dejado que me la quede. Ninguna niña ha preguntado por ella* —se apresuró a responder Penny, temerosa de que su padre pusiera alguna pega.

—*No me gusta. Parece que está como enfadada. Y además no te va, es demasiado... cursi.*

Penny miró el rostro de su muñeca y descubrió que *había cambiado*. Era cierto, ahora parecía como enfadada. Pero su expresión hasta entonces le había parecido siempre feliz y sonriente. No le prestó más atención, porque deseaba seguir con ella.

Esa noche Cathy creyó escuchar voces que provenían de la habitación de su hija. Estaba demasiado cansada como para levantarse, y no era la primera vez que Penny se quedaba jugando hasta muy tarde. Pero aquella noche... Le parecía escuchar una voz... *extraña, diferente...*

—¿Con quién hablabas anoche hasta tan tarde? —preguntó Cathy a su hija a la mañana siguiente, mientras desayunaban juntas.

—Con Pat —respondió Penny sin darle mayor importancia.

—¿Con Pat? ¿Quién narices es Pat?

—Mi muñeca —replicó la pequeña, mostrándole a su madre la muñeca con la que su hija iba a todos lados.

—¿Le has puesto Pat de nombre?

—No. Es su nombre. Me lo ha dicho ella.

Cathy se aproximó a la muñeca y la tomó entre sus manos. La miró atentamente: parecía cambiada, distinta.

De inmediato le provocó una sensación extraña.

—*Bueno, pues preferiría que no hablastes con ella. Y mucho menos hasta tan tarde.*

Pero aquel mismo fin de semana volvió a escuchar que su hija hablaba con alguien en su habitación. Esta vez no pudo conciliar el sueño. La otra voz era muy peculiar, demasiado diferente a la de Penny como para que pudiera ser una imitación. Qué diablos estaba sucediendo.

Sin ser capaz de resistirse a la curiosidad, se levantó de la cama y descalza y caminando muy despacio se aproximó hasta la habitación de su hija y

pegó la oreja a la puerta. Sí, su pequeña estaba hablando con *alguien*, ¡pero era imposible que esa otra voz fuera la de Penny! Habría sido capaz alguna amiga del colegio de acercarse hasta la casa a esas horas y estar hablando con ella a través de la ventana abierta... Inverosímil, pero no imposible. Desde luego si así era se iban a enterar las dos. De repente escuchó algo que le hizo estremecerse:

—*Tenemos que callarnos: ¡tu madre está espionando al otro lado de la puerta!*

«¿Cómo diablos?», se dijo Cathy. Luego se hizo el silencio más absoluto. Al cabo de algunos incómodos segundos, le pareció oír unos pasos que

recorrían la habitación. Por un momento, aunque pudiera parecer ridículo, Cathy se sintió algo parecido a aterrorizada. Todo era tan extraño. Sacando fuerzas de algún singular lugar de sus entrañas, abrió de golpe la puerta. No pudo reprimir un grito: le *pareció* que la muñeca, ubicada en una cómoda frente a la cama de su hija, *giraba* la cabeza justo en el instante que ella abría la puerta con decisión.

—*¡Penny, qué está pasando aquí!*  
—exclamó, fuera de sí.

Su hija le dirigió una mirada sorprendida. Parecía somnolienta, y un poco asustada.

—*Nada, mamá...*

—*¿No estabas hablando con nadie?*

—*No. Sólo estaba durmiendo.*

Cathy comprobó que la ventana estaba bien cerrada y luego cogió la muñeca, que ahora parecía un objeto inerte entre sus manos. Pero de nuevo sintió, creyó percibir, que la expresión de la misma había vuelto a cambiar: mostraba una mirada decidida, casi desafiante.

—*No me gusta esta muñeca. Creo que deberíamos volver a dejarla en el lugar en el que la encontraste.*

—*¡No, mamá! Por favor, por favor, por favor... ¡es mi amiga!*

Nuevamente sintió que el peso del divorcio se le echaba encima, y que tras

la separación de sus padres no podía negarle a su pequeña, que sufría en silencio, un objeto, aquella muñeca a la que ella estaba cogiendo manía, que al menos parecía proporcionarle cierta felicidad a su hija.

—*Está bien. Pero no quiero más conversaciones por las noches* — sentenció Cathy, convencida de que su hija sabía más o menos a lo que se estaba refiriendo.

La semana transcurrió con cierta normalidad, aunque Cathy no podía evitar pensar constantemente en la muñeca. *En Pat*. Se había convertido casi en una obsesión. Pensaba que era una mala influencia para su hija. Y luego

estaban *aquellas expresiones*. Cuando llegó el fin de semana y Paul, su exmarido, le comentó que a él tampoco le gustaba, ella vio una puerta abierta.

—*Tenemos que conseguir que Penny devuelva la muñeca a su dueña, o que al menos la deje en el lugar en el que la encontró, en el cruce de la 10 con la M.*

—*Me parece una idea genial. Como este fin de semana se viene a mi casa, haremos una cosa: dejaremos aquí la muñeca, para que se vaya haciendo a la idea* —sugirió Paul.

Costó convencer a Penny, que casi se puso a llorar cuando se montó en el coche de su padre, camino de la casa

que tenían a las afueras de la ciudad, dejando a su querida Pat en su habitación.

—*Pat se va a enfadar. Se enfadará mucho con mamá, y seguramente también contigo.*

—*Bueno, Penny, ya se le pasará. A fin de cuentas... ¡es sólo una muñeca!*

Por la noche Penny telefoneó a su madre, para darle las buenas noches y contarle todo lo que había hecho a lo largo del día en compañía de su padre.

—*Buenas noches cariño. Nos vemos mañana* —se despidió Cathy.

—*¡Hasta mañana!*

Cathy se metió temprano en la cama. Pero pronto se sintió incómoda: sabía

que le costaría conciliar el sueño aquella noche y pensó en tomarse un tranquilizante. Le sucedía con frecuencia cuando Penny dormía fuera de casa, aunque fuera en la de su exmarido. Por fin se relajó, pero ya cuando casi se había quedado dormida le pareció escuchar que *alguien* susurraba desde algún punto de la casa. En un primer momento sintió un escalofrío, pero luego se levantó decidida a espantar al posible intruso. Se llevó consigo el teléfono inalámbrico, por si hacía falta llamar a la policía, y una pistola de fogeo (le daba pavor tener una de verdad). Salió de su habitación descalza, caminando lentamente por el pasillo enmoquetado

de la segunda planta. Fue en ese preciso instante cuando descubrió que los susurros procedían de la habitación de Penny. *¿Cómo podía ser?* Llegó hasta la puerta cerrada, pero no se atrevió a abrirla.

—*¿Quién anda ahí? ¡Llamaré de inmediato a la policía!* —casi gritó.

Y entonces un silencio sepulcral inundó toda la casa. Esperó un par de minutos, casi aguantando la respiración. Estaba convencida de que al otro lado alguien aguardaba. Y afinando el oído le pareció escuchar unos débiles pasos que recorrían la habitación muy lentamente. Decidida, abrió la puerta de golpe, apuntando con el arma de fuego al

centro de la habitación. Allí no había nadie. *Un momento*: la muñeca estaba tirada en el centro de la estancia, y ella recordaba perfectamente haberla dejado sobre la cama esa misma tarde. ¿Quién la había movido? Registró desesperada la habitación, mirando incluso en el interior del armario y bajo la cama. No había nadie allí. Y de súbito una idea descabellada se cruzó por su mente. Una idea tan ridícula como terrorífica. Recogió la muñeca de porcelana del suelo y le miró el rostro. Efectivamente: *había cambiado de nuevo*. Ahora mostraba una sonrisa malévola, en la que se adivinaban unos dientes desiguales y afilados. ¿Estaría

perdiendo el juicio? Colérica, estrelló la muñeca contra la pared. El rostro de porcelana de *Pat* se resquebrajó, y quedó marcado por una enorme cicatriz que recorría su cara, desde la frente hasta el mentón. Cathy, satisfecha, regresó más calmada a su habitación y se durmió enseguida.

Al día siguiente, a eso de las once, el teléfono sonó en casa de Paul. Era realmente extraño que alguien le telefonara en festivo, y pensó que quizá sería su madre, que deseaba invitarles a él y a su nieta a un asado y a un delicioso pastel de ciruelas.

—¿*Quién es?*

—¿*Hablo con el señor Paul*

*Rosenberg?*

—*Sí* —contestó realmente intrigado Paul.

—*Soy el sheriff del condado... Mire, lamento comunicarle que una vecina ha encontrado, hará media hora, muerta en su cama a su exesposa. Necesitamos que se acerque por aquí. Lo siento.*

Paul trató, consternado, de obtener algo más de información, pero el sheriff se negó a facilitársela. Dejó a Penny en casa de sus padres, sin contarle nada a la pequeña, y se dirigió a su antiguo hogar. Estaba rodeado por una cinta amarilla, y montones de vecinos y periodistas se amontonaban alrededor

de la casa. Preguntó por el sheriff y de inmediato unos agentes le llevaron al salón, en el que habían improvisado una especie de despacho para la policía y los CSI.

—*Paul, esto va a ser complicado. Nos gustaría que reconociese el cadáver de su exmujer. Y no es una escena de gusto. Si lo prefiere, podemos esperar a que acaben los CSI y hacer el reconocimiento esta tarde en el depósito...*

—*No, no... Deseo ayudar en la investigación. Es que no comprendo nada... ¿la han asesinado?*

—*Bueno... Todavía no tenemos el informe forense, pero por el estado del*

*cadáver... Diría que resulta evidente.*

El sheriff condujo a Paul a la planta superior, como si conociese ya la casa perfectamente. Él arrastraba los pies, hundido, sin llegar a creer que todo aquello pudiera estar sucediendo en realidad. Y por su mente una idea fija le atosigaba: *¿cómo explicarle a Penny que jamás volvería a ver a su madre?* Pero todos los pensamientos se diluyeron cuando el sheriff le señaló el cuerpo de Cathy, tendido boca abajo en su cama. *¡Qué diablos era aquello!* Su exmujer tenía el cuello completamente girado, evidentemente destrozado, en sentido contrario al del resto del cuerpo. Sus ojos inyectados en sangre parecían

desbordar las órbitas que apenas los sujetaban al rostro. Paul clavó las rodillas en el suelo y se echó a llorar como un crío, desconsolado.

—*Lo siento... Entiendo que es su exmujer* —susurró el sheriff, posando una de sus manos en el hombro derecho de Paul.

Él se limitó a asentir entre sollozos. Pensaba que iba a desmallarse cuando de repente una imagen le sobresaltó: entre sus rodillas y el pie de la cama descansaba la muñeca de Penny, aquella maldita muñeca. Estaba tendida de lado, con su *perfecto* rostro de fina porcelana, y le dirigía una sonrisa de satisfacción... *¡Sí, le estaba mirando a*

*él, y se complacía por el dolor que el crimen que había cometido le estaba causando!*

# MIRADA INFINITA

*Son muchos los lectores que me han escrito solicitando información acerca de los casos en los que me he basado para dotar de verosimilitud a mi serie de novelas negras protagonizadas por el agente de la Unidad de Análisis de Conducta del FBI **Ethan Bush**. Suelo responder amablemente que no facilito esos datos, al igual que tampoco el nombre de los ex-agentes de la agencia que colaboran conmigo para acercar la ficción a la realidad.*

*Los casos de Ethan son inventados, pero gran parte de lo que en ellos sucede está cimentado sobre expedientes e informes reales. Este caso es un ejemplo. Quizá en el futuro narre alguno más.*

# I

El cuerpo sin vida de la joven Sarah Brown fue encontrado la mañana del sábado 8 de marzo por un grupo de búsqueda conformado por estudiantes de la universidad de Northern Iowa y vecinos que se habían presentado de forma voluntaria para echar una mano. Se habían creado varias cuadrillas, dirigidas cada una por un agente de la policía local de Cedar Falls, y una de ellas había tardado poco en dar con el cadáver.

Sarah Brown estaba tendida en mitad de una arboleda, ubicada en la

zona sur del campus, muy cerca de los apartamentos para estudiantes Hillside y de Jennings Drive. Parecía descansar tumbada boca arriba. Si no hubiera sido un cadáver la estampa resultaba casi idílica: una hermosa joven de cabello rubio y ojos claros recostada en la hierba mientras contempla el cielo a través de las copas de los árboles en una despejada mañana invernal.

El cuerpo no presentaba apenas signos de violencia o forcejeo, y parecía que lo habían trasladado hasta allí y lo habían dejado con mimo sobre la yerba cubierta por la escarcha. Pero una herida de bala de pequeño calibre en su sien izquierda, de la que surgía un hilo

de sangre reseca, indicaba que la escena no era la de un momento de ensoñado relax; todo lo contrario, se trataba del escenario de un crimen atroz.

Un forense se afanaba en sacar todas las fotografías posibles del cadáver, desde todos los ángulos y distancias imaginables. Lo hacía con la frialdad de quien está acostumbrado a esta clase de menesteres. Gordon Stevens, detective de la Oficina del Sheriff del condado de Black Hawk, ubicada en la cercana ciudad de Waterloo, lo contemplaba ensimismado, evitando así tener que volver a mirar a los ojos abiertos de Sarah Brown. Él no estaba habituado a un crimen tan horrendo, y sentía sus

entrañas revueltas y un dolor semejante al que provoca un puñetazo en la boca del estómago. ¿Quién podía haber hecho eso? Waterloo, Cedar Falls, todo el jodido condado de Black Hawk era un lugar pacífico en el que lo peor que le podía suceder a uno es que le robasen la bicicleta que había dejado sin candado en la puerta de un supermercado, pensó el detective con rabia.

—¿Cómo lo llevas? —le preguntó Karen, de la policía local, a la que conocía de varios cursos de formación en los que habían coincidido.

Brown se giró bruscamente, pues lo habían arrancado de sus ensoñaciones y casi había olvidado dónde se

encontraba.

—Ah, Karen, eres tú. Disculpa, no te había visto...

—¿Te he asustado?

—Bueno, no lo sé. Creo que desde que he llegado a este lugar estoy algo así como aterrado.

—Parece mentira...

El detective dirigió sus ojos hacia el cordón policial que rodeaba la zona. Junto a la cinta amarilla se agolpaban ya algunos fotógrafos de la prensa, vecinos y un buen puñado de estudiantes, alguno de los cuales lloraba desconsoladamente, abrazándose a sus compañeros.

—Sí, parece mentira.

—¿Puede tratarse de un suicidio? —  
inquirió Karen, tartamudeando  
levemente.

—Lo dudo. Si en izquierda, no hay rastro de la pistola y parece que el cadáver lo han traído hasta esta zona. Pero no sabemos todavía si era zurda, si algún desalmado se ha podido hacer con el arma y si, por increíble que parezca, quedó en esa posición tras reventarse el cerebro.

—Tranquilo, Gordon.

—No estoy tranquilo, Karen, lo siento. Y algo me dice que la persona que haya hecho esto no sólo ha destrozado la vida de una joven, con todo el futuro por delante, también nos

ha jodido para siempre a todos nosotros.

## II

Sarah Brown fue vista por última vez con vida la mañana del jueves 6 de marzo. Había quedado para ir de compras hasta Waterloo con sus dos mejores amigas, Belinda Myers y Carol Weight. Las tres se conocían desde hacía años, pues eran naturales de Sheldon, un pueblo ubicado a poco más de 200 millas de Cedar Falls, y habían estudiado juntas la secundaria.

Sarah acompañó a Carol hasta el aparcamiento de los apartamentos para estudiantes Prime Falls, donde residían las tres amigas, pero se disculpó y pidió

que la esperasen porque se había dejado olvidado el bolso en su habitación. Carol se quedó en su vehículo, hasta que apareció Belinda, que había llegado quince minutos tarde. Al cabo de media hora aguardando, ambas consideraron que había pasado demasiado tiempo, y que seguramente Sarah se había encontrado con algún amigo, o con su novio, Mark Walton, también natural de Sheldon y que estudiaba en la misma universidad, gracias a una beca deportiva; de modo que decidieron marcharse sin ella y seguir según lo planeado.

Cuando Belinda y Carol regresaron, ya de noche, a los apartamentos Prime

Falls, descubrieron que nadie había tenido noticias de Sarah, ni siquiera su novio Mark. Todos creían que se encontraba con ellas, pasando un día fantástico en Waterloo. De inmediato se dispararon las alarmas, y comenzaron a buscarla por la residencia y por los lugares más frecuentados del campus, sin éxito.

Desesperados, los amigos telefonearon a los padres de Sarah, que seguían residiendo en Sheldon, y descubrieron que no habían hablado con ella desde primera hora de la mañana de aquel jueves, cuando los había telefoneado para contarles sus planes para la jornada. Sin dudarlo, los padres

tomaron el coche y a última hora se presentaron en la oficina de la policía local de Cedar Falls para presentar una denuncia por desaparición.

La policía informó a los familiares que al tratarse de una mayor de edad no podían iniciar su búsqueda hasta transcurridas 24 horas de la desaparición, de modo que éstos y algunos amigos de Sarah se organizaron y estuvieron buscándola por el campus hasta bien entrada la madrugada del viernes. No obtuvieron ningún resultado, parecía como si a la pobre joven se la hubiera tragado la tierra.

Al mediodía del viernes 7 de marzo la policía local pudo iniciar la

investigación de la desaparición de Sarah. Entrevistaron a sus dos mejores amigas, Belinda y Carol, y a su novio, Mark. También interrogaron a otros estudiantes que residían en los apartamentos Prime Falls, en busca de algún testigo o algún indicio que les señalara qué dirección debía tomar el curso de sus pesquisas. Por desgracia todo el mundo coincidía en señalar que desde el día anterior por la mañana nadie se había cruzado con la joven, en ningún lugar del campus.

A media tarde del viernes un policía local y un psicólogo habían mantenido una larga charla con los padres de Sarah Brown, tratando de conocer un poco más

a fondo el carácter y la situación personal de la desaparecida. Se trataba de una chica normal, buena estudiante, deportista, con un novio desde hacía años y que dedicaba los fines de semana a colaborar con entidades benéficas. Jamás antes había desaparecido, y mantenía una estrecha relación con sus padres, a los que solía telefonar dos veces al día y a los que visitaba como mínimo una vez al mes. No tomaba drogas ni se metía en líos. Era, para ellos, absolutamente imposible que hubiese desaparecido por voluntad propia. Alguien debía de haberla secuestrado y tenerla retenida en alguna parte.

A última hora del viernes el jefe de la policía local tenía ya claras dos cosas: que debía solicitar la ayuda de la oficina del sheriff del condado y que, probablemente, Sarah Brown sería hallada, tarde o temprano, sin vida.

La mañana del sábado 8 de marzo se organizaron varios grupos de búsqueda, conformados cada uno por un agente de la policía local, un puñado de estudiantes y algunos vecinos de Cedar Falls que habían tenido conocimiento de la desaparición y se habían presentado como voluntarios. La gente estaba muy nerviosa, y por la mente de todos ya surcaba la peor de las posibilidades.

Poco antes del mediodía, el grupo

que lideraba la agente Karen Phillips se daba de bruces con el cuerpo sin vida de Sarah Brown. Se hallaba en mitad de una arboleda, ubicada en los confines de la zona sur del campus universitario. Estaba completamente vestida y tumbada boca arriba, con los ojos abiertos. En su sien izquierda se apreciaba a simple vista un orificio, del que manaba un hilo de sangre.

La zona fue acordonada de inmediato, y se procedió a informar al sheriff del condado, que asignó un detective al caso.

El detective Gordon Stevens acababa de repasar mentalmente los puntos esenciales del informe policial

que Karen le había preparado, y que le serviría de base para el que tendría que elaborar él mismo.

Lanzó un largo suspiro, casi un bufido, mientras se aflojaba el nudo de la corbata. Ya atardecía sobre Waterloo, y a aquellas horas de un sábado la oficina del sheriff estaba medio vacía. Miró a través de la estrecha ventana de su despacho, y deseó que una maldita línea de edificios se quitase de en medio para poder contemplar la majestuosa belleza de la orilla del río Cedar. Pensó en los padres de la joven Sarah, en sus rostros desencajados mientras les había formulado algunas preguntas. Quizá él sólo fuese un modesto detective de una

pequeña ciudad perdida en mitad de los Estados Unidos, pero sabía bien el cielo que se iba a dejar el pellejo para descubrir quién diablos había acabado con la vida de Sarah Brown.

ESTE ES UN ADELANTO DE LA NOVELA

PUEDES COMPRARLA POR SÓLO 0.99 EN AMAZON

LINK>>>>

<http://relinks.me/B01D05ZR4K>

# CRÍMENES DIABÓLICOS

*No todo tiene explicación. La razón muchas veces no alcanza a comprender hechos y sucesos que se dan de manera ocasional y que perturban nuestros sentidos.*

*Algunos se aferran a sus creencias, otros a la existencia de fuerzas del más allá y unos pocos se conforman con pensar que quizá un día todo posea una lógica que en el momento actual se nos escapa.*

*Pero lo único cierto es que suceden*

*cosas extraordinarias, y a veces están vinculadas con eso que denominamos «el mal». Y uno llega a preguntarse si no habrá detrás una deidad monstruosa, abominable, que siembra el terror desde su árida guarida: el Infierno.*

# Capítulo I

Echó de nuevo un vistazo rápido al cuerpo semidesnudo de la chiquilla que yacía sin vida en aquel descampado árido, reseco y alejado de la vivienda de cualquier vecino del condado.

—¿Le falta el corazón?

Su colega frunció el ceño y agitó bruscamente una de sus manos en el aire.

—Acaso crees que tengo rayos X o un ecógrafo en los ojos... No tengo la menor idea, pero imagino que sí. Tiene

toda la pinta de ser igual a las anteriores. Esto es una mierda.

Vio llegar el vehículo del forense y se rascó la sien de manera inconsciente. Apenas había sido capaz de mirar a la joven unos segundos pero su rostro se había quedado clavado en su mente. Los ojos abiertos, la tez lívida, el torso recogido como si acabase de llegar al mundo... Y recordó que ya era la cuarta víctima. Seguro que le faltaba el corazón. Estaba convencido de que el modus operandi sería idéntico. Estaba desolado.

El condado de San Patricio era un lugar ideal para ir a pasar unas vacaciones, disfrutando de la bahía o de

la agitada Portland, que en verano quedaba atestada por los turistas. Pero no era un sitio para perder la vida, mucho menos siendo tan joven y de un modo tan extraño, tan horrendo.

—Pete...

—Sí, ¿qué quieres? —preguntó el ayudante del sheriff mientras tomaba fotografías, como si llevase toda la vida retratando cadáveres.

—Estoy pensando en proponerle algo a Tom.

Pete Sanders, ayudante del sheriff del condado de San Patricio miró al cielo y contuvo el aliento durante algunos segundos.

—John, yo creo que con lo de la

médium ya has rebasado todos los límites. No pongas a prueba la paciencia de Tom.

John Hill, detective del condado asignado al caso, era consciente de que su proceder se salía de lo corriente. Sus profundas creencias religiosas, unidas a lo singular de aquellos crímenes, le estaban arrastrando hacia un camino en el que la razón perdía peso. Era sabedor de ello, pero no podía evitar buscar soluciones un tanto estrambóticas ante hechos que requerían de un enfoque diferente al convencional.

—Hace años, cuando sólo era un policía de medio pelo en Laredo, justo en la frontera, un cura nos echó una

mano.

—¿Un cura?

—Sí. Mexicano. No era un cura corriente.

—Por favor, John...

El detective posó su mano derecha sobre el hombro de su compañero. Por el rabillo del ojo vislumbró el cuerpo de la chiquilla y se estremeció. Giró bruscamente la cabeza y la estampa serena de Matt Turner, el anciano forense de andar pesado y cansino, que ya iba a su encuentro, le tranquilizó.

—Era un exorcista. El mejor de toda América. Un hombre sabio. Me impresionó.

—¿Sirvió de algo su colaboración?

El viento revolvió el cabello oscuro de John Hill y levantó un fino manto de arena que le obligó a apretar los párpados. En su mente volvió a tener nítida la imagen plácida y sosegada del padre Salas.

—Resolvimos el caso. Lo resolvimos gracias a su ayuda.

## Capítulo II

En la oficina del FBI en Dallas el agente especial Liam Anderson acababa de recibir la llamada que llevaba días esperando: por fin le confirmaban que desde Quántico enviarían a Texas a uno de los mejores perfiladores de asesinos en serie que ahora mismo estaba libre. Podía darse con un canto en los dientes.

Mientras colgaba el teléfono buscó el nombre de aquel tipo en la base de datos y en Google, a ver qué podía

descubrir acerca de él. No quería que le colasen a un cualquiera, porque para eso ya contaba con un equipo formidable allí mismo, a sólo unos pasos de su propio despacho. Ya le había costado bastante tener que pedir auxilio a los sabiondos de Washington, que jamás pisan el terreno, que se dedican a formular opiniones sentados en un cómodo sillón de piel, mientras el río Potomac discurre tranquilo a sus espaldas, como para que le endosaran a un donnadie que en lugar de echar una mano se dedicase a enfangar en un caso que ya era lo bastante turbio como para quitarle el sueño al más duro de los agentes. Él mismo había empezado a tener

pesadillas. No era consciente, pero Emma, su esposa, se lo recordaba mañana sí mañana no. «Otra vez uno de esos sueños horribles. Estuviste agitándote y rechinando los dientes durante media hora. Me da miedo despertarte cuando te pones así». Pero quién diablos no tendría pesadillas con cuatro crías asesinadas en apenas tres meses en un condado que no llegaba a los 70.000 habitantes.

Pero en realidad Anderson no sufría de ansiedad por aquella ola de crímenes, que ya hubiera sido motivo de sobra; lo que le tenía congojado era la tipología de los mismos. Sobre su mesa descansaban los informes de las últimas

dos autopsias, que no eran otra cosa que la repetición de otras realizadas con anterioridad: hacía falta que varios forenses contrastasen sus conclusiones. La causa de la muerte de las víctimas estaba clara: fallo cardíaco. Los cuerpos no presentaban más lesiones, obviando los efectos que un cadáver expuesto a la intemperie sufría. Fallo cardíaco. Soltó una carcajada, la propia de un demente que acaba de ser consciente de su locura. Había un pequeño detalle, una minucia, que hacía que todo aquello fuera propio de un cuento de terror, de un delirio horripilante carente del mínimo sentido: a las cuatro jóvenes les faltaba el corazón. No tenían corazón.

¿Cómo se lo habían extirpado? Hasta la fecha ningún forense, ningún especialista, tenía respuesta para ello. Y el corazón no es precisamente un órgano diminuto que uno pueda sacar de la caja torácica sin liar un desbarajuste en el torso de cualquier ser humano. Pero es que no había cortes externos en la piel, en ningún lugar del pecho, la espalda o las axilas, y las costillas y el esternón estaban immaculados. Las venas y arterias que se unían al corazón presentaban incisiones precisas, propias de las realizadas con un bisturí láser de última generación. Pero, ¿cómo había llegado hasta allí el instrumento?

Siguió revisando lo que encontraba

de aquel agente de la Unidad de Análisis de Conducta, al que precedía una fama singular, exaltada por algunos medios de comunicación. Lo que le faltaba: una joven estrella que se deja agasajar por la prensa. No era su estilo. En realidad no era el estilo del FBI en Texas, mucho más comedido en su relación con los medios que otras delegaciones, y no digamos ya que la gente de Quántico. No quería un circo de televisiones atestando el condado de San Patricio. Hasta el momento habían logrado mantener en secreto aquel insólito modus operandi. Pero ya tenían a un cura exorcista de camino desde la capital de México y a una famosa médium que se había

acercado desde Houston. Una auténtica paranoia, pero más real y sólida que la madera de la mesa sobre la que apoyaba su codo izquierdo. El sheriff del condado así lo había querido, y él tampoco se había sentido con ánimos para montar un numerito por aquellas necesidades. Conocía bien cómo se las gastaban en el sur del estado, de modo que mejor usar el tacto y después trabajar con profesionalidad. Aquellos estafadores siempre terminaban haciendo el ridículo y la razón y el método científico salían triunfantes. Era cuestión de tiempo.

Resopló y deseó con toda su alma que aquel agente especial de la UAC no

fuera un chiflado y que aportase algo que le ayudase a resolver aquel misterio sin pies ni cabeza. Esperaba que la llegada del agente Ethan Bush trajera un poco de cordura y alguna explicación basada en toneladas de estudio a destajo y experiencia.

## Capítulo III

El Aeropuerto Internacional de San Antonio presentaba la agitación propia de las fechas próximas al verano, aunque todavía no estaba tan atestado como en pleno mes de julio. El detective John Hill esperaba nervioso la llegada del padre Salas. No sólo era una cuestión formal: se jugaba mucho en aquella apuesta un tanto peculiar. Haber solicitado al sheriff la participación de su buena amiga Alyssa Moore, la famosa

médium de Houston, que había colaborado en varias investigaciones por todo el país, era una cosa; pero haber hecho venir a un cura exorcista desde México DF suponía haber llegado demasiado lejos. Pese a todo le habían terminado dando la autorización y ahora sólo cabía esperar que el padre Salas demostrarse que era una persona realmente especial, como bien él sabía.

Después de media hora aguardando la figura del mexicano, un hombre alto, fornido, de escaso pelo y rostro agradable, surgió de entre la multitud. Apenas lo vio el detective se abalanzó sobre él.

—Padre Salas, ¿me recuerda? Soy

John Hill. Ha pasado mucho tiempo, pero nos ayudó a resolver aquel caso en Laredo.

—Claro que le recuerdo. Lo que había olvidado es que hablase tan bien el castellano —respondió el cura, sonriente.

El detective había usado el español por cortesía. Y sí era verdad: se había criado, crecido y formado en la frontera, y manejaba bien el idioma. Allí casi todo el mundo dominaba el inglés y el castellano, más o menos. Pero él apenas tenía acento, algo muy infrecuente.

—Es un honor que se haya molestado en venir. Un hombre tan ocupado...

—Ya no estoy tan atareado. Hace tiempo que no ejerzo. Su jefe, el sheriff, se puso en contacto con la Archidiócesis Primada de México y hasta a ellos les costó localizarme. Imagine...

John Hill se había fijado en que el mexicano iba vestido de paisano y que no portaba el alzacuello. Pero sus palabras le habían desconcertado todavía más.

—¿Ha dejado el sacerdocio? —  
inquirió, con preocupación.

—Técnicamente, como se suele decir, no he colgado los hábitos. Pero estoy un poco de retirada. Me voy haciendo mayor y he tenido que enfrentarme a demasiadas situaciones

estresantes a lo largo de mi vida, ¿comprende?

La voz del cura sonaba suave. El detective sentía la paz interior que albergaba aquel hombre y que de forma veloz se contagiaba.

—En tal caso debo estarle doblemente agradecido. No estaba al corriente. Lo siento.

El padre Salas agitó su mano derecha en el aire, restando importancia al asunto.

—No diga tonterías. En cuanto el sheriff me explicó lo de esas chiquillas no me lo pensé dos veces. Aquí estoy, para lo que pueda ser de utilidad.

Hill trató de llevar la única maleta

que había traído consigo el mexicano, pero se negó. El cura debería de tener poco más de sesenta años, pero se mantenía en plena forma. En lugar de un sacerdote parecía un boxeador retirado que todavía imparte clases en algún gimnasio y que es capaz de tumbar de un directo a chavales de veinte años.

—Tenemos dos horas de viaje. Tiempo suficiente para ponerle al día de lo que sabemos.

—Perfecto. Pero le ruego que me hable en inglés. Lo tengo un poco oxidado y no creo que todo el mundo en San Patricio se maneje tan bien en español.

El detective tomó la interestatal 37

hacia el sur y fue repasando los pormenores del caso. Cuatro víctimas. Niñas de entre 14 y 16 años. Todas pertenecientes a familias desestructuradas, problemáticas y que pasaban buena parte del día en la calle. Eran secuestradas a las afueras de poblaciones pequeñas, a plena luz del día, y sus cuerpos sin vida, sin señales de violencia, aparecían pocos días después. Sólo les faltaba una parte del cuerpo: el corazón. Ningún forense hasta la fecha: ni el del condado, ni uno venido desde San Antonio, ni un equipo llegado desde Houston ni los expertos del FBI en Dallas habían sido capaces de explicar cómo extraían el órgano de

las chiquillas. Algo tan insólito como aterrador.

—¿Había tenido noticia de algún caso semejante en todo el mundo? — preguntó el detective, sabiendo que el padre Salas era uno de los exorcistas más reputados del planeta y que contaba con una dilatada experiencia.

—Jamás. De extracción del corazón sí, pero de un modo tan sorprendente... nunca.

—Ya, me hago cargo. Nosotros también tenemos en la base de datos decenas de casos de extracción de órganos, incluido el corazón; pero el modus operandi suele ser mucho más cruento, más salvaje —murmuró el

detective, recordando algunas fotografías que había tenido que ver en los archivos y que helaban la sangre. Eran obra de perturbados que no controlaban sus impulsos más primarios. Nada que ver con lo que estaba sucediendo en su condado.

—En el Vaticano también hay mucha información. Intentaré mover algunos hilos y quizá nos puedan orientar. Nunca se sabe.

Las palabras del sacerdote aliviaron a John Hill. Él era católico practicante y saber que quizá el Vaticano podía colaborar en aquella investigación fue como recibir un soplo de aire fresco en una tórrida tarde de verano en mitad de

la nada.

—De verdad que le estoy muy agradecido.

—Como vuelva a darme las gracias damos media vuelta, me lleva hasta el aeropuerto y regreso al DF de inmediato —musitó medio en broma el cura, dando un leve golpe con la palma de su mano derecha en el salpicadero del coche de policía.

Tal y como había pronosticado el detective, en apenas dos horas estaban aparcando en la avenida Rachel, frente a las modestas oficinas del sheriff del condado de San Patricio. Hill llevó al sacerdote hasta el despacho del sheriff, Tom Parker, para presentarle al

mexicano.

—Señor, este es el padre Salas —  
murmuró, con solemnidad.

El sheriff se incorporó de su silla, dejando de lado algunos expedientes que tenía sobre la mesa, y se acercó hasta el cura, estudiándolo con detenimiento.

—Padre, me alegro de que esté aquí para colaborar, que se haya tomado tantas molestias. John ya me ha puesto al tanto de su reputación, y por eso he aceptado que participe en la investigación. Pero si le soy sincero yo no soy un buen cristiano, ya me entiende, y tampoco es que crea mucho en el Infierno y esas cosas.

—Es un placer poder tratar de

ayudar a esclarecer estos crímenes, señor. Y no se preocupe por su fe: yo tampoco soy un buen cristiano y también albergo dudas y me hago preguntas de manera constante.

Tom Parker se quedó boquiabierto, mientras estrechaba la mano del sacerdote. En toda su vida se hubiera esperado aquella réplica. Desde luego descubrió de inmediato que no tenía delante a un hombre convencional.

—Perfecto. El detective Hill se encargará de acompañarle en todo momento. Le hemos reservado una habitación en un hotel a las afueras. Sinton es una población pequeña y no tenemos alojamientos de lujo, pero es un

lugar limpio y bien atendido.

—Se lo agradezco. Y no tengo problemas con el lugar en el que descansar. Un colchón siempre me ha bastado para ser feliz.

Después de un rato más de charla, el detective llevó al cura hasta su despacho: una diminuta estancia en la que apenas había espacio para su mesa, un archivador y dos sillas. En una de ellas se encontraba Alyssa Moore.

—¡Alyssa! ¿Cómo no me has avisado de que te encontrabas aquí? —preguntó Hill, incómodo.

—No te preocupes. He llegado hace poco más de una hora y me dijeron que no tardarías en aparecer, que estabas de

camino desde San Antonio. Esta mañana estaba en Houston desayunando, pensando en esas pobres niñas, y en un arrebato he cogido el coche y he decidido que lo mejor es estar aquí, a vuestro lado en todo momento. Ya tengo una habitación en el Motel 6, junto a la 77.

—Vaya, van a ser vecinos. Sólo les separará la estación de servicio Shell — manifestó el detective, animoso.

—¿Quién va a ser mi vecino? — preguntó la médium, observando al sacerdote con atención.

—Disculpen. Este es el padre Salas, el exorcista más reputado de toda América. Y esta es mi buena amiga

Alyssa Moore, una de las médium, si no la mejor, más prestigiosas del país. Ya ha participado, con éxito, en algunas investigaciones. Siempre está dispuesta a colaborar.

El mexicano estrechó la mano de la espiritista. De inmediato notó que un calor profundo y penetrante emanaba de la palma de la mujer. Se sintió confundido.

—Es un placer conocerla.

—Para mí también, padre Salas. Conozco su trayectoria. Creo que en mi casa de Houston tengo por ahí archivados algunos de los casos más relevantes en los que ha participado. Espero que no le moleste mi presencia.

—En absoluto.

—No se enoje, pero ustedes los católicos no se han llevado históricamente bien con mi gremio.

El padre Salas no pudo contener que una amplia sonrisa se dibujara en su rostro.

—Es usted muy comedida en sus apreciaciones. No se preocupe, no tengo problemas con ninguna creencia. No tengo problemas ni tan siquiera con los ateos, imagine.

—Desde luego emana usted una energía que me era desconocida hasta la fecha. Es alguien muy especial.

—No me halague, si es lo que pretende. También yo he sentido el calor

de su mano. En fin, era cuestión de tiempo que Dios cruzase nuestros caminos —dijo el cura, bromeando.

John Hill decidió que ya estaba bien de perder la mañana y que tenían que ponerse manos a la obra. Sacó varios informes y los desplegó sobre su mesa. De un modo sucinto repasó el historial de las víctimas, que era bastante similar. La médium y el sacerdote, pese a estar acostumbrados a hechos semejantes e incluso cosas peores, no pudieron disimular su consternación.

—Es terrible. Son sólo unas criaturas inocentes. ¿Quién sería capaz de semejante cosa? —preguntó la médium, consternada.

—Y lo más relevante, ¿con qué finalidad? —musitó el mexicano.

—Padre, ¿de verdad cree que hay motivos para esto? Es obra de un malnacido que no sabe ni lo que hace —replicó el detective.

—Ojalá fuera tan sencillo. A un demente ya lo hubieran localizado. Aquí hay algo muy profundo, y nos va a costar desvelar las intenciones y los métodos de este asesino.

—Mañana por la tarde se incorpora un agente especial de la Unidad de Análisis de Conducta del FBI venido desde Quántico. Dicen que es un maestro en su disciplina. Él arrojará un poco de luz.

—Lo que no tengo tan claro es cómo se va a tomar nuestra presencia en Sinton. ¿Está avisado de lo que se va a encontrar? —inquirió Alyssa.

—Yo no he hablado con él. Apenas lo hago con Liam Anderson, el agente especial responsable de la oficina del FBI en Dallas —respondió Hill, meneando la cabeza—. Pero no creo que un tipo de Washington sea demasiado espiritual.

—Tener diferentes puntos de vista siempre enriquece el proceso de reflexión. Si es un hombre inteligente, y no tengo la menor duda de que lo es, se adaptará a las circunstancias —dijo el padre Salas, con esa voz suave que

sonaba como el murmullo del viento agitando las copas de los árboles de un frondoso bosque.

—Ojalá tenga usted razón, Padre — replicó el detective, nervioso.

Después de divagar un rato acerca de distintas hipótesis el mexicano se excusó y solicitó que el detective le indicase dónde estaban los aseos. Nada más quedarse a solas con la médium esta se dirigió a su amigo con apremio.

—¿Lo has notado?

—Notar... Alyssa, no te comprendo. ¿Qué debería haber notado?

—No sé; tú lo has recogido, tú lo habías tratado en persona hace años...

—Será mejor que te expliques,

porque me estás volviendo loco. No entiendo nada.

—¿Te ha parecido cambiado?

—No, no mucho. Está casi igual que la última vez que lo vi. Es un sexagenario en magnífica forma. ¿Qué mosca te ha picado?

—John, ese hombre no está vivo. No sé si es así desde siempre o si ha cambiado recientemente. Pero aunque parezca una persona de carne y hueso, lo que tenemos delante es sólo un espíritu.

ESTE ES UN ADELANTO DE LA  
NOVELA

PUEDES COMPRARLA EN  
AMAZON

LINK>>>

[relinks.me/B01A5YYZNS](https://relinks.me/B01A5YYZNS)